

minotauro

fantasía y ciencia - ficción

The Magazine of Fantasy and Science Fiction

minotauro

fantasía y ciencia - ficción

Robert Sheckley	EL PRECIO DEL PELIGRO	3
Robert A. Heinlein	TODOS USTEDES, ZOMBIS	19
Richard Matheson	LA CHICA DE MIS SUEÑOS	32
Algis Budrys	EL DISTANTE RUMOR DE LOS MOTORES	43
Isaac Asimov	TODA UNA GALAXIA (Ciencia)	48
Zenna Henderson	GALAAD	57
Michael Shaara	EL PLANETA GRENVILLE	83
Alfred Bester	ANTES LA VIDA ERA DISTINTA	93
J. G. Ballard	EL JARDÍN DEL TIEMPO	120
	<i>Cubierta de Juan Esteban</i>	
	<i>Editorial</i>	2
	<i>En el próximo número</i>	47

4

Minotauro. Fantasía y Ciencia-Ficción. N° 4. Marzo-Abril 1965. Publicación bimestral. Editor responsable: Ediciones Minotauro S. R. L. Administración: Humberto I, 545, Buenos Aires. Redacción: Alsina 500, Buenos Aires. Director: Ricardo Gosselyn. Edición en castellano de The Magazine of Fantasy and Science Fiction, por acuerdo especial con Mercury Press, Inc. New York, U.S.A. Queda hecho el depósito que previene la ley. © 1965 Ediciones Minotauro. Registro de la Propiedad Intelectual N° 824.509. Se terminó de imprimir el día doce de febrero del año mil novecientos sesenta y cinco en los talleres gráficos de la Compañía Impresora Argentina, S. A., calle Alsina 2049, Buenos Aires.

Editorial

El sol es una pequeña estrella cualquiera, parecida sino a todas las otras por lo menos a muchas, las de clase espectral G de rotación lenta. Sólo en nuestra galaxia hay algunos miles de millones de estos astros, probablemente algunas docenas de miles de millones. Muchas de estas estrellas tienen quizá planetas, pues son de una edad comparable a la del sol, de unos cinco a ocho miles de millones de años. ¿Hay vida en esos miles de millones de planetas? Pregunta formidable en verdad, pues ¿qué es el hombre en el universo —hablando como Pascal— si la vida ha sido sembrada con tanta abundancia en las inmensidades siderales? La hominización de la vida parece, en efecto, un acontecimiento ineluctable si se tienen en cuenta todos esos innumerables proyectos humanos que la vida terrestre ha intentado profusamente en el curso de milenios de prehistoria...

Pues bien, si la vida no es un fenómeno excepcional que apareció una sola vez, y sólo en nuestra Tierra, es necesario que haya evolucionado también en otras partes hacia formas superiores, es decir hacia el pensamiento, guiada por ese mismo furor de hominización que nos revela la paleontología. Y he aquí una idea, como la muerte y el sol, que es difícil mirar de frente. ¿Todas esas estrellas, de un número que para un sabio hebreo era el símbolo de lo infinito, llevarán con ellas por el espacio algo tan preciado como el hombre? ¿Habrá un pensamiento consciente, atormentado por nuestros mismos problemas, y muchos más, detrás de todos esos rayos que una simple noche de verano derrama sobre nosotros?

AIMÉ MICHEL

"El humor ácido de Shekley" escribió una vez Jacques Sternberg. El precio del peligro es una ácida extrapolación de los shows de competencia, cada vez más populares en la TV; un breve ensayo sobre la significación del héroe en la sociedad actual, y el dramático relato de un nuevo suplicio. Shekley nació en Nueva York en 1928, y antes de dedicar todo su tiempo a la literatura fue jefe de redacción, guitarrista en una banda militar, y técnico metalúrgico. Ha publicado diez volúmenes de cuentos y la crítica lo ha comparado con John Collier y Shirley Jackson.

EL PRECIO DEL PELIGRO

Robert Shekley

RAEDER ASOMÓ CAUTELOSAMENTE la cabeza sobre el antepecho de la ventana. Vio la escalera de incendio y más abajo la angosta callejuela. Había allí un estropeado cochecito de bebé y tres latas de basura. En ese instante, una manga negra y un puño donde brillaba algo se movieron detrás de la más alejada de las latas. Raeder se agachó. Una bala hizo trizas la ventana y agujereó el cielo raso cubriendo a Raeder de polvo.

La callejuela estaba, pues, vigilada, como la puerta.

Raeder se tendió sobre el descascarado linóleo, contemplando el agujero de bala en el cielo raso y escuchando los ruidos de afuera. Era un hombre alto, de

ojos congestionados y barba de dos días. La suciedad y la fatiga le habían acentuado las arrugas. El miedo le había alterado la cara: aquí se le había estirado un músculo; ahí le temblaba un nervio. Los resultados eran sorprendentes. Ahora la cara de Raeder tenía carácter: había sido remodelada por la expectativa de la muerte.

Había un pistolero en la calle, dos en la escalera. Raeder estaba atrapado. Estaba muerto.

Por supuesto, pensó, todavía me muevo y respiro. Pero eso se debía solamente a la ineficacia de la muerte, que pocos minutos más tarde se encargaría de él, abriéndole agujeros en la cara y en el cuerpo, pintándole artísti-

camente la ropa con sangre, ordenándole los miembros en un grotesco paso de danza macabra.

Raeder se mordió los labios. Quería vivir. Tenía que haber una salida.

Rodó sobre sí mismo hasta quedar boca abajo y observó la mísera vivienda donde los asesinos lo habían acorralado. Era un perfecto ataúd de una sola habitación. Tenía una puerta, que estaba vigilada, y una escalera de incendio, que estaba vigilada. Y un diminuto cuarto de baño sin aberturas.

Se arrastró hasta el baño y se incorporó. En el cielo raso había un agujero irregular, de unos diez centímetros de diámetro. Si pudiera agrandarlo y pasar a la casa de arriba...

Oyó un ruido apagado. Los asesinos se impacientaban. Rompían la puerta.

Estudió el agujero del cielo raso. No había tiempo.

Embestían la puerta, gruñendo con cada golpe. Pronto cedería la cerradura, o los goznes saltarían de la madera podrida. La puerta se vendría abajo, y los dos hombres de caras impávidas entrarían quitándose el polvo de las chaquetas...

¡Pero alguien lo ayudaría, seguramente! Sacó del bolsillo el pequeño receptor de televisión. La imagen era borrosa, pero no la ajustó.

Mike Terry, de voz bien modulada, clara y precisa, le hablaba a su vasto público:

—... *enormes dificultades* —decía Mike Terry—. *Sí, amigos míos, Jim Raeder enfrenta una situación verdaderamente terrible. Como ustedes recordarán, se había escondido, con nombre falso, en un hotel de tercera categoría, en Broadway. Le pareció seguro. Pero el botones lo reconoció y pasó la información a la banda de Thompson.*

La puerta crujía bajo los golpes repetidos. Raeder apretó con fuerza el pequeño televisor y siguió escuchando.

—*¡Jim Raeder consiguió a duras penas escapar del hotel! Perseguido de cerca, se metió en una vieja casa, en el número 156 de la West End Avenue. Tenía intención de escapar por la azotea. Y estubo a punto de conseguirlo, mis amigos, estubo a punto. Pero la puerta de la azotea estaba cerrada con llave. Raeder pensó que había llegado su fin. Sin embargo, descubrió que la vivienda número siete estaba desocupada. Entró...*

Terry hizo una pausa dramática y exclamó:

—... *¡y ahora está atrapado ahí, atrapado como una rata! ¡La banda de Thompson está derribando la puerta! ¡La escalera de incendio está vigilada! Nuestro equipo de cámaras les dará en seguida un primer plano desde un edificio próximo. ¡Observen, amigos míos, observen! ¡No habrá esperanza para Jim Raeder!*

¿No habrá esperanza?, repitió silenciosamente Raeder. De picó

en la sofocante oscuridad del cuarto de baño, sudaba a mares mientras oía el acompasado batir contra la puerta.

—*¡Esperen un minuto!* —gritó Mike Terry—. *¡Aguante un poco más, Jim Raeder, un poquito más! ¡Tal vez haya esperanza! ¡Aquí tengo una llamada urgente de un telespectador, una llamada en la línea del Buen Samaritano! ¡Aquí hay alguien que piensa que puede ayudarlo, Jim. ¡Me escucha, Jim Raeder!*

Raeder esperó. Oyó los goznes que saltaban de la madera podrida.

—*Adelante, señor, sí, adelante* —decía Mike Terry—. *¿Cómo se llama, señor?*

—*Este... Félix Bartholomow. No se ponga nervioso, señor Bartholomow. Adelante, por favor.*

—*Bueno, señor Raeder* —dijo la voz temblorosa de un anciano—. *Yo he vivido en esa casa. ¡En las mismas habitaciones donde usted está atrapado, señor Raeder, de veras! Mire, ese baño tiene una ventana, señor Raeder. Han pintado encima, pero tiene una...*

Raeder guardó el televisor en el bolsillo. Encontró el contorno de la ventana y pateó. El vidrio se rompió, y la luz engeguecedora del día entró en el cuarto. Raeder sacó rápidamente las astillas del marco y miró hacia abajo.

Un pozo, y allá en el fondo un patio de cemento.

Los goznes cedieron. Raeder

oyó que la puerta se abría. Se encaramó rápidamente a la ventana, permaneció un segundo colgado de las puntas de los dedos, y se dejó caer.

El golpe fue demoledor. Se puso de pie, aturdido. Una cara apareció en la ventana del baño.

—*Mala suerte* —dijo el hombre asomándose y apuntando cuidadosamente con un 38 de cañón corto.

En ese momento una bomba de humo estalló en el interior del baño.

El pistolero erró el tiro y se dio vuelta maldiciendo. Otras bombas de humo reventaban ahora en el patio, oscureciendo la figura de Raeder.

En el televisor que Raeder tenía en el bolsillo sonó la voz frenética de Mike Terry:

—*¡Corra ahora!* —gritaba—. *Corra, Jim Raeder, corra que le va la vida. Corra ahora, mientras los asesinos están engeguecidos por el humo. ¡Y agradezca a la Buena Samaritana Sarah Winters, de Edgar Street 341, Brockton, Massachusetts, que ha donado cinco bombas de humo, y que ha contratado un hombre para que arroje las bombas!*

Y ya con voz más tranquila, Terry prosiguió:

—*Esta tarde ha salvado usted la vida de un hombre, señora Winters. ¿Quisiera explicarle a nuestra teleaudiencia cómo fue que?*...

Raeder no alcanzó a oír más. Corrió por el patio lleno de hu-

mo, tropezando con cuerdas de ropa. Salió a la calle.

Caminó por calle 63, encogiéndose para disimular su estatura, tambaleándose, agotado, mareado por la falta de comida y de sueño.

—¡Eh, usted!

Raeder se dio vuelta. Una mujer de edad madura, sentada en el portal de un edificio, lo miraba con el ceño fruncido.

—Usted es Raeder, ¿verdad? ¿El que quieren matar?

Raeder hizo ademán de marcharse.

—Entre, Raeder —dijo la mujer.

Quizá es una trampa, se dijo Raeder. Pero tenía que confiar en la generosidad y en el buen corazón de la gente. Era el representante de la gente, del pueblo: el hombre medio en dificultades. Sin ellos, estaba perdido. Con ellos, estaba seguro.

Confíe en el pueblo, le había dicho Mike Terry. El pueblo nunca lo abandonará.

Siguió a la mujer y entró en la sala de la casa. La mujer le dijo que se sentara, salió y volvió casi en seguida con un plato de guiso. Se quedó de pie, mirando a Raeder, como si estuviese mirando a un mono que come maníes en el zoológico.

De la cocina salieron dos chicos que se plantaron ante Raeder. Del dormitorio salieron tres hombres en traje de faena y lo enfocaron con una cámara de televisión. Mientras engullía la

comida, Raeder vio la imagen de Mike Terry y escuchó la voz vigorosa, sincera, preocupada:

—*Ahí lo tienen, mis amigos —decía Terry—. Ahí está Jim Raeder, devorando su primera comida completa luego de dos días. ¡Nuestros equipos han tenido que trabajar terriblemente para que ustedes asistan a esto! Gracias, muchachos... Amigos míos, Jim Raeder ha obtenido un transitorio asilo de la señora Velma O'Dell, domiciliada en la calle 63 número 343. ¡Muchas gracias a la Buena Samaritana O'Dell! Es realmente maravilloso comprobar cómo gente de todos los niveles sociales se ha encariñado con Jim Raeder.*

—Dése prisa —aconsejó la señora O'Dell.

—Sí, señora —dijo Raeder.

—No quiero tiroteos en mi casa.

—Ya casi he terminado, señora.

Uno de los chicos preguntó:

—¿No lo van a matar?

—Cállate —dijo la señora O'Dell.

—*Sí, Jim, mejor que se dé prisa —canturreaba Mike Terry—. Sus perseguidores no están muy lejos. No son estúpidos, Jim. Crueles, retorcidos, maníáticos... ¡sí! Pero estúpidos, ¡no! Vienen siguiendo de una pista de sangre. ¡Sangre de su mano lastimada, Jim!*

Raeder se miró la mano y descubrió que se había cortado con los vidrios de la ventana.

—Permitame, le vendaré la mano —dijo la señora O'Dell.

Raeder se incorporó y dejó que ella le vendara la mano. Luego la señora O'Dell le dio una chaqueta castaña y un sombrero de ala baja.

—Son de mi marido —aclaró.

—*¡Se ha disfrazado, amigos míos! —exclamó, encantado, Mike Terry—. ¡Esto es una novedad! ¡Un disfraz! ¡Fáltandole siete horas para ponerse a salvo!*

—Ahora, váyase —dijo la señora O'Dell.

—Me voy, señora —contestó Raeder—. Gracias.

—Creo que usted es un estúpido —dijo la mujer—. Me parece estúpido que se haya metido en esto.

—Sí, señora.

—No vale la pena, simplemente.

Raeder volvió a darle las gracias y se fue. Caminó hasta Broadway, tomó un tren subterráneo, que lo dejó en la calle 59, luego un tren suburbano, y se bajó en la calle 86. Allí compró un diario y tomó el expreso de Manhasset.

Miró el reloj. Le faltaban seis horas y media.

El tren subterráneo tronaba por debajo de Manhattan. Raeder dormitaba, la mano vendada oculta bajo el diario, el sombrero echado sobre la cara. ¿Lo habrían reconocido ya? ¿O se habría librado de la pandilla Thompson? Quizá alguien lo delataba por teléfono en ese mismo momento.

Medio dormido, se preguntó

si habría escapado a la muerte. ¿O era un cadáver astutamente animado, que se movía gracias a la ineficacia de la muerte y nada más? (¡Querida, la muerte es tan *perezosa* en los tiempos que corren! ¡Jim Raeder anduvo por ahí horas enteras después de morir, y hasta contestaba todas las preguntas antes que lo enteraran decentemente!)

Abrió de pronto los ojos. Había soñado algo... desagradable. Pero no pudo recordar qué.

Cerró otra vez los ojos y recordó, con cierto asombro, la época en que no estaba en dificultades.

Dos años atrás era un muchacho corpulento y simpático que trabajaba como ayudante de un camionero. No tenía ningún talento. Era demasiado modesto para alimentar ambiciones.

Pero el menudo y agrio camionero soñaba por él.

—¿Por qué no te metes en un programa de televisión, Jim? Con tu cara, yo no dudaría. Buscan muchachos simpáticos, del montón, de poco seso. Intervienes en un concurso, y ya está. ¿Por qué no pruebas?

Probó. El vendedor local de televisores le explicó minuciosamente la cosa.

—Sí, Jim, el público está harto de superatletas de reflejos perfectos y coraje profesional. ¿Quién puede identificarse con ellos? La gente reclama espectáculos excitantes, por supuesto. Pero no con profesionales que trabajan por cincuenta mil dólares al año. Por

eso están en decadencia los deportes organizados. Por eso florecen hoy los *shows* de emoción y misterio.

—Comprendo —dijo Raeder.

—Hace seis años, Jim, el Congreso aprobó la ley de Suicidio Voluntario. Recuerdo que los viejos senadores hablaron mucho sobre la libre voluntad y la autodeterminación. Charla, y nada más. ¿Sabes qué significa realmente esa ley? Significa que no sólo los profesionales pueden arriesgar la vida por dinero, sino también los aficionados. En los viejos tiempos, tenías que ser boxeador, jugador de fútbol o de hockey reconocido si querías que te machacaran legalmente la cabeza. Ahora esa oportunidad está al alcance de todos, Jim.

—Comprendo —repitió Raeder.

—Es una oportunidad maravillosa. Tú, por ejemplo. No eres superior a nadie, Jim. Cualquiera puede hacer lo que tú haces. Eres el hombre común. Justo lo que esos espectáculos necesitan.

Raeder se permitió sonar. Los *shows* de televisión parecían un camino seguro hacia la riqueza para un joven simpático sin talento o preparación particular. Envió una carta, y su foto, a un programa llamado *Peligro*.

Peligro se interesó en él. La red JBC hizo sus averiguaciones y descubrió que era lo bastante término medio como para satisfacer al más puntilloso de los telespectadores. Su familia y sus ideas fueron investigadas. Por último lo

llamaron a Nueva York, donde lo entrevistó el señor Moulían.

Moulían era un hombre moreno y dinámico que mascaba chicle mientras hablaba.

—Usted sirve —dijo brevemente—. Pero no para *Peligro*. Aparecerá en *Accidente*. Un programa diurno de media hora en el canal tres.

—Magnífico —dijo Raeder.

—No me lo agradezca. Hay mil dólares de premio si gana o entra segundo, y un premio consuelo de cien dólares si pierde. Pero eso no es importante.

—No, señor.

—*Accidente* es un programa menor. El terreno de pruebas de la JBC. Los ganadores pasan a *Emergencia*. En *Emergencia* los premios son mucho más elevados.

—Ya lo sé, señor.

—Y si tiene éxito en *Emergencia*, puede pasar a los espectáculos de la red nacional, como *Azar*, o *Riesgo submarino*. Ahí empieza lo bueno. Llegar o no, depende de usted.

—Haré lo posible, señor —dijo Raeder.

Moulían dejó de masticar chicle un instante, y dijo, casi reverentemente.

—Llegará, Jim. No lo olvide. Usted es el pueblo, y el pueblo es capaz de todo.

Raeder sintió, durante un instante, un poco de pena por el señor Moulían, que era moreno, de pelo rizado y ojos saltones, y que obviamente no pertenecía al *pueblo*.

Se dieron la mano. Luego Raeder firmó un documento que absolvía a la JBC de toda responsabilidad si él perdía la vida, un miembro o la razón en el curso del certamen. Y otro documento donde declaraba que ejercía sus derechos legales al Suicidio Voluntario. Era una simple formalidad, aunque exigida por la ley.

Tres semanas después apareció en *Accidente*.

El programa reproducía una clásica carrera de automóviles. Conductores sin experiencia subían a poderosos coches de carrera, norteamericanos y europeos, y competían en un mortífero circuito de treinta kilómetros. Raeder tembló de miedo al poner en marcha la gran Maseratti, equivocándose en los cambios.

La carrera fue una aullante pesadilla de neumáticos quemados. Raeder se rezagó deliberadamente, permitiendo que los líderes se destrozaran en las curvas. Pasó al tercer puesto, cuando el Jaguar de adelante chocó contra un Alfa Romeo, y las dos máquinas se precipitaron rugiendo hacia un campo arado. En los últimos kilómetros trató de colocarse segundo, pero no le daban paso. Estuvo a punto de desbarrancarse en una curva en S; luchó con el volante y puso otra vez la máquina en la pista. Seguía tercero. En los últimos cincuenta metros el líder rompió el eje del cigüeñal, y Jim terminó segundo.

Había ganado mil dólares. Recibió cartas de cuatro admirado-

ras. Fue invitado a intervenir en *Emergencia*.

Emergencia no era un programa competitivo. Tenía en cuenta la iniciativa individual. Le dieron a Raeder un narcótico, y cuando despertó estaba en la cabina de una avioneta que volaba con piloto automático, a tres mil metros de altura. El medidor del tablero indicaba que casi no había combustible. Raeder no tenía paracaídas. Debía aterrizar con el avión.

Por supuesto, era la primera vez que volaba.

Probó tímidamente los controles, recordando que el participante de la semana anterior había recobrado el conocimiento dentro de un submarino, y que al abrir una válvula había muerto ahogado.

Millares de espectadores fascinados miraron cómo este hombre mediano, un hombre como ellos, enfrentaba la situación como ellos la hubiesen enfrentado. Jim Raeder era *ellos*. Todo lo que él podía hacer, ellos podían hacerlo también. Era el representante del *pueblo*.

Raeder consiguió aterrizar de algún modo. Dio varios tumbos, pero el cinturón de seguridad resistió y el motor, excepcionalmente, no se incendió.

Salió tambaleándose, con dos costillas rotas, tres mil dólares, y la oportunidad de aparecer —cuando sanara— en *Torero*.

¡Al fin un espectáculo de primer orden! *Torero*, pagaba diez

mil dólares. Sólo había que matar un Miura negro con una espada, como un verdadero matador.

La corrida se celebró en Madrid, pues los toros seguían prohibidos en Norteamérica. Pero el espectáculo fue televisado a toda la nación.

Raeder tuvo una buena cuadrilla. Este norteamericano robusto, de lentos movimientos, les cayó simpático. Los picadores trabajaron realmente con sus lanzas, cansando al toro. Los banderilleros lo hicieron correr de firme antes de clavarle las banderillas. Y el segundo matador, un hombrecito de Algeciras, de cara triste, casi le quebró el cogote con sus pases de fantasía.

Pero todo esto pasó, y al fin Jim Raeder quedó solo en la arena, aferrando torpemente en la mano izquierda una muleta roja, empuñando una espada en la derecha, enfrentando una tonelada de toro negro, de anchos cuernos, que chorreaba sangre.

Alguien le gritó:

—Apúntale al pulmón, *hombrere*. No trates de ser un héroe, apúntale al pulmón.

Pero Jim sólo sabía lo que el consejero técnico le había dicho en Nueva York, que clavase la espada en el lomo, entre los cuernos.

La espada rebotó en el hueso, y Jim voló por encima del lomo del animal. Se incorporó, milagrosamente ileso, tomó otra espada y se tiró nuevamente entre

los cuernos, con los ojos cerrados. El dios que protege a los niños y a los tontos debía de estar vigilando, pues la espada entró como una aguja en un pan de manteca. El toro pareció sorprendido, miró a Raeder con incredulidad, y se desplomó como un globo desinflado.

Le pagaron diez mil dólares. La clavícula rota le sanó casi en seguida. Recibió veintitres cartas de admiradores, inclusive una apasionada invitación de una chica de Atlantic City, que preferiría ignorar. Le preguntaron si quería aparecer en otro programa.

Jim Raeder había perdido parte de su inocencia. Comprendía perfectamente que *casi* lo habían matado a cambio de una bicoca. El gran botín estaba en el futuro. Ahora quería que *casi* lo mataran, pero a cambio de algo que valiera la pena.

Apareció, pues, en *Riesgo submarino*, patrocinado por el jabón Damisela. Provisto de máscara, tubo de oxígeno, cinturón con pesas, puñal y patas de rana, se zambulló en las tibias aguas del Caribe, con cuatro participantes más, seguidos por un equipo de cámaras en una jaula. Había que encontrar y llevar a la superficie un tesoro que el anunciante había escondido.

La exploración submarina no es particularmente peligrosa. Pero los organizadores habían añadido algunas interesantes curiosidades. Toda la zona había sido

sembrada de murenas, rayas eléctricas, tiburones de distintas especies, pulpos gigantes, corales venenosos y otros muchos peligros abisales.

Fue una competencia emocionante. Un hombre de Florida encontró el tesoro en una profunda grieta, pero una murena lo encontró a él. Otro nadador arrebató el tesoro, y fue arrebatado por un tiburón. Las pantallas de la TV en colores mostraron nítidamente la nube de sangre que tiñó las luminosas aguas verdeazuladas. El tesoro bajó al fondo y Raeder se zambulló detrás, reventándose un tímpano. Lo desprendió del coral, se soltó el cinturón con pesas, y subió. A diez metros de la superficie tropezó con el cuarto nadador.

Se persiguieron de aquí para allá con sus puñales. El otro lanzó un golpe, y alcanzó a Raeder en el tórax. Pero Raeder, con el aplomo de un viejo concursante, soltó el puñal y le arrancó al enemigo la máscara de oxígeno.

Ahí terminó la lucha. Raeder salió a la superficie y entregó el tesoro: una caja de jabón Damisela, "el mayor de los tesoros".

Recibió veintidós mil dólares en dinero y en premios, trescientas ocho cartas de admiradores y una interesante proposición de una chica de Macon, que consideró seriamente. Le curaron gratuitamente la cuchillada y el tímpano roto, y le aplicaron, también gratuitamente, una serie de

inyecciones contra la infección del coral.

Pero, y sobre todo, lo invitaron además a participar en el mayor de los programas de suspenso: *El Precio del Peligro*.

Y ahí empezaron los verdaderos problemas...

El tren subterráneo se paró con una sacudida, arrancándolo de sus ensueños. Raeder se echó atrás el sombrero y vio, en el otro extremo del pasillo, a un hombre que lo miraba fijamente y le hablaba al oído a una mujer corpulenta. ¿Lo habían reconocido?

Se levantó apenas se abrieron las puertas y miró su reloj. Le faltaban cinco horas.

En la estación de Manhasset tomó un taxi y le dijo al chofer que lo llevara a New Salem.

—¿A New Salem? —preguntó el hombre, mirándolo por el espejito retrovisor.

—Eso es.

El chofer encendió su transmisor de radio.

—Un viaje a New Salem. Sí, eso es. *New Salem*.

Se pusieron en marcha. Raeder frunció el ceño, preguntándose si el chofer no habría prevenido a alguien. Era normal, por supuesto, que los taxis comunicasen su itinerario a la compañía. Pero había habido algo en la voz del hombre...

—Me bajo aquí —dijo Raeder de pronto.

Pagó el viaje y echó a andar por un angosto camino rural que

zigzagueaba entre ralos bosquedillos. Los árboles eran demasiado pequeños y estaban demasiado separados. Raeder siguió caminando, en busca de un escondite.

Un pesado camión se acercaba. Raeder continuó su marcha, bajándose el ala del sombrero sobre los ojos. Pero al acercarse el camión, oyó una voz que brotaba del televisor de bolsillo:

—¡Cuidado!

Se tiró a una zanja. El camión pasó de largo como un bólido, errándole por poco, y se detuvo con un chirrido de frenos. El conductor gritaba:

—¡Ahí va! ¡Tírale, Harry, tírale!

Las balas podaron los árboles mientras Raeder corría adentrándose en el bosquecillo.

—¡Otra vez! —chilló Mike Terry, emocionado—. Parece que Jim Raeder se ha abandonado a una falsa sensación de seguridad. ¡No puede caer en eso, Jim! ¡Recuerde que se juega la vida! ¡Que unos asesinos lo persiguen! ¡Cuidado, Jim, todavía le faltan cuatro horas y media!

El conductor, por su parte, decía:

—Claude, Harry, den en seguida media vuelta. Lo tenemos acorralado.

—¡Lo tienen acorralado, Jim Raeder! —exclamó Mike Terry—. ¡Pero no está perdido aún! Y agradezca a la Buena Samaritana Susy Peters, de la calle Elm número doce, South Orange, Nueva Jersey, por ese grito de adverten-

cia cuando el camión se le echaba encima. De un momento a otro traeremos a la pequeña Susy a este programa... Observen, amigos míos, el helicóptero de nuestro estudio ha llegado al escenario de los hechos. Ahí está Jim Raeder que corre, mientras sus enemigos lo persiguen, lo rodean...

Raeder corrió cien metros por el bosquecillo y llegó a una carretera pavimentada. Detrás se alzaban otras arboledas. Un asesino trotaba en el monte. El camión había tomado un camino lateral, a dos kilómetros de distancia.

Un automóvil venía en dirección opuesta. Raeder corrió hacia la carretera, moviendo frenéticamente los brazos. El automóvil se detuvo.

—¡Pronto! —gritó la muchacha rubia sentada al volante.

Raeder subió de un salto. El automóvil dio media vuelta. Una bala atravesó el parabrisas. La muchacha apretó el acelerador, atropellando casi al asesino solitario que les había salido al paso.

El automóvil corrió hacia el horizonte.

Raeder se echó atrás en el respaldo y cerró los ojos. La mujer seguía concentrada en el manejo del automóvil, vigilando la aparición del camión en el espejo.

—¡Ha ocurrido otra vez! —gritaba la voz extática de Mike Terry—. Jim Raeder ha sido arrancado nuevamente a las garras de la muerte, gracias a la Buena Sa-

maritana Janice Morrow, de Lexington Avenue 433, Nueva York. ¿Alguna vez han visto algo parecido, amigos míos? Es increíble como la señorita Morrow ha atravesado una granizada de balas, sacando a Jim Raeder de las fauces de la perdición. Más tarde entrevistaremos a la señorita Morrow y oiremos sus impresiones. Ahora, mientras Jim Raeder escapa, ¿quid hacia la salvación, ¿quid hacia nuevos peligros, pasaremos un breve anuncio. ¡No se vayan! A Jim le quedan cuatro horas y diez minutos. ¡Puede ocurrir aún cualquier cosa!

—Muy bien —dijo la muchacha—. Ya no estamos en el aire. Raeder, ¿qué diablos le pasa?

—¿Eh? —preguntó Raeder.

La muchacha tendría veintitrés o veinticuatro años. Parecía eficiente, atractiva, intocable. Raeder observó que tenía rasgos agradables, una figura esbelta. Y parecía enojada.

—Señorita —dijo—, no sé cómo agradecerle...

—Basta de flores —interrumpió Janice Morrow—. No soy una Buena Samaritana. Soy una empleada de la JBC.

—¡El programa me salvó la vida!

—Excelente deducción.

—Pero, ¿por qué?

—Porque usted es atroz —dijo amargamente la muchacha—. Un fiasco, un inútil. ¿Qué pretende? ¿Suicidarse? ¿No ha aprendido aún a luchar y a sobrevivir?

—Hago lo que puedo.

—Los Thompson pudieron haberlo matado ya una docena de veces. Les dijimos que se lo tomaran con calma, que lo hicieran durar. Pero no es posible errarle siempre al blanco, un blanco de un metro ochenta de altura. Los Thompson cooperan, pero pueden fingir sólo hasta cierto punto. Si yo no hubiera llegado, habrían tenido que matarlo... antes de la hora prevista.

Raeder la miró fijamente, preguntándose cómo una muchacha tan encantadora podía hablar así. Ella lo observó de reojo, y clavó otra vez la mirada en el camino.

—No me mire así —dijo—. Es usted quien eligió arriesgar la vida por dinero. Bastante dinero. Y usted sabe bien que ésta no es la historia del niño inocente que descubre de pronto a los hombres malos.

—Lo sé —dijo Raeder.

—Si no sabe vivir bien, por lo menos trate de morir bien.

—No lo dice en serio —reprochó Raeder.

—No esté demasiado seguro... Faltan tres horas y cuarenta minutos hasta el fin del programa. Si puede mantenerse vivo, perfecto. El botín será suyo. Pero si no puede, por lo menos trate de dar algo a cambio del dinero.

Raeder asintió, mirándola fijamente.

—Pocos segundos más y volveremos al aire. A mí se me descomponen el motor del auto. Lo dejo en el camino. Desde ahora

los Thompson lo matan cuando puedan y como puedan, y cuanto antes mejor. ¿Comprendido?

—Sí —dijo Raeder—. Si salgo de ésta, ¿podré volver a verla?

La muchacha se mordió el labio inferior, furiosa.

—¿Es un chiste?

—No. Me gustaría volver a verla. ¿Podré?

Ella lo miró con curiosidad.

—No sé. Olvidelo. Estamos a punto de salir al aire. Me parece que su mejor posibilidad es ese bosque a la derecha. ¿Listo?

—Sí. ¿Dónde podré encontrarla? Después, quiero decir.

—Oh, Raeder, preste atención. Cruce la arboleda hasta una cañada. No es mucho, pero podrá ocultarse.

—¿Dónde podré encontrarla? —insistió Raeder.

—Búsqueme en la guía telefónica de Manhattan. —La muchacha detuvo el automóvil.— Muy bien, Raeder. Eche a correr.

Raeder abrió la puerta.

—Espere. —La joven se inclinó y lo besó en los labios.— Buena suerte, idiota. Llámame si te salvas.

Raeder corrió hacia los árboles.

Corrió entre abedules y pinos. De cuando en cuando pasaba ante una casa con gente asomada a las ventanas. Algún ocupante de esas casas debió de telefonar a la pandilla, pues cuando llegó a la cañada —arraigada por la última inundación— sus perseguidores venían pisándole los talones. Esa gente tranquila, corts y

respetuosa de la ley (pensó Raeder tristemente) no quería que escapara. Quería presenciar un asesinato. O quizá quería ver cómo escapaba por un pelo a la muerte.

Las dos cosas eran lo mismo, en realidad.

Entró en la cañada, cubierta de espesos matorrales, y esperó. Los Thompson aparecieron en las dos orillas, avanzando lentamente, mirando a los lados. Raeder contuvo el aliento.

Oyó el breve estampido de un revólver. Pero el hombre había tirado contra una ardilla. La bestia se estremeció un instante, y murió.

Tendido en la maleza, Raeder oyó el helicóptero del estudio que volaba sobre el lugar. Se preguntó si lo enfocaría alguna cámara en ese instante. Era posible. Y si miraba a la cámara de televisión, era también posible que apareciera un Buen Samaritano, dispuesto a ayudarlo.

Raeder miró hacia el helicóptero, dio a su cara una expresión reverente, cruzó los dedos y rezó. Rezó en silencio, pues al público no le gustaba la ostentación religiosa. Los labios, sin embargo, se le movían. Cualquiera hombre tenía derecho a eso.

Dijo una verdadera plegaria. En una oportunidad, un espectador que sabía leer el movimiento de los labios había descubierto que el fugitivo *fingía* que rezaba, pero que en realidad recitaba las tablas de multiplicar.

¡No hubo ayuda para ese hombre!

Raeder terminó su plegaria, miró su reloj, y vio que le faltaban casi dos horas.

¡Y no quería morir! Tenía que haber estado loco, absolutamente loco, para meterse en algo semejante...

Pero sabía que no era así. Había estado perfectamente cuerdo.

Una semana atrás había aparecido en el escenario de *El Precio del Peligro*, parpadeando bajo los reflectores, y Mike Terry le había estrechado la mano.

—Bien, señor Raeder —había dicho Mike Terry, solemnemente—. ¿Conoce usted las reglas del juego?

Raeder asintió con una inclinación de cabeza.

—Si acepta, Jim Raeder, será un *hombre perseguido* durante una semana. Un grupo de asesinos lo acosará, Jim. Asesinos profesionales, hombres a quienes la justicia busca por otros delitos, y que pueden cometer impunemente este crimen, de acuerdo con la ley del Suicidio Voluntario. Tratarán de *matarlo*, Jim. ¿Comprende?

—Comprendo —dijo Jim.

También comprendía que recibiría doscientos mil dólares, si era capaz de sobrevivir una semana.

—Insisto, Jim Raeder. No queremos que nadie se sienta obligado a apostar la vida.

—Yo quiero apostar —dijo Raeder.

Mike Terry se volvió hacia el auditorio.

—Señoras y señores, tengo aquí un ejemplar de un test psicológico exhaustivo, al que ha sido sometido Jim Raeder, a petición nuestra, por una firma imparcial de tests psicológicos. Cualquiera que lo desee, puede obtener un ejemplar, enviando veinticinco centavos para gastos de franqueo. El test demuestra que Jim Raeder es un sujeto cuerdo, equilibrado y responsable.

Se encará nuevamente con Raeder.

—¿Sigue dispuesto a intervenir en el concurso, Jim?

—Sí.

—¡Muy bien! —exclamó Mike Terry—. Jim Raeder, le presento a sus futuros asesinos... o aspirantes a asesinos.

La pandilla de Thompson entró en el escenario, abucheadora por el público.

—Mirenlos, amigos míos —dijo Mike Terry con indisimulado desprecio—. ¡Obsérvenlos un minuto! ¡Antisociales, totalmente perversos, completamente amorales! Estos hombres no tienen código alguno, más que el deformado código del hampa; ninguna honra, más que la honra cobarde del asesino a sueldo. Son hombres sentenciados, condenados por nuestra sociedad, que no tardará en castigar sus actividades con una muerte prematura y sin grandeza.

La audiencia gritó entusiasmada.

—¿Qué tiene que decir, Claude Thompson? —preguntó Terry.

Claude Thompson, el vocero de la banda, se acercó al micrófono. Era un hombre flaco, bien afeitado, vestido con sobriedad.

—Yo creo —dijo roncamente Claude Thompson—, que no somos peores que nadie. Quiero decir, miren los soldados en la guerra, ellos matan. Y miren cómo se roba en el gobierno, y en los sindicatos. Todo el mundo tiene sus enjuagues.

Este era el endeble código de Thompson. ¡Pero con cuánta rapidez, con qué precisión Mike Terry destruyó los argumentos del asesino! Las preguntas de Terry entraron como flechas en la sucia alma de aquel hombre.

Al terminar la entrevista, Claude Thompson traspiraba, enjugándose la cara con un pañuelo de seda y lanzando rápidas miradas a sus secuaces.

Mike Terry puso una mano sobre el hombro de Raeder.

—Este es el hombre que ha accedido a convertirse en víctima... siempre que lo alcancen.

—Lo alcanzaremos, señor —dijo Thompson, recuperando su aplomo.

—No esté tan seguro —dijo Terry—. Jim Raeder ha lidiado toros, ahora luchará con chacales. Es un hombre medio. Es el pueblo... y el pueblo, Thompson, significa en última instancia la destrucción de usted y de su especie.

—Lo alcanzaremos...

—Hay aún algo más —prosiguió muy suavemente Mike Terry—. Jim Raeder no está solo. Buenos Samaritanos en los cuatro rincones de nuestro gran país están listos para ayudarlo. Desarmado, indefenso, Jim Raeder puede contar con la ayuda y la generosidad del pueblo, pues es el representante del pueblo. ¡Así que no se sienta usted tan seguro, Claude Thompson! ¡Los hombres medios apoyan a Jim Raeder... y hay muchos hombres medios!

Raeder recordaba, acurrucado entre los matorrales. Sí, el pueblo lo había ayudado. Pero también había ayudado a sus perseguidores.

Se estremeció. Había elegido, era el único responsable. El test psicológico así lo demostraba.

Y sin embargo, ¿hasta qué punto eran responsables los psicólogos que habían vigilado el test? ¿Y hasta qué punto era responsable Mike Terry, que ofrecía tanto dinero a un hombre pobre? La sociedad le había tejido la cuerda a Raeder, se la había echado al cuello; y él se ahorcaba ahora, mientras hablaba de libre voluntad. ¿Quién tenía la culpa?

—¡Ajá! —gritó alguien.

Raeder alzó la mirada y vio a un hombre corpulento, de pie junto a él. Vestía una chillona chaqueta de tweed. Del cuello le colgaban unos prismáticos; empuñaba un bastón.

—Señor —susurró Raeder—, por favor no diga...

—¡Eh! —gritó el corpulento testigo, señalando a Raeder con el bastón—. ¡Aquí está!

Un loco, pensó Raeder. El maldito idiota creará que está jugando al cazador y la liebre.

—¡Aquí, aquí! —vociferaba el hombre.

Lanzando maldiciones, Raeder se incorporó de un salto y echó a correr. Salió de la cañada y vio a lo lejos un edificio blanco. Fue hacia él. A sus espaldas, el hombre seguía gritando:

—¡Allá va, por ahí! ¡Miren, idiotas! ¿No lo ven?

Los hombres de Thompson dispararon. Raeder huía a los tropezones por el terreno desparejo. Pasó junto a tres chicos que jugaban en la copa de un árbol.

—¡Ahí va! —gritaron los chicos—. ¡Ahí va!

Raeder gimió, pero no se detuvo. Llegó a la escalinata del edificio y descubrió que era una iglesia.

Cuando abrió la puerta, una bala lo alcanzó en la corva derecha.

El televisor de bolsillo comentó:

—*¡Qué final, amigos míos, qué final! ¡Raeder ha sido herido! ¡Está herido, señoras y señores, se arrastra, sufre, pero no se entrega! ¡Jim Raeder nunca se entrega!*

Raeder estaba tendido en la nave, cerca del altar. Alcanzó a oír la voz anhelante de un niño que decía:

—Entró ahí, señor Thompson.

¡Rápido, señor, todavía puede alcanzarlo!

¿Una iglesia no es un santuario? se preguntó Raeder.

La puerta se abrió con violencia, y Raeder comprendió que la vieja costumbre ya no era respetada. Arrastrándose, pasó junto al altar y salió por la puerta trasera del templo.

Se encontró en un antiguo cementerio, escurriéndose a lo largo de cruces y estrellas, lápidas de mármol y de granito, sepulcros de piedra y toscos homenajes de madera. Una bala estalló contra una lápida, y un granizo de piedra cayó sobre él. Se estiró hasta llegar al borde de una fosa recién abierta.

Me han recibido en sus brazos, pensó. Toda esa gente media, simpática y normal. ¿No habían dicho que él era el representante del pueblo? ¿Y no se habían comprometido a protegerlo? Pero no, lo detestaban. ¿Cómo no lo había comprendido antes? El héroe de esa gente era el frío pistolero de mirada impávida, cualquiera fuese su nombre: Thompson, Capone, Billy the Kid, Young Lochinvar, Cuculain, el hombre sin esperanzas o temores humanos. El héroe adorado era ese muerto, implacable robot pistolero... y aspiraban a que el héroe les pateara las caras.

Raeder trató de moverse y cayó, indefenso, a la fosa.

Ahora estaba tendido de espaldas, mirando el cielo azul. Una silueta oscura borró el cielo. Hu-

bo un brillo de metal. La silueta apuntó, lentamente.

Y Raeder abandonó, para siempre, toda esperanza.

—Un momento, un momento, Thompson —tronó la voz amplificada de Mike Terry.

El revólver vaciló.

—¡Son las cinco y un segundo! ¡La semana ha concluido! ¡Jim Raeder ha ganado!

El público que colmaba el estudio de TV estalló en exclamaciones y gritos.

Los miembros de la pandilla Thompson se agrupaban sombríamente alrededor de la tumba.

—¡Ha ganado, mis amigos, ha ganado! —exclamó Mike Terry—. ¡Miren, observen la pantalla! Ha llegado la policía y alejan a los Thompson de su víctima, la víctima que no pudieran matar. Y todo esto gracias a ustedes, Buenos Samaritanos de América. Observen, señoras, señores, manos bondadosas alzan a Jim Raeder de la tumba abierta que fue su último refugio. Y aquí está la Buena Samaritana Janice Morrow. ¡Será éste el comienzo de un romance! Jim parece haberse desmayado, amigos míos, le están dando un estimulante. ¡Pero ha ganado doscientos mil dólares! ¡Y ahora, escucharemos unas pocas palabras de Jim Raeder!

Hubo un corto silencio.

—Es extraño —dijo Mike Terry—. Señoras y señores, parece que no podremos hablar con Jim por ahora. Los médicos lo están revisando. Un momentito, por favor...

Otro silencio. Mike Terry se enjugó la frente y sonrió.

—Es el esfuerzo, mis amigos, la terrible tensión a que ha sido sometido. Los médicos me dicen... Bueno, amigos míos, momentáneamente Jim Raeder no es él mismo. ¡Pero esto es sólo momentáneo! La red JBC contratará a los mejores psiquiatras y psicoanalistas del país. Haremos todo lo humanamente posible en favor de este valeroso muchacho. Y todos los gastos correrán por nuestra cuenta.

Mike Terry miró de reojo el reloj del estudio.

—Bueno, señoras y señores, estamos en el final del programa. No dejen de ver nuestra próxima gran competencia de emociones. Y no se preocupen. ¡Muy pronto tendremos aquí a Jim Raeder!

Mike Terry volvió a sonreír, guiñándole un ojo a los televidentes.

—Tiene que recuperarse, amigos míos. Al fin y al cabo, todos estamos aquí poniendo el hombre, ¿no es verdad? ♦

Robert A. Heinlein nació en 1909, empezó a escribir en 1939 y ha publicado desde entonces alrededor de cincuenta libros. Los más populares, y acaso los más notables, son los de la serie llamada Historia del Futuro (El hombre que vendió la luna, Las verdes colinas de la Tierra), y que satisfacen de algún modo las tesis más ortodoxas del realismo literario... Todos ustedes, zombis se inicia con una discusión en un bar de 1970, y salta —con sorprendente brusquedad— hacia adelante, hacia atrás y hacia los lados, en el tiempo y el espacio. Como dice una de las siete máximas: "Las paradojas pueden ser paradotoradas."

TODOS USTEDES, ZOMBIS

Robert A. Heinlein

22.17 HS. ZONA TEMPORAL 5. 7 DE NOVIEMBRE DE 1970. Nueva York. Bar de Pop.

Yo lustraba una copa de coñac cuando entró la madre soltera. Anoté la hora: las 22.17, zona cinco, tiempo del Este, 7 de noviembre de 1970. Los agentes temporales siempre apuntamos la fecha y la hora. Es una norma.

La madre soltera era un hombre de veinticinco años, no más alto que yo, de cara infantil y temperamento quisquilloso. No me gustaba su aspecto (nunca me gustó), pero yo había venido aquí para reclutarlo. Le obsequié mi mejor sonrisa de mostrador.

Tal vez soy demasiado severo. No era afeminado. Lo llamaban

así porque cuando algún entrometido le preguntaba su profesión, el hombre decía a veces:

—Soy una madre soltera. —Y si estaba de buen humor continuaba: —A cuatro centavos por palabra. Escribo historias confidenciales para revistas de mujeres.

Pero si estaba de mal humor, se quedaba esperando que alguien hiciese alguna broma. En la pelea cuerpo a cuerpo era más peligroso que un policía femenino. Este era uno de los motivos por los que yo lo necesitaba. No el único.

Esta noche venía bastante bebido, y parecía detestar a la gente más que de costumbre. Silenciosamente le serví una ración do-

Título original: The prize of peril. Traducción de R. J. Walsh.

ble de aguardiente, y dejé la botella. Bebió y se sirvió otro vaso.

Pasé el trapo por el mostrador.
—¿Cómo anda el negocio de la madre soltera?

El hombre apretó el vaso. Pensé que me lo iba a tirar a la cara, y tanteé debajo del mostrador en busca de la cachiporra. Hay tantos factores, en el campo de la manipulación temporal, que no es posible correr riesgos.

Advertí en la cara del hombre una fracción infinitesimal de distensión. Ese índice que uno aprende a detectar en la escuela.

—Lo siento —dije—. Sólo quise preguntar cómo andan los negocios. Imagine que le pregunté qué tal está el tiempo.

Me miró, amargado.

—Oh, los negocios andan bien. Yo las escribo, ellos las publican, yo como.

Me serví un trago y me incliné hacia él.

—Para decirle la verdad —comenté—, usted escribe bien. He leído algunas de esas historias. Es asombroso cómo ha captado usted el punto de vista femenino.

Este era un desliz que yo debía arriesgar: él nunca me había dicho que seudónimos usaba. Pero estaba tan irritado, que sólo retuvo mis palabras finales.

—¡El punto de vista femenino! —repetió, bufando—. Sí, ya lo creo que conozco ese punto de vista.

—¿Sí? —murmuré, vagamente—. ¿Hermanas?

—No. Usted no me creería, si le contara.

—Vamos, vamos —repuse suavemente—, los *barman* y los psiquiatras saben que nada es más extraño que la verdad. Mire, hijo mío, si usted oyera las historias que oigo yo... bueno, se haría rico. Es increíble.

—Usted no sabe lo que significa "increíble".

—¿De veras? Pues a mí nada me asombra.

La madre soltera resopló otra vez.

—¿Quiere apostar lo que queda de la botella?

—Le apostaré una botella entera —dije, y la puse en el mostrador.

Hice señas al otro *barman* para que se ocupara del negocio. Estábamos en la punta del mostrador, un lugar para un solo banquillo que yo convertía en refugio privado colocando sobre el mostrador frascos con huevos en conserva y cosas por el estilo. En la otra punta había unos pocos parroquianos mirando el boxeo en la pantalla del televisor, y alguien hacía sonar la *juke-box*.

—Muy bien —dijo la madre soltera—, soy un bastardo.

—Esa no es una ninguna distinción aquí —señalé.

—Lo digo en serio —replicó—. Mis padres no estaban casados.

—Ninguna novedad. Los míos tampoco.

—Cuando... —La madre soltera se interrumpió y por primera vez desde que lo conocía, me miró con cierta amabilidad—. ¿En serio?

—Por supuesto. Soy bastardo ciento por ciento. En realidad —agregué—, nadie se casa en mi familia. Todos bastardos.

—¿Y eso?

—Oh, esto. —Se lo mostré. —Parece un anillo de compromiso. Es para ahuyentar a las mujeres.

Era una vieja sortija que compré en 1985 a un colega, que la había traído de la Creta pre-cristiana.

—La serpiente Uroboros —expliqué—, la Serpiente del Mundo que se muerde eternamente la cola. Un símbolo de la Gran Paradoja.

Pero él apenas lo miró.

—Si usted es realmente un bastardo, sabe cómo se siente uno. Cuando yo era todavía una chiquilla...

—¡Epal —lo interrumpí—. ¿Le oí bien?

—¿Quién cuenta esta historia? Cuando yo era una chiquilla... Oiga, ¿nunca oyó hablar de Christine Jorgenson? ¿O de Roberta Cowell?

—Ajá, esos casos de cambio de sexo. ¿Pero usted pretende hacerme creer...?

—Vea, si me interrumpe, no hablo. A mí me dejaron en un orfanato de Cleveland, en 1945, cuando tenía un mes de edad. Después, de chica, empecé a enviar a los niños que tenían padres. Más tarde, cuando me enteré de las cosas del sexo... y créame, Pop, que se aprende rápido en un orfanato...

—Ya sé.

—... juré solemnemente que un hijo mío tendría padre y madre. Esa idea me mantuvo "pura", cosa que era una hazaña en ese medio... Para conseguirlo, debí aprender a pelear. Después fui creciendo, y comprendí que tenía muy pocas posibilidades de casarme... por los mismos motivos por los que nadie me había adoptado. —Hizo una mueca. —Tenía cara de caballo, dientes largos de chivo, pecho chato y pelo de cepillo.

—No parece mucho más feo que yo.

—¿A quién le importa si un *barman* es feo? ¿O un escritor? Pero la gente que quiere adoptar un niño, elige esos gansos de ojos azules y cabellos de oro. Más tarde, los muchachos deben tener un tórax fornido, una cara simpática y esa actitud-tan-maravillosamente-masculina... —La madre soltera se encogió de hombros. —Yo no podía competir. Decidí incorporarme a la W.E.N.C.H.E.S.¹

—¿Eh?

—Es la sigla de la Sección Hospitalidad y Entretenimiento del Cuerpo Nacional de Emergencia Femenino. La llaman ahora Angeles del Espacio. A.N.G.E.L. 2 Grupo Auxiliar de Protección de las Legiones Extraterrestres.

Reconocí ambas denominaciones, cuando las ubiqué en el

¹ Women's Emergency National Corps, Hospitality & Entertainment Section. "Wenches" significa "mujerzuelas".

² Auxiliary Nursing Group, Extraterrestrial Legions.

tiempo. Nosotros usamos todavía una tercera sigla: W.H.O.R.E., que significa Hospitalaria Orden Femenina para Alentar y Fortificar Cosmonautas¹, y designa a ese servicio militar de élite. El cambio de vocabulario es el peor obstáculo en los saltos por el tiempo... ¿Sabían ustedes que "estación de servicio" significó en una época un dispensario de fracciones de petróleo? Una vez, cuando yo cumplía una misión en la Era Churchill, una mujer me dijo: "Lo espero en la estación de servicio vecina"; pero una estación de servicio (en ese entonces) no tenía una cama.

La madre soltera continuó:

—Fue entonces cuando se admitió, por primera vez, que era imposible enviar hombres solos al espacio durante meses y años. Había que aliviarles la tensión. ¿Recuerda cómo protestaron los puritanos? Bueno, eso me favoreció, ya que al principio no abundaban las voluntarias. Una muchacha debía ser respetable, preferiblemente virgen (querían adiestrarlas a partir de cero), de un nivel mental superior al medio, y emocionalmente estable. Pero la mayoría de las voluntarias eran viejas busconas, o neuróticas que perderían la chaveta diez días después de salir de la Tierra. En consecuencia, yo no necesitaba ser bonita; si me aceptaban, me arreglarían los dientes

¹ Women's Hospitality Order Reforming & Encouraging Spacemen. "Whore", "ramera".

de chivo, me ondulaban el pelo, me enseñarían a caminar y a bailar, a escuchar a un hombre con expresión agradable, y todo lo demás... sin contar el adiestramiento para los deberes fundamentales. Si era necesario hasta me harían la cirugía estética... Ningún esfuerzo era excesivo, tratándose de Nuestros Muchachos.

"Más aún, nos evitaban los embarazos... y al término del contrato, era casi seguro que una se casaba. Lo mismo ocurre hoy: los Angeles del Espacio se casan con los cosmonautas. Hablan el mismo idioma.

"A los dieciocho años, me colocaron como 'auxiliar de casa de familia'. La familia en cuestión quería una sirvienta barata, simplemente; pero a mí no me importaba. No podía alistarme hasta cumplir veintiuno. Hacía las tareas de la casa y asistía a la escuela nocturna. Fingía estudiar taquigrafía y dactilografía, pero en realidad iba a los cursos de atractivo personal.

"Fue entonces cuando conocí a ese farsante, con sus billetes de cien dólares. —La madre soltera torció la cara. —Un inservible, aunque realmente tenía un fajo de billetes de cien. Me mostró uno una noche, y me lo ofreció.

"Pero yo no lo acepté. El hombre me gustaba. Era el primero que se mostraba amable conmigo sin intentar otros juegos. Abandoné la escuela nocturna para verlo más seguido. Fue la época más feliz de mi vida.

"Entonces, una noche en el parque, empezaron los juegos.

La madre soltera calló.

—¿Y después? —pregunté.

—Y después, ¡nada! Nunca volvió a verlo. Me acompañó hasta casa, me dijo que me quería, se despidió con un beso y un buenas noches, y no lo vi más. ¡Si pudiera encontrarlo —concluyó la madre soltera con acento lúgubre—, lo mataría!

—Bueno —me condolí—, comprendo cómo se siente. Pero matarlo... nada más que por... Hum... ¿Usted le ofreció resistencia?

—¿Qué? ¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho. Tal vez se merezca un par de costillas rotas, pero...

—¿Merece algo mucho peor! Espere a que termine de contarle. Me las arreglé para que nadie sospechara, y me consolé diciéndome que todo era para bien; que realmente no lo había querido y que probablemente nunca querría a nadie. Estaba más ansiosa que nunca por ingresar en la W.E.N.C.H.E.S. No había quedado descalificada, pues ellos no insistían demasiado en la cuestión de la virginidad. Me reanimé.

"Sólo cuando las faldas empezaron a apretarme, comprendí.

—¿Embarazada?

—Como una vaca. Y esos avares que me habían empleado se hicieron los tontos mientras pude trabajar. Después me sacaron a patadas, y el orfanato no quiso recibirme otra vez. Terminé en

un hospital de caridad, rodeada por otros grandes bombos y trocalleas hasta que me llegó el momento.

"Una noche me encontré en una mesa de operaciones, con una enfermera que decía: 'Relájese. Ahora respire hondo.'

"Me desperté en la cama, paralizada del pecho para abajo. Cuando entró el cirujano, me preguntó, muy contento:

"—¿Qué tal, cómo se siente?

"—Como una momia.

"—Natural. Está fajada con una momia, y llena de anestésico. Va a salir bien, pero una cesárea no es un chiste.

"—Una cesárea —repetí—. Doctor... ¿perdi el bebé?

"—Oh, no. Su bebé está perfectamente.

"—Ah. ¿Varón o nena?

"—Una sanísima mujercita, de veras. Cinco libras, tres onzas.

"Me tranquilicé. Ya era algo, haber hecho un bebé. Me iría a cualquier parte —pensé—, agregaría 'señora' a mi apellido y dejaría que la niña pensara que su padre había muerto... Mi hija no terminaría en un orfanato.

"Pero el cirujano seguía hablando:

"—Dígame, este... —evité pronunciar mi nombre—. ¿Alguna vez observó que su sistema glandular es... extraño?

"—¿Qué? —respondí—. Por supuesto que no. ¿Qué quiere decir? "El hombre vacilaba.

"—Se lo diré en una sola dosis. Luego una inyección, para que

se duerma y se le pasen los nervios.

—¿Nervios? ¿Por qué?

—¿Alguna vez oyó hablar de ese médico escocés que fue mujer hasta los treinta y cinco años? Después se operó, y fue un hombre, desde el punto de vista médico y legal. Se casó. Todo perfecto.

—Y eso, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Es lo que estoy tratando de explicarle. Usted es un hombre.

—Quise enderezarme.

—¿Qué?

—Calma. Cuando la abrí, me encontré con todo un espectáculo. Llamé al cirujano jefe, mientras yo sacaba al niño; después, con usted todavía en la mesa, celebramos una consulta... y trabajamos durante horas para salvar lo que se podía salvar. Usted tenía dos series completas de órganos, ambas inmaduras; pero la serie femenina estaba bastante desarrollada como para permitirle tener un bebé. Esos órganos, sin embargo, ya no podían servirle de nada, así que los extirpamos y reordenamos las cosas, para que pueda desarrollarse adecuadamente como hombre. —Me puso una mano en el hombro. —No se preocupe. Es usted joven, los huesos se le readaptarán, le vigilaremos el equilibrio glandular... y haremos de usted un hermoso ejemplar masculino.

—Me eché a llorar.

—¿Y mi hija?

—Bueno, no podrá amaman-

tarla, no tiene bastante leche. En su lugar, yo ni siquiera la vería. Le buscaría unos padres adoptivos.

—¡No!

—El médico se encogió de hombros.

—Usted decide. Es usted la madre, bueno... el padre. Pero ahora no se preocupe. Lo primero es recuperarse.

—Al día siguiente me dejaron ver a la niña, y seguí viéndola diariamente, tratando de acostumbarme a ella. Nunca había visto un recién nacido, y no imaginaba qué feos son... Mi hija parecía un monito anaranjado. Mis sentimientos se convirtieron en la firme decisión de protegerla. Pero cuatro semanas más tarde, eso no significaba nada.

—¿Cómo?

—La secuestraron.

—¿La secuestraron?

—La madre soltera estuvo a punto de voltear la botella.

—La raptaron. ¡La robaron de la *nursery* del hospital! —La madre soltera respiraba con dificultad.—Y así me quitaron la última razón de mi vida.

—Feo asunto —admití—. Tome otro. No, mejor no. ¿Ninguna pista?

—La policía no descubrió nada. Alguien había ido a verla, diciendo que era el tío. En un descuido de la enfermera, se la llevó.

—¿Y el secuestrador cómo era?

—Un hombre corriente, con una cara en forma de cara, como la suya o la mía. —La madre sol-

tera frunció el ceño. —Creo que era el padre. La enfermera juró que era un hombre de más edad, pero probablemente se había maquillado. ¿Quién, sino él, podía robarme la criatura? Las mujeres sin hijos suelen hacer esas cosas, pero quién iba a decir que un hombre...

—¿Qué pasó después?

—Estuve once meses más en ese horrible lugar. Me operaron tres veces. A los cuatro meses empezó a crecerme la barba. Antes de salir, ya me afeitaba todos los días... y evidentemente era un hombre. —La madre soltera sonrió ácidamente. —Empezaba a mirarle las piernas a las enfermeras.

—Bueno —admití—, me parece que la cosa salió bastante bien. Se ha convertido en un hombre normal, gana bastante dinero, no tiene problemas. Además, la vida de la mujer no es fácil.

La madre soltera me miró con furia.

—¿Qué sabrá usted!

—¿Por qué lo dice?

—¿Alguna vez oyó esa expresión, "una mujer arruinada"?

—Hum, hace años. Ya no significa mucho.

—Pues yo estaba tan arruinado como puede estarlo una mujer. Ese canalla me arruinó realmente la vida. Yo ya no era una mujer... y no sabía cómo ser un hombre.

—Supongo que es cuestión de costumbre.

—Usted no tiene la menor idea.

No hablo de aprender a vestirse, o de no equivocarse de baño en un restaurante. Todo eso lo aprendí en el hospital. ¿Pero cómo podía *vivir*? ¿En qué me emplearía? Diablos, ni siquiera sabía conducir un automóvil. No conocía un oficio, no podía hacer ningún trabajo manual; demasiado tejido cicatrizante, demasiado tierno.

—Detestaba a aquel individuo, además, por haberme quitado esa posibilidad de ingresar en la W.E.N.C.H.E.S. Pero sólo comprendí cuánto lo odiaba cuando quise entrar en el Cuerpo Espacial. Un simple vistazo a mi abdomen y me declararon inepto para el servicio militar. El oficial médico dedicó un buen rato, sin embargo, a examinarme. Por simple curiosidad. Ya había leído mi historia.

—Entonces cambié de nombre y vine a Nueva York. Me coloqué de ayudante de cocina en un restaurante. Después alquilé una máquina de escribir y me instalé como taquígrafo público... ¡Qué risa! En cuatro meses dactilografié cuatro cartas y un manuscrito. El manuscrito era un cuento para *Historias de la Vida Real*. Un desperdicio de papel. Pero el pelma que lo escribí, conseguí venderlo. Eso me dio una idea. Compré una pila de revistas para mujeres y las estudié.

—Y ya sabe usted cómo he conseguido ese acertado punto de vista femenino en mi serie sobre las madres solteras. Mediante la

única versión que no he vendido: la auténtica. ¿Me ganó la botella?

La empujé hacia él. Me sentía bastante trastornado, pero había que trabajar.

—Hijo mío, ¿todavía tiene ganas de echarle el guante a ese tal por cual?

Los ojos se le iluminaron con un brillo de feria.

—¡Un momento! —exclamé—. ¿No lo mataría?

Soltó una risa maligna.

—Póngame a prueba.

—Calma. Sé más sobre ese asunto de lo que usted imagina. Puedo ayudarlo. Sé dónde está.

Tendió la mano por encima del mostrador.

—¿Dónde está?

—Suélteme la camisa, hijo, o aterrizará en el callejón y tendremos que decirle a la policía que se ha desmayado.

La madre soltera me soltó.

—Lo siento. Pero ¿dónde está?

—Me miró.— ¿Y cómo sabe tanto?

—Todo a su tiempo. Hay ficheros, constancias: constancias del hospital, del orfanato, constancias médicas. La directora del orfanato era la señora Fetherage, ¿correcto? Y después vino la señora Greunstein, ¿correcto? Y cuando usted era niña la llamaban Jane, ¿correcto? Y usted no me dijo nada de esto, ¿correcto?

El hombre estaba desconcertado, asustado quizá.

—¿Qué pasa? ¿Está tratando de meterme en dificultades?

—En absoluto. Sólo quiero su

felicidad. Puedo poner a ese sujeto entre sus manos. Usted hace con él lo que le parezca... sin consecuencias. Pero creo que no lo matará. Tendría que estar loco para matarlo... y usted no está loco. No del todo.

—Menos charla. ¿Dónde está?

Le serví un trago, chico. Estaba borracho, pero la ira equilibraba las cosas.

—No tan rápido. Yo le hago un favor. Usted me hace un favor.

—Ajá... ¿Qué?

—A usted no le gusta su trabajo. ¿Qué diría si yo le ofreciera un empleo con un gran sueldo, estabilidad asegurada, carta blanca en los gastos, usted su propio jefe, y pilas de aventuras y diversión?

El hombre me miró, boquiabierto.

—Diría: "¡Saquen esos malditos elefantes de la terraza!" Acabemos, Pop. Ese empleo no existe.

—Muy bien, digamos así, entonces: yo le entrego el hombre, usted le arregla las cuentas, después prueba el trabajo que le ofrezco. Si no es como se lo pinto, no pasó nada.

El otro vacilaba. El último trago lo decidí.

—¿Cuándo me lo entrega? —dijo con voz pastosa.

—Si está de acuerdo... ¡ahora mismo!

El hombre extendió la mano.

—¡Trao hecho!

Le hice una seña a mi ayudante para que vigilara las dos pun-

tas del mostrador, tomé nota de la hora —23.00—, y cuando atravesaba la puertita debajo del mostrador, la *juke-box* empezó a chillar los compases de *Soy mi propio abuelo*. El hombre de servicio tenía orden de poner sólo discos clásicos del folklore americano, porque yo no aguantaba la "música" de 1970. Pero yo ignoraba que esa grabación se hubiera infiltrado. Así que grité:

—¡Apaga eso! ¡Devuélvele el dinero al cliente! —y agregué: —Voy al depósito. Vuelvo en seguida.

Y allá fui, seguido por la madre soltera.

El depósito estaba al fondo del pasillo, más allá de los baños. Sólo el encargado de día y yo teníamos la llave de la puerta metálica. Adentro, había otra habitación, y sólo yo tenía la llave. Entramos ahí.

La madre soltera miró borrosamente a su alrededor y no vio más que paredes sin ventanas.

—¿Dónde está?

—En seguida viene.

Abrió un estuche. No había otra cosa en el cuarto: un modulador de coordenadas portátil U.S.F.F., serie 1992, modelo II. Una hermosura, sin piezas móviles, veintitrés kilogramos totalmente cargado. Parecía una inocente valija. Unas horas antes yo la había puesto a punto; ahora lo único que debía hacer era quitar la red metálica que limita el campo de transformación. Y lo hice.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una máquina del tiempo —respondí y con un movimiento rápido lancé la red sobre nosotros.

—¡Eh! —gritó la madre soltera, retrocediendo.

Esa técnica: hay que lanzar la red de modo que el sujeto retroceda instintivamente hasta chocar con la malla de metal. Luego uno cierra la red y ambos quedamos completamente adentro. De lo contrario, uno puede dejar detrás la suela de un zapato, o la punta de un pie. Pero ése es el único arte que el procedimiento exige. Algunos agentes introducen al sujeto en la red con engaños; yo digo la verdad y uso ese instante de total asombro para mover la palanca. Moví la palanca.

10.30 hs. Zona temporal 6.3 de abril de 1963. Cleveland, Ohio. Edificio Apex.

—¡Eh! —repitió el hombre—. ¡Sáqueme esto de encima!

—Lo siento —me disculpé, sacando la red y guardándola en la valija—. Usted dijo que quería encontrarlo.

—Pero... ¡Usted me dijo que era una máquina del tiempo!

Señalé el paisaje que se veía por la ventana.

—¿Le parece que estamos en noviembre? ¿Y en Nueva York?

Mientras él observaba, estupefacto, los pimpollos nuevos y el cielo primaveral, reabrí el estuche, saqué un fajo de billetes de cien dólares y miré si la numera-

ción y la firma eran compatibles con 1963. Al Servicio Temporal no le importa lo que uno gaste (no cuesta nada), pero le desagradan los anacronismos innecesarios. Si uno comete demasiados errores, un tribunal militar puede exiliarlo por un año en una época particularmente desagradable, 1974 por ejemplo, con su estricto racionamiento y sus trabajos forzados. Yo jamás cometo tales errores. El dinero era perfecto.

La madre soltera dio media vuelta y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—El hombre está ahí, afuera.

Aquí tiene dinero para los gastos. —Le di el fajo y añadí:— Ajuste sus cuentas, después yo lo recogeré.

Los billetes de cien dólares tienen un efecto hipnótico en la gente que los ve poco. Seguía pasándolos de a uno, con el pulgar, incrédulo, cuando lo empujé al vestíbulo, y cerré la puerta por dentro. El próximo salto en el tiempo era fácil, un pequeño desplazamiento dentro de la misma era.

17.00 hs. Zona temporal 6. 10 de marzo de 1964. Cleveland. Edificio Apex.

Habían echado por debajo de la puerta un aviso que decía que el contrato de mi alquiler expiraba la semana próxima; salvo ese detalle, el cuarto tenía el mismo aspecto que un momento antes. Afuera, los árboles estaban

pelados. Amenazaba nevar. Me di prisa, demorándome apenas lo suficiente para recoger dinero contemporáneo, además de una chaqueta, un sombrero y un abrigo que había dejado cuando alquilé la habitación. Contraté un automóvil y fui al hospital. Tarde veinte minutos en aburrir lo suficiente a la enfermera de la *nursery* como para poder llevarme la criatura sin que nadie me viera. Regresamos al edificio Apex. Este salto fue más complicado, pues el edificio no existía aun en 1945. Pero lo había calculado de antemano.

01.00 hs. Zona temporal 6. 20 de setiembre de 1945. Cleveland. Hotel Skyview.

El equipo portátil, el bebé y yo llegamos a un hotel de las afueras de la ciudad. Previamente yo me había registrado como Gregory Johnson. Procedencia: Warren, Ohio. La habitación tenía las cortinas corridas, las ventanas cerradas y las puertas atrancadas. El piso estaba libre de obstáculos, como precaución contra las oscilaciones mientras la máquina busca una época determinada. Una silla que está donde no debe estar puede golpearlo a uno seriamente... no la silla, desde luego, sino la descarga retroactiva del campo.

No hubo problemas. Jane dormía pacíficamente. La saqué, la puse en una caja de cartón sobre el asiento de un automóvil que había alquilado previamente, la

llevé al orfanato, la dejé en la escalinata, recorrí dos cuadras hasta llegar a una "estación de servicio" (de las que vendían subproductos del petróleo) y telefoné al orfanato. Después volví, a tiempo para ver cómo llevaban adentro la caja de cartón. Abandoné el automóvil cerca del motel, fui hasta él caminando, y salté al edificio Apex en el año 1963.

22.00 hs. Zona temporal 6. 24 de abril de 1963. Cleveland. Edificio Apex.

Yo había calculado el tiempo con gran precisión. Si no me equivocaba, Jane estaba descubriendo en el parque, en esa perfumada noche primaveral, que no era una chica tan "decente" como había creído. Tomé un taxi, me hice llevar a la casa de sus patrones, y ordené al conductor que esperase a la vuelta de la esquina, mientras yo me agazapaba en las sombras.

De pronto los vi venir por la calle, tomados del brazo. El hombre la llevó hasta el porche, la besó largamente, más largamente de lo que yo había imaginado. Después ella entró. El hombre vino caminando por la acera, dobló la esquina. Me acerqué y lo tomé del brazo.

—Muy bien, hijo —le anuncié en voz baja—. He vuelto para recogerlo.

—¡Usted! —exclamó, conteniendo la respiración.

—Yo. Ahora ya sabe quién es

el otro, y si piensa un poco, sabrá quién es usted... y si piensa bastante, adivinará quién es el bebé... y quién soy yo.

El otro no contestó. Estaba demasiado aturdido. Es impresionante cuando a uno le demuestran que no puede resistir la tentación de seducirse a sí mismo. Lo llevé al edificio Apex y dimos un nuevo salto.

23.00 hs. Zona 7. 12 de agosto de 1985. Base de los Rocallosos.

Desperté al sargento de guardia, le mostré mi tarjeta de identificación, le ordené que pusiera a mi acompañante en la cama, le diera una píldora tranquilizante y lo reclutara a la mañana siguiente. El sargento estaba de mal talante, pero la jerarquía es la jerarquía, en cualquier época. De modo que obedeció, pensando, sin duda, que la próxima vez que nos encontráramos él podría ser el coronel y yo el sargento. Cosa que, efectivamente, puede suceder en nuestro servicio.

—¿Qué nombre? —preguntó.

Se lo escribí. El sargento enarcó las cejas.

—Sí, ¿eh? Humm...

—Límitese a hacer su trabajo, sargento. —Me volví a mi acompañante. —Hijo, sus pesares han terminado. Está por iniciarse en el mejor empleo que un hombre puede tener. Y andrà bien. Yo sé.

—¡De eso puede estar seguro! —corroboró el sargento—. Míreme a mí, nacido en 1917, y todavía

ando por aquí, todavía soy joven, todavía disfruto de la vida.

Regresé a la oficina de desplazamientos, y ajusté todos los mecanismos a cero.

23.01 hs. Zona 5. 7 de noviembre de 1970. Nueva York. Bar de Pop.

Salí del depósito con una botella para justificar el minuto de ausencia. Mi ayudante discutía con el parroquiano que quería oír *Soy mi propio abuelo*. Le dije:

—Oh, déjalo que lo escuche. Después desenchufa el aparato. Me sentía muy cansado.

El trabajo es duro, pero alguien debe hacerlo. Luego del Error de 1972, es difícil reclutar a alguien. No hay nada mejor que seleccionar a aquellos que se sienten desdichados donde están, y ofrecerles un trabajo interesante y bien pagado (aunque peligroso), para servir a una causa necesaria. Todo el mundo sabe ahora por qué fracasó la guerra de 1963. La bomba de Nueva York no estalló nunca, un centenar de otras cosas no ocurrieron como habían sido planeadas... todo gracias a gente como yo.

Pero el Error de 1972, no. No intervenimos. Y no puede ser reparado; no hay aquí ninguna paradoja. Una cosa es, o no es, ahora y para siempre, amén. Pero no habrá otro error semejante; una orden fechada en 1992 tiene prioridad en cualquier año.

Cerré el bar cinco minutos an-

tes de lo habitual, dejando en la caja registradora una carta donde le explicaba al encargado de día que aceptaba su ofrecimiento de comprar mi parte, y que se entrevistara con mi abogado, puesto que yo me tomaba unas largas vacaciones. El Servicio cobraría o no mi participación, pero no quiere que se dejen cabos sueltos.

Bajé al cuartito del depósito y salté a 1993.

22.00 hs. Zona 7. 12 de enero de 1993. Cuartel General Anexo, Servicio Temporal Rocallosos.

Me presenté al oficial de guardia y fui a mi cuarto con la intención de dormir una semana. Me había traído la botella que habíamos apostado (al fin y al cabo, la gané) y tomé un trago antes de escribir mi informe. El guardiente tenía un gusto desagradable; me pregunté por qué me habría gustado alguna vez. Pero era mejor que nada: no me gusta estar completamente sobrio, pienso demasiado. Pero tampoco vivo pegado a la botella.

Dicté mi informe: cuarenta reclutamientos aprobados por el Departamento Psicológico, incluyendo el mío, que sería aprobado, sin duda. Pues yo estaba aquí, ¿no? Luego grabé una cinta pidiendo que me pasaran al cuerpo operativo; estaba harto de reclutamientos. Metí las dos grabaciones en la ranura y luego me acosté.

Mi mirada se posó en el carte-

lito con las Máximas del Tiempo, a los pies de mi cama:

Nunca dejes para ayer lo que

[puedes hacer mañana

Si al fin triunfas, no lo intentes

[otra vez

Una puntada a Tiempo salva

[nueve billones

Las paradojas pueden ser parabis?

[doctoradas

Es más temprano de lo que

[piensas

Los antepasados son solo gente

Hasta el mismo Júpiter cabe-

[cea

Ya no me entusiasmaban tanto como cuando era recluta; treinta años-subjetivos de saltos en el tiempo lo gastan a uno. Me desvestí y me miré el abdomen. Una

cesárea deja una gran cicatriz, pero soy tan peludo ahora que no la veo, salvo que la busque.

Entonces eché un vistazo al anillo que llevo en el dedo.

La serpiente que se muerde eternamente la cola... Yo sé de dónde he venido — pero ¿de dónde han venido todos ustedes, zombis?

Sentía la inminencia de un dolor de cabeza, pero nunca tomo analgésicos. Una vez tomé... y todos ustedes se fueron.

Así que me metí en la cama y apagué la luz.

Ustedes no están ahí, realmente. Sólo yo estoy, no hay nadie sino yo —Jane— sola aquí en la oscuridad.

Los extraño tanto. ♦

Título original: All you, zombies... Traducción de Daniel Hernández.

Minotauro. Fantasía y Ciencia - Ficción

selección bimestral de The magazine of Fantasy and Science Fiction publica la mejor ciencia-ficción y la mejor literatura fantástica de los últimos años y es una permanente antología de lo que hoy se llama "la literatura diferente". "En F & SF —ha escrito Williers Gerson, del New York Times— aparecen regularmente más historias de notable calidad que en ninguna otra revista del género."

Suscripción anual (6 números):

Argentina \$ 500.— Otros países: 4 dls.

Giros y cheques a Ediciones Minotauro. Departamento de suscripciones, Humberto I, 545, o personalmente en Alsina 500, Buenos Aires.

El don de la clarividencia (o segunda vista) ha sido observado y documentado tantas veces que es ya tema de estudio académico, por lo menos en los EE.UU. y la U.R.S.S. Richard Matheson (véase Nacimiento de hombre y mujer en Minotauro 2) muestra en esta historia de odio y codicia que las máximas de los muy antiguos —sobre los buenos usos de los Dones— se aplican también muy exactamente a los poderes parapsicológicos.

LA CHICA DE MIS SUEÑOS

Richard Matheson

GREG DESPERTÓ EN LA OSCURIDAD, sonriendo, y escuchó los inarticulados gemidos de Carrie. Debía de ser una buena pesadilla, pensó. Extendió la mano y tocó el camión empapado. Perfecto. Carrie se retorció emitiendo un apagado gorgoteo, y Greg retiró la mano. Parecía que ella trataba de decir: "No".

No, demonios, pensó Greg. Sueña, maldita perra, ¿para qué otra cosa sirves? Bostezó y sacó el brazo izquierdo de debajo de las mantas. Las tres y dieciséis. Percezosamente, dio cuerda al reloj. Un día de estos me compro uno de esos relojes eléctricos, se dijo. Quizá luego de esta pesadilla. Era una lástima que Carrie no dominara sus sueños. Cuántas ocasiones perdidas.

Se tendió de espaldas. La pesa-

dilla terminaba, o culminaba, yo nunca estaba seguro, ¿Qué importaba, de todos modos? No le interesaba el mecanismo, sino el resultado. Sonrió otra vez. Extendió la mano hacia la mesa de luz, buscando los cigarrillos. Encendió uno. Ahora tendría que consolarla, pensó frunciendo el ceño. Eso era lo peor. Condenada tontita. ¿Por qué no podía ser rubia y hermosa? Lanzó una bocanada de humo. Bueno, no se podía pedir todo. Si Carrie fuese distinta, no tendría probablemente esos sueños. Y lo que a ella le faltaba, les sobraba a otras mujeres.

Carrie se sobresaltó violentamente y se sentó con un grito, tirando de las mantas. Greg observó el perfil de su mujer en la penumbra.

—Oh, no —murmuró Carrie, y Greg vio que le temblaba la cabeza—. No. No.

Carrie se echó a llorar. Los sollozos le sacudían el cuerpo. Santo Dios, pensó Greg, esto durará horas. Irritado, aplastó el cigarrillo en el cenicero y se sentó.

—¿Querida? —dijo.

Carrie se volvió, jadeando, y lo miró.

—Ven conmigo —dijo Greg.

Abrió los brazos y Carrie se arrojó sobre él. Greg sintió los dedos flacos de Carrie que se le hundían en la espalda, el peso pegajoso de los pechos. Oh, diablos, pensó. La besó en el cuello, sintió el olor agrio de la piel húmeda, y torció la boca. Le acarició la espalda.

—Tranquila, chiquita —dijo—. Estoy aquí.

Dejó que Carrie lo abrazara sollozando débilmente.

—¿Una pesadilla? —preguntó Greg, tratando de mostrarse preocupado.

—Oh, Greg, —Carrie apenas podía hablar. —Fue horrible, ¡oh, Dios, qué horrible!

Greg sonrió. Era una buena pesadilla.

—¿En qué dirección? —preguntó Greg.

Carrie iba rígidamente sentada en el borde del asiento, mirando la calle con ojos turbados. En cualquier momento diría que no sabía nada. Siempre ocurría lo mismo. Los dedos de Greg apretaron el volante. Dios, el día

menos pensado le daría una paliza y se iría. Libre, pensó. Maldita farsante.

—¿Bueno? —dijo.

—No puedo...

—¿En qué dirección, Carrie?

Carrie tragó saliva.

—Izquierda —murmuró.

Magnífico. Greg casi se rió mientras tomaba la curva. Izquierda... eso quería decir la zona de Eastridge, la zona del dinero. Esta vez soñaste bien, perra. Este es el gran golpe. Un poco de habilidad ahora, y se libraría de ella para siempre. Habían hablado bastante, y ahora llegaba el momento de pasar por la caja.

Greg entró en la tranquila calle arbolada. Las gomas chirriaron sobre el pavimento.

—¿A qué distancia? —preguntó. Carrie no respondió, y él la miró, amenazado. Carrie había cerrado los ojos.

—Te pregunté a qué distancia. Carrie juntó las manos.

—Greg, por favor... —suplicó, y las lágrimas le corrieron por las mejillas.

—¿No me oíste?

Carrie volvió a gemir, pero dijo algo.

—¿Qué? —preguntó Greg secamente.

Carrie tomó aliento.

—A mitad de la otra cuadra.

—¿De qué lado?

—La derecha.

Greg sonrió. Se recostó en el asiento y aflojó el cuerpo. Esto pintaba mejor. Aquella condena-

da estúpida ensayaba, una y otra vez, el viejo cuento del olvido. ¿Cuándo aprendería que él la tenía en sus manos? Nunca. Pues luego de esta expedición, él se iría, y ella soñaría para nada.

—Tú me dirás cuando llegemos —dijo Greg.

—Sí.

Carrie se había vuelto hacia la ventanilla y apoyaba la cabeza en el vidrio frío. No te la enfriés demasiado, pensó Greg, divertido; todavía la necesito un rato. Carrie se volvió a mirarlo, y él reprimió una sonrisa. ¿Lo estaba espiando? ¿O era la rutina de siempre? Sí, era lo de siempre. Cuando faltaba poco para llegar, Carrie lo miraba, como para convencerse de que valía la pena. Y a Greg le daban ganas de reírse en la cara. Por supuesto que valía la pena. Si no fuera así, ¿cómo hubiese podido una bestia como ella pescar a un hombre de su clase? Si no fuera por él, la cama de Carrie sería la más vacía de las camas.

—¿Estamos cerca? —preguntó. Carrie miró hacia adelante.

—La casa blanca.

—¿La de la entrada en semicírculo?

Carrie asintió, tensa.

—Sí.

Greg apretó los dientes. Se estremeció. Cincuenta mil dólares por lo menos. Esta vez has elegido bien, redomada haragana, pensó. Dobló, se acercó a la acera, y apagando el motor, echó un vistazo a la calle. El convertible

vendrá por ese lado, se dijo. ¿Quién lo manejaría? No importaba.

—¿Greg?

Greg se volvió y miró a Carrie fríamente.

—¿Qué?

Carrie se mordió el labio inferior, y empezó a decir algo.

—No —la interrumpió Greg, sacando la llave del coche y abriendo la portezuela—. Vamos.

Bajó a la acera, cerró la portezuela y caminó alrededor del auto. Carrie seguía adentro.

—Vamos, nena —repitió Greg.

—Greg, por favor...

Greg se estremeció, contenido el deseo de gritarle en la cara, abrir la puerta y arrastrarla por los cabellos. Tomó rígidamente la manija de la puerta. Abrió, esperó. Cristo, ¡qué fea era! La cara, la piel, el cuerpo. Nunca le había parecido tan desagradable.

—Dije que vamos —insistió, sin alcanzar a disimular el furioso temblor de su voz.

Carrie salió y cerró la portezuela. Estaba refrescando. Greg sintió un escalofrío, y se subió el cuello del abrigo. Echaron a andar por la avenida interior que llevaba a la puerta de entrada. Necesitaba un abrigo más grueso, pensó; un abrigo de lana. Y elegante, negro tal vez. El día menos pensado se compraba uno; pronto quizá. Miró de soslayo a Carrie, preguntándose si ella tendría alguna idea de sus planes. Lo dudaba, aunque parecía más

preocupada que nunca. ¿Qué diablos le ocurría? Nunca la había visto tan mal. ¿Era porque se trataba de un chico? Se encogió de hombros. ¿Qué diferencia había? Carrie desempeñaría su papel.

—Alégrate —dijo—. Es día de clase. No tendrás necesidad de verlo.

Carrie no respondió.

Subieron los dos escalones del porche de piedra y se detuvieron ante la puerta. Greg apretó el timbre, y en el interior de la casa sonó la melodía de un carrilón. Mientras aguardaban, metió la mano en el bolsillo del abrigo y tocó la libretita de cuero. Era curioso: siempre se sentía como una especie de absurdo vendedor cuando estaban trabajando. Un vendedor en un mercado muy restringido, pensó, divirtiéndose con la idea. Pero lo cierto era que nadie podía ofrecer la misma mercadería.

Miró otra vez a Carrie.

—Alégrate —le dijo—. Venimos a ayudarlos, ¿no?

Carrie se estremeció.

—No será demasiado, ¿verdad, Greg?

—Ya veremos...

Se interrumpió al observar que la puerta se abría. Durante el momento se sintió desilusionado y colérico: no era una mucama quien acudía a atenderlo. Después pensó: qué diablos, el dinero está ahí lo mismo, y sonrió a la mujer.

—Buenas tardes —dijo.

La mujer lo miró con una son-

risa entre cortés y suspicaz. La mayoría de las mujeres le sonreían así en el primer momento.

—¿Sí?

—Se trata de Paul —dijo Greg.

La sonrisa desapareció. La cara de la mujer perdió toda expresión.

—¿Cómo?

—Ese es el nombre de su hijo, ¿verdad?

La mujer miró a Carrie. Greg observó que ya estaba desconcertada.

—La vida de Paul corre peligro —continuó Greg—. ¿Le interesa oír algo más?

—¿Qué le ha ocurrido?

Greg sonrió afablemente.

—Nada, todavía —repuso.

La mujer contuvo súbitamente el aliento, como si la estrangulaban.

—Lo han secuestrado —murmuró.

La sonrisa de Greg se hizo más ancha.

—Nada de eso —dijo.

—¿Dónde está, entonces? —preguntó la mujer.

Greg miró su reloj pulsera, fingiendo sorpresa.

—¿No está en el colegio? —preguntó.

Perturbada y confundida, la mujer lo contempló durante varios segundos, y luego retrocedió tirando de la puerta.

—Entremos —ordenó Greg.

—¿No podemos esperar afuera?

Carrie se interrumpió, contentiendo el aliento. Greg le clavó los dedos en el brazo y la arras-

tró al vestíbulo. Mientras cerraba la puerta, oyó los rápidos chasquidos del disco del teléfono en la cocina. Sonrió y llevó a Carrie a la sala.

—Siéntate —le dijo.

Carrie se sentó tímidamente en el borde de un sillón, mientras Greg miraba el cuarto. Era evidente que esa gente tenía dinero. Así lo mostraban las alfombras y los cortinados, el mobiliario de época, los accesorios. Greg sonreía, como un niño ansioso. Esta vez, realmente, todo estaba bien. Dejándose caer en el sofá, se estiró cómodamente, cruzando las piernas, y miró de reojo el nombre de una revista abierta en una mesita lateral. Oyó la voz de la mujer que hablaba por teléfono.

—En el aula catorce. La clase de la señora Jennings.

Un repentino chirrido sobresaltó a Carrie. Greg volvió la cabeza y vio (entre los cortinados negros) un perro ovejero escocés que arañaba la puerta corrediza de vidrio. Detrás, con renovada satisfacción vislumbró el brillo del agua en una piscina. Observó al perro. Ese debía ser el que iba a...

—Gracias —decía la mujer, con acento emocionado.

Greg miró hacia la cocina. La mujer colgó el receptor y sus pisadas repiquetearon en un piso de baldosas y luego se apagaron en la alfombra del vestíbulo. Se encaminó prudentemente hacia la puerta de calle.

—Estamos aquí, señora Wheeler —dijo Greg.

La mujer se volvió hacia Greg, rápidamente.

—¿Qué significa esto?

—¿Su hijo está bien? —preguntó Greg.

—¿Qué se proponen ustedes?

Greg sacó la libretita del bolsillo.

—¿Quiere echarle un vistazo a esto? —preguntó.

La mujer no respondió. Miraba a Greg entornando los ojos.

—Lo que usted supone —dijo Greg—. Queremos venderle algo.

El rostro de la mujer se endureció.

—La vida de su hijo —completó Greg.

La mujer lo miró boquiabierta, asustada otra vez. Greg tuvo ganas de decirle: "Santo Dios, qué estúpida eres". Se obligó a sonreír.

—¿Le interesa? —preguntó.

—Salgan de aquí antes que llame a la policía —repuso la mujer con voz ronca y trémula.

—Entonces no le interesa la vida de su hijo.

La señora Wheeler tuvo un movimiento de cólera y pánico.

—¿No me oyó? —dijo.

Greg resopló apretando los dientes.

—Señora Wheeler —anunció—, a menos que usted nos escuche con la mayor atención su hijo no tardará en morir.

Con el rabillo del ojo vio que Carrie hacía una mueca y tuvo ganas de golpearla. Imbé-

cil, pensó con furia salvaje. Buena oportunidad para mostrar qué asustada estás.

La señora Wheeler miraba fijamente a Greg. Le temblaban los labios.

—¿De qué habla? —preguntó por fin.

—De la vida de su hijo, señora Wheeler.

—¿Y qué interés tiene usted en hacerle daño a mi hijo? —preguntó la mujer con una voz temblorosa.

Greg se tranquilizó. Ya casi la tenía en el saco.

—¿Acaso yo dije que íbamos a hacerle daño? —preguntó, sonriendo con fingido humor—. No recuerdo haber dicho eso, señora Wheeler.

—¿Entonces?

—Poco antes del quince de este mes —dijo Greg—, Paul será atrollado por un automóvil y morirá.

—¿Qué?

Greg calló.

—¿Qué automóvil? —preguntó la mujer, dominada por el pánico—. ¿Qué automóvil?

—No lo sabemos exactamente.

—¿Dónde? —preguntó la mujer—. ¿Cuándo?

—Esa información —dijo Greg— es lo que queremos venderle.

La mujer, asustada, miró a Carrie. Carrie bajó la vista, mordiendo el labio inferior.

—Permítame que le explique —dijo Greg—. Mi mujer es lo que se llama una "vidente". Tal vez usted no esté familiarizada con el término. Significa que tiene

visiones y sueños. Muy a menudo, se refieren a gente verdadera. Como el sueño que tuvo anoche... acerca de su hijo.

La mujer pareció encogerse y mostró una expresión de astucia y sospecha.

—Sé lo que piensa —le informó Greg—. No pierda tiempo. Mire esa libreta y verá...

—Salgan de aquí —dijo la mujer.

—¿Otra vez? —preguntó Greg con una sonrisa fatigada—. ¿Quiere decir que realmente no le importa la vida de su hijo?

La señora Wheeler alcanzó a esbozar un gesto de desprecio.

—¿Llamo a la policía ahora? —dijo—. ¿La sección estafas?

—Si quiere —contestó Greg—, pero le sugiero que antes me escuche. —Abrió la libreta y empezó a leer: —"Enero veintidós. Un hombre llamado Jim caerá del tejado mientras trata de arreglar la antena de televisión. Calle Ramsay. Casa de dos pisos, verde con listas blancas. Aquí está el recorte de la noticia."

Greg miró de soslayo a Carrie, inclinó la cabeza, y, pasando por alto la expresión suplicante de su mujer, se incorporó y cruzó la sala. La señora Wheeler se encogió temerosamente, pero sin retroceder. Greg le mostró la hoja de la libreta.

—Como puede ver —dijo—, el hombre no creyó lo que le anunciábamos, y se cayó del tejado el 22 de enero. Es más difícil convencerlos cuando no se les puede dar

ningún detalle; eso arruinaría todo.—Soltó una risita casi turbada.— Sin embargo, debió pagarnos. Le habría resultado mucho más barato que la columna vertebral fracturada.

—¿Y piensa usted que?...

—Aquí hay otro caso —interrumpió Greg, dando vuelta una hoja—. Interesante. *Febrero 12, por la tarde. Un niño de 13 años, nombre desconocido, caerá en un pozo abandonado, se fracturará la pelvis. Vive en Darien Circle, etcétera, etcétera, aquí tiene los detalles —concluyó, señalando la hoja con el índice—. Aquí está el recorte del diario. Como puede observar, los padres llegaron justo a tiempo. Al principio se habían negado a pagar, amenazaron llamar a la policía, como usted. En realidad, nos echaron de la casa. Pero en la tarde del doce, cuando hice una última llamada telefónica, estaban desesperados. El chico había desaparecido, y no tenían idea de dónde estaba. Yo no les había mencionado el pozo, por supuesto.*

Hubo una pausa dramática que Greg disfrutó plenamente.

—Entonces fui a la casa, me pagaron, y les dije dónde estaba el chico.—Señaló el recorte.— Ya ve, lo encontraron... en un pozo abandonado, con la pelvis fracturada.

—Pero, ¿acaso pretende?...

—¿Que usted crea todo esto? —dijo Greg, completando el pensamiento de la mujer—. No del todo. Al principio, nadie cree.

Permítame decirle lo que está pensando en este mismo momento. Piensa que recortamos las noticias del diario, y fabricamos las respectivas historias. Tiene derecho a pensar si quiere... —El rostro se le endureció a Greg.— Pero si lo piensa, su hijo morirá a mediados de mes, puede estar segura.

Sonrió alegremente.

—No creo que le agrade saber cómo va a ocurrir —dijo, y la sonrisa se le borró en seguida—. Pero va a ocurrir, señora Wheeler, créalo o no.

La mujer, todavía demasiado aturdida por el miedo, insegura, escudriñó a Greg. Greg se volvió hacia Carrie.

—¿Y bien? —dijo Greg.

—Yo no... —balbuceó Carrie.

—¡Hablal —ordenó Greg.

Carrie se mordió los labios y trató de contener un sollozo.

—¿Qué va a hacer? —preguntó la señora Wheeler.

Greg se volvió con una sonrisa.

—Darle pruebas —dijo, y miró nuevamente a Carrie—. ¿Y bien? Carrie contestó con los ojos cerrados, la voz dolorida y débil:

—Hay un felpudo junto al cuarto de los niños. Usted resbalará ahí, con el bebé en brazos.

Greg la miró con sorpresa satisfecha: hasta ese momento, no había sabido que existiera un bebé. Rápidamente observó a la mujer mientras Carrie proseguía con voz turbada:

—Hay una araña, una viuda negra, debajo del cajón de los

juguetes, en el patio. Picará al bebé. Hay un... .

—¿Le interesa confirmar esos detalles? —interrumpió Greg, detestando súbitamente a la señora Wheeler. Era lenta, se resistía a aceptar—. ¿O simplemente nos iremos de aquí —dijo con voz dura—, y dejaremos que ese convertible azul arrastre a Paul aplastándole los sesos?

La mujer hizo un gesto de horror. Greg temió momentáneamente haberle dicho demasiado. En seguida se tranquilizó.

—Le sugiero que verifique —dijo amablemente.

La mujer retrocedió un paso, dio media vuelta, y corrió hacia la puerta del patio.

—A propósito —dijo Greg, recordando de pronto. La mujer se volvió—. Ese perro que tiene afuera tratará de salvar a Paul. El automóvil lo matará también.

La señora Wheeler parecía no comprender. Abrió la puerta del patio y salió. Greg vio que el ovejero husmeaba a su alrededor mientras ella cruzaba el patio. Tranquilamente volvió al sofá y se sentó.

—¿Greg?

Greg torció la boca y alzó la mano, haciendo callar a Carrie. En el patio se oyó un ruido de tablas: la señora Wheeler acababa de volcar el cajón de los juguetes. Greg escuchó atentamente. De pronto oyó un grito sofocado, luego el martilleo del zapato de la mujer sobre el cemento, y los ladridos excitados del perro.

Greg sonrió y se reclinó en el sofá, suspirando.

Cuando la señora Wheeler volvió a la sala, respirando agitada, Greg aún sonreía.

—Eso puede ocurrir en cualquier parte —dijo la mujer.

—¿Sí? —preguntó Greg, sonriendo siempre—. ¿Y el felpudo?

—Tal vez ustedes anduvieron espiando mientras yo estaba en la cocina.

—No, no hemos espiado, señora Wheeler.

—Quizá adivinaron.

—Y quizá no —replicó Greg—. Quizá todo lo que dijimos es cierto. ¿Quiere correr el riesgo?

La mujer no respondió. Greg se volvió hacia Carrie.

—¿Algo más? —preguntó.

Carrie temblaba convulsivamente.

—Hay un enchufe junto a la cuna del bebé —dijo—. El bebé tiene un alfiler, quiere meterlo en el enchufe, y... .

—¿Señora Wheeler?

La mujer se precipitó hacia la puerta. Greg le guiñó un ojo a Carrie.

—Estás en tu día, chica.

Carrie lo miró con los ojos brillantes.

—Greg, por favor, no les pidas demasiado.

Greg se apartó de Carrie. Estaba serio ahora. Tranquilízate, se dijo, tranquilízate. Pronto te librarás de ella. Distraídamente, guardó la libreta en el bolsillo del abrigo.

La señora Wheeler volvió al

cabo de unos minutos, horrorizada. Entre dos dedos de la mano derecha, traía un afiler de gancho.

—¿Cómo lo sabía usted? —preguntó con una voz temblorosa y débil.

—Creo habérselo explicado, señora Wheeler —dijo Greg—. Mi esposa tiene un don especial. Sabe exactamente dónde y cuándo ocurrirá un accidente. ¿Le interesa comprar esa información?

La mujer se retorció las manos.

—¿Cuánto quiere? —preguntó.

—Diez mil dólares —dijo Greg, crispando los puños al oír la queja ahogada de Carrie.

—Diez mil... —repitió mecánicamente la señora Wheeler.

—Exacto. ¿De acuerdo?

—Pero nosotros no...

—*Accepta o rechaza, señora Wheeler.* No está en situación de negociar. Y no crea, ni por un segundo, que puede hacer algo para evitar el accidente. El accidente ocurrirá, salvo que usted conozca el lugar y el momento exactos. —Se incorporó brusca y, sobresaltándola—. ¿Y bien? ¿Qué elige? ¿Diez mil dólares o la vida de su hijo?

La mujer no pudo responder. Greg miró fugazmente a Carrie, desesperada y muda.

—Vamos —le dijo y echó a andar hacia el vestíbulo.

—Esperen.

Greg dio media vuelta.

—¿Sí?

—Cómo sé yo... —bálbuceó.

—No sabe —dijo Greg—. No sabe nada. *Nosotros* sabemos.

Esperó un momento, y luego entró en la cocina, sacó del bolsillo la libreta y un lápiz y apuntó el número del teléfono. Oyó el murmullo suplicante de la señora Wheeler que hablaba con Carrie. Guardó la libreta y regresó a la sala.

—Vamos —le dijo a Carrie, que se había puesto de pie, y mirando sin interés a la señora Wheeler, continuó: —Le telefonaré esta tarde. Entonces me dirá lo que han decidido usted y su marido. *Lamaré sólo una vez.*

Caminó hacia la puerta de calle y la abrió.

—Vamos —ordenó, irritado.

Carrie pasó a su lado, enjugándose las lágrimas. Greg había empezado a cerrar la puerta cuando se acordó de algo.

—A propósito —dijo—. Si yo fuera usted, no llamaría a la policía. Aun cuando nos encontrasen, no podrían acusarnos de nada. Y entonces, no podríamos darle ninguna información. Su hijo tendría que morir.

Cerró la puerta y echó a andar hacia el automóvil. La mujer era ahora una silueta tiesa y temblorosa, de ojos trágicos.

Greg vació el vaso y se apoyó pesadamente en el brazo de sofá, haciendo una mueca. Era el último whisky barato; a partir de ahora, bebería exclusivamente del mejor. Miró a Carrie, que estaba de pie junto a la ventana

del hotel, contemplando la ciudad. ¿En qué diablos pensaría? Probablemente en ese convertible azul. Greg pensó un instante en el destino de ese automóvil, un destino que su mismo propietario ignoraba. ¿Dónde estaría ahora? Ocho días más tarde, a las catorce y dieciséis, atropellaría a un niño y lo mataría.

Entornó los ojos para ver mejor a Carrie.

—Está bien, di lo que piensas —dijo, colérico—. Sácatelo de encima.

—¿Tenías que pedirles tanto? —murmuró Carrie.

Greg desvió la cara y cerró los ojos.

—¿Era necesario, Greg?

—Sí.

¡Santo Dios, cómo le alegraría librarse de ella!

—Pero, ¿y si no pueden pagar?

—Tanto peor.

Carrie reprimió un sollozo. Greg apretó los dientes.

—Acuéstate —le dijo.

—Greg, el chico no tiene la menor posibilidad.

Greg se volvió; el rostro blanco como tiza.

—¿Tenía más posibilidades antes? —chilló—. ¡Maldita sea, usa la cabeza una vez en tu vida! ¡Si no fuera por nosotros, ya estaría prácticamente muerto!

—Sí, pero...

—¡He dicho que te acuestes!

—¡Tú no *viste* cómo va a ocurrir, Greg!

Greg se estremeció. Si Carrie seguía hablando tomaría la bo-

tella de whisky, y se la rompería en la cabeza.

—Vete —susurró.

Carrie se alejó tambaleándose, apretándose los labios con el dorso de la mano. La puerta del dormitorio se cerró. Greg oyó que Carrie se echaba sobre la cama, sollozando. ¡Condenada llorona! Apretó los dientes hasta que le dolieron las mandíbulas. Se sirvió otro trago de whisky, que le quemó el estómago. Hizo una mueca. Aceptarán, se dijo. Evidentemente, tenían dinero. Y también era obvio que la mujer le había creído. Diez mil dólares: su pasaporte a otra clase de vida. Ropa elegante. Un hotel de lujo. Mujeres bonitas. Quizá se casara con alguna. Movié la cabeza, asintiendo. Un día de estos.

Estaba buscando el vaso, cuando oyó la voz sofocada de Carrie que hablaba en el dormitorio. Durante varios segundos, la mano de Greg aleteó entre el sofá y la mesita. De pronto, Greg se incorporó, precipitándose hacia la puerta del dormitorio. Carrie se volvió hacia él aterrizada, con el teléfono en la mano.

—El jueves catorce —murmuró en el receptor—. A las dos y dieciséis minutos de la tarde.

Greg le arrebató el aparato, golpeando la horquilla. Carrie gritó.

Greg jadeaba mirándola con ojos de loco. Carrie levantó lentamente el brazo para desviar el golpe.

—No, por favor, Greg...

Greg, ciego de furia, alzó el teléfono y golpeó a Carrie en la cara. Carrie cayó hacia atrás con un grito estrangulado.

—Perra —jadeó Greg—. Perra, perra.

Subrayaba cada palabra golpeándola otra vez en la cara. Ni siquiera alcanzaba a verla claramente: Carrie parecía borrosa y desdibujada, detrás de una película de furia. Todo estaba perdido. ¡Había arruinado el negocio! ¡El gran golpe! ¡Maldita seas, te mataré! No sabía en verdad si las palabras le estallaban en la mente, o si se las estaba gritando a Carrie.

De pronto se vio la mano que apretaba el teléfono, vio a Carrie que yacía en la cama, con la boca abierta, los ojos clavados en el cielo raso y la cara magullada y cubierta de sangre. Aflojó los dedos y oyó el ruido sordo y lejano del receptor, que caía en la alfombra.

Contempló a Carrie, enfermo de espanto. ¿Estaba muerta? Acercó el oído al pecho de Carrie y escuchó. Concentrándose, tenso y furioso, alcanzó a oír los latidos del corazón de Carrie, débiles e irregulares. ¡No estaba muerta! Greg se incorporó bruscamente.

Carrie estaba mirándolo, con la boca floja, y una expresión sombría y perdida en los ojos.

—¿Carrie?

No hubo respuesta. Los labios

de Carrie se movieron silenciosamente.

—¿Qué? —preguntó Greg, recordando aquella mirada, y estreñeciéndose. —¿Qué?

—...la calle... —murmuró Carrie.

Greg se inclinó sobre la cara desfigurada.

—...la calle —susurraba Carrie ahogándose con su propia sangre—. De noche... Greg.

Trató de sentarse en la cama.

—Un hombre... —musitó—... una navaja... tú... ¡Oh, no!

Greg sintió frío en la espalda. Tomó a Carrie por el brazo.

—¿Dónde? —preguntó. No hubo respuesta. Los dedos se le clavaron convulsivamente en la carne de Carrie. —¿Dónde? ¿Dónde? —Greg temblaba, ahora, de pies a cabeza—. ¿Dónde, Carrie?

Estaba sacudiendo el brazo de una muerta. Ahogó un grito, retiró la mano, y se quedó mirando a Carrie, aterrado, boquiabierto. En seguida, mientras retrocedía, vio el calendario de la pared, y una frase le entró como plomo fundido en el cerebro: *un día de estos*. De pronto, se echó a reír, y a llorar. Y antes de huir, se quedó junto a la ventana, una hora y veinte minutos, mirando la ciudad a sus pies y preguntándose una y otra vez quién sería el hombre que lo iba a matar, por dónde andaría, qué estaría haciendo en ese momento. ♦

"No hay nadie comparable a Algis Budrys entre los autores contemporáneos de ciencia-ficción —escribió hace algunos años Damon Knight—. Es siempre sorprendente, brillante, y está enteramente dedicado a su oficio." Lamentablemente, la segunda parte de esta declaración no tiene hoy validez. El nombre de Budrys no aparece desde hace tiempo en las revistas norteamericanas, y editores y aficionados resucitan una y otra vez sus memorables relatos... El distante rumor de los motores es la historia de un moribundo que sabía demasiado y de un hombre que había aprendido a olvidar.

EL DISTANTE RUMOR DE LOS MOTORES

Algis Budrys

—¿LEN? ¿LENNY?

El hombre de la cama vecina trataba de despertarme.

Yo descansaba en la oscuridad, con las manos cruzadas bajo la cabeza, escuchando el ruido del tránsito que pasaba frente al hospital. Aun a altas horas de la noche (y siempre era tarde cuando el hombre de la cama vecina se atrevía a hablarme), el tránsito exterior era bastante intenso, ya que la ruta atravesaba la ciudad. Esto había sido una suerte para mí, pues el practicante de la ambulancia no había conseguido parar en ningún momento el río de sangre que me brotaba de las piernas. Si hubiéramos tenido que viajar un kilómetro más, dos minutos más, me ha-

bría quedado seco como la piel de una víbora.

Pero ahora me sentía bien, relativamente: salí del choque con dos piernas menos, que se llevó el otro camión. Estaba vivo, y durante la noche podía oír los camiones que pasaban: los larguísima acoplados, los semi-remolques, los tándems, los petroleros... Venían de la costa, de Charleston y Norfolk, iban a Nueva York... Venían de Boston, de Providence... Los manejaban amigos míos. Jack Biggs. Sam Lasovich. Tiny Morris, el hombre que había perdido el anular de la mano derecha. Ahora yo le había sacado ventaja a Tiny, sin duda.

Te espera trabajo en la oficina

Título original: Girl of my dreams. Traducción de D. Hernández.

del expedidor, Lenny, pensé. Se acabó el sudor; se acabaron el café insulso, las noches heladas, los ojos de papel de lija. De todas maneras, te estaba poniendo un poco viejo para la ruta. Treinta y ocho años. Claro.

—Lenny...

Cuando el vecino quería hablar, lo más que le salía era un susurro. Me pregunté si tendría miedo. Durante el día, no se animaba a hablar, porque cada vez que emitía un sonido, las enfermeras le ponían una nueva inyección. Le clavaban la aguja entre dos vendas y se marchaban de prisa. A veces no acertaban con la vena, y la morfina quedaba sobre la piel adormeciendo el brazo solamente. El vecino se jactaba entonces: inclusive trataba de que erraran el golpe, moviendo un poquito el brazo. A veces las enfermeras se daban cuenta, pero sólo a veces.

No necesitaba inyecciones, mi vecino de cama. La inyección le quitaba el dolor, y sin el dolor, y con toda la cara vendada, no podía saber si estaba vivo. Era un hombre obstinado e inteligente, que no quería aficionarse a la droga.

—Lenny...

—¿Um? —dije, velando la voz. Siempre lo hacía esperar. No quería que supiera que yo no dormía en toda la noche.

—¿Despierto?

—Ahora, sí.

—Lo siento, Len.

—Está bien —dije rápidamente,

porque tampoco quería que se sintiera en deuda conmigo—. No te preocupes. Ya duermo demasiado durante el día.

—Len. La fórmula para superar la velocidad de la luz es...

Y aquí empezó a dictarme números y letras.

La noche anterior me había dado las proporciones exactas de los metales en una aleación resistente a altas temperaturas; las técnicas de fundición y colada; el proceso de endurecimiento. Y la noche antes, las características de la quilla de la nave. Escuché todo.

—¿Te grabaste eso, Lenny?

—Por supuesto.

Durante tres años yo había trabajado en un coche comedor: era capaz de recordar cualquier cosa que me dijeran, por complicada que fuese, y repetirla en el acto. Es un truco. Uno pone la mente en blanco, abre los oídos, y entra todo: "Marchen dos tostadas de queso. Jamón y tomate, tostada de pan blanco, sin mayonesa. Tres cafés; uno negro, sin azúcar; uno liviano, con; uno mediano." Uno pasa la primera parte de la orden al encargado de los sandwiches, saca los pocillos, abre el grifo de la máquina. Tres chorritos de la jarra de leche en un pocillo, dos en otro, deja pasar el tercero. Los cafés están listos, y uno borra esa parte del pedido. Las cosas importantes de la mente de uno, están a millones de kilómetros de distancia. El hombre de los sandwiches le pasa a uno dos rectángulos envueltos en

papel, un plato con el jamón y los tomates, uno sirve a los clientes, y el cerebro borra lo que queda. La información ya no sirve, ha desaparecido, y mientras, las cosas importantes siguen su marcha a millones de kilómetros.

Ahora yo oía los acoplados que iban a Pittsburgh, Scranton, Filadelfia... Washington, Baltimore, Camden, Newark... Pasaba un camión Diesel, con un acoplado chato cargado de vigas de hierro... Y entretanto, yo repetía la última parte de lo que mi vecino me había dicho.

—Bien, Lenny. *Muy bien.*

Supongo que estaba bien. En un coche-comedor, uno se come los platos que pide de más.

—¿Alguna otra cosa?

—No. Suficiente por esta noche. Ahora voy a descansar. Tengo que dormir. Gracias.

—No hay de qué.

—No, no lo tomes a la ligera. Me estás haciendo un gran favor. Para mí es importante comunicarte estas cosas. No duraré mucho más.

—Sí que durarás.

—No, Lennie.

—Eh, vamos...

—No. Me quemé al caer. ¿Recuerdas el radical alternado en la ecuación que te di la primera noche? El campo estaba distorsionado por el sol, y el generador reestructuró la...

Siguió así largo rato, pero ya no me acuerdo. Ya me había olvidado de la ecuación inicial, pero aun cuando la recordara, tendría

que entenderla. Por eso digo que la repetición de esas ecuaciones era un truco. ¿Comprenden? ¿A quién le interesa recordar cuántos sandwiches tostados vendió durante el día? Una vez un cliente se quiso pasar de listo, me hizo su pedido en jerigonza; se lo repetí como un grabador, sin siquiera prestarle atención.

—... así que ya ves, Lenny. No sobreviviré. Un hombre en mi estado no podría sobrevivir aun en mi tiempo y en mi lugar.

—Te equivocas. Te sacarán de esto. Aquí conocen su oficio.

—¿Lo crees de veras, Lenny?

—murmuró con una risa triste.

—Por supuesto —dije.

Un vagón tanque venía del norte. Oí el tintineo de la cadena antiestática en el asfalto.

Mi vecino (decían) había tenido un accidente con un avión particular. Un granjero lo había visto caer, como si hubiera saltado en paracaídas. Pero aun no habían podido identificarlo, ni encontrar los restos del avión, y él no quería decir quién era. Las primeras dos noches que pasó en el hospital, no dijo una palabra. Pero a la tercera, preguntó de pronto:

—¿Hay alguien ahí? ¿Alguien me escucha?

Entonces yo le respondí, y él me preguntó cómo me llamaba, y qué me ocurría. Quiso saber dónde estábamos; el pueblo y el país, y la fecha: el día, el mes y el año. Se los dije. Durante el día yo lo había visto con las ven-

das, y a un hombre en ese estado, no se le discuten las preguntas. Es bueno poder ser amable.

Era un hombre inteligente, ya lo he dicho. Hablaba un montón de idiomas, además del inglés. Durante un rato me puso a prueba en húngaro, pero lo conocía mucho mejor que yo. Hace tanto tiempo que dejé a mis viejos en Chicago...

Al día siguiente le conté a la enfermera que había estado hablando con él. Los médicos quisieron averiguar quién era, y de dónde, pero el hombre se negó a hablar. Creo que los convenció de que había vuelto a entrar en roma. En realidad, no me habían creído mucho cuando dije que él era capaz de hablar sensatamente. Después de este episodio, no le conté nada más. Si él quería hacer las cosas a su manera, tenía derecho. Aunque, como ya dije, no tardé en descubrir que si producía el menor sonido durante el día, le aplicaban una inyección. No los crítico: ellos también querían mostrarse amables.

Tendido de espaldas, yo miraba la primera luz del alba en el cielo raso. Afuera el tránsito era más intenso. Los acoplados pasaban uno tras otro. Productos de granja, probablemente, rumbo al mercado. Lechuga, papas, naranjas, cebollas... Las estibas tableteaban, y hasta se podía oír el chasquido de las cuerdas que sostenían los cajones.

—¡Lenny!

Esta vez le conté en seguida. —Lenny, la ecuación para coordinar el espacio-tiempo es...

Parecía tener prisa.

La engañosa esponja de mi cerebro absorbió la información, y cuando él pidió que la repitiera, la dejó escurrir y quedó nuevamente en seco.

—Gracias, Lenny —dijo.

Apenas se le oía. Empecé a apretar el timbre nocturno que colgaba de un cordón, sobre la cabecera de mi cama.

Al día siguiente había otro hombre en la cama de al lado. Era un cazador, un hombre joven, de Nueva York, y se había descargado una perdigonada en el muslo derecho. Pasaron dos días antes que tuviera ganas de hablar. No llegué a tratarlo mucho.

Creo que habían pasado dos o tres días desde la llegada del nuevo paciente cuando una tarde mi médico se paró junto a mi cama y retiró la sábana que me cubría los muslos. Me miró de un modo raro y dijo, como sin darle importancia:

—Eh, una cosa, Lenny... ¿Qué le parece si lo mandamos a cirugía y le sacamos un poquito más de cada una, eh?

—Qué diablos, doctor, yo también puedo olerlo. Adelante. No se preocupe.

No teníamos mucho que hablar. Me puse a pensar en Peoria, Illinois, que era un lugar más divertido que ahora (para los

camioneros, quiero decir), y en Saint Louis, y en Corpus Christi. Ya no me gustaba la costa este. Y tampoco Sacramento, Seattle, Fairbanks, y esa larga y desdichada carretera de Alcan...

En mitad de la noche, seguía acordándome. Aun se escuchaban los acoplados en la ruta, pero lo que yo realmente oía era el ruido de un Cummins en uno de esas largas pendientes en caracol de los Rocallosos, hasta que de pronto volví la cabeza y le dije a mi nuevo vecino:

—¡Eh, usted! ¡Amigo! ¿Está despierto?

Lo oí gruñir.

—¿Qué?

Parecía fastidiado. Pero me oía.

—¿Alguna vez ha manejado? Quiero decir, ¿alguna vez atravesó Nueva Jersey en automóvil? Bueno, mire, si necesita neumáticos o una batería y quiere comprarla con descuento, pare en la estación de servicio "La Amistad" de Jeffrey, que está en la ruta 22 en Darlington, y les dice que lo manda Lenny Kovacs. Tenga cuidado al salir del pueblo, en verano: hay un puesto secreto de control de velocidad... Y si quiere comer bien, vaya al restaurante Strand, frente a la estación de servicio. Pero si va para el otro lado, hacia Nueva Inglaterra, tome la carretera de Boston y se para en... ¡Eh, amigo! ¿Me escuchaba? ♦

Título original: The distant sound of engines. Traducción de R. Walsh.

En el próximo número...

tres admirables novelas cortas: Viaje rápido, de James White, el emocionante relato de una travesía cósmica; Romance en un depósito de coches usados del siglo veintiuno, de Robert F. Young: la historia delicada y terrible de un mundo no muy nuevo; El hombre iluminado de J. G. Ballard, el nuevo astro inglés de la ciencia-ficción. Dos autores conocidos ya, y celebrados, por nuestros lectores, reaparecen en este número: John Anthony West (v. Minotauro 2) con Fiesta en Managuay, una dolorosa pesadilla, y Kit Reed (v. Minotauro 1) con la historia de una colonia de huérfanos en un planeta de apariciones extrañas y acaso también monstruosas. Cierran este sumario excepcional Día en la playa de Carol Emshwiller (las mutaciones humanas no han sido terribles y sin embargo...), Jack Nueve Dedos de Anthony Boucher (una obra maestra de humor) y una nota científica de Isaac Asimov sobre la nada (que es todo) en el espacio. En venta el 19 de abril.

Hace unos diez años distintos grupos de astrónomos opinaron que las llamadas radiaciones cósmicas tienen como punto de origen explosiones galácticas de asombrosa magnitud. En 1961 se confirmó, por primera vez ópticamente, que la galaxia en explosión M82 era una fuente de radiaciones. Isaac Asimov examina ahora aquí las causas y el desarrollo de estos fenómenos —los de mayor energía que haya percibido el hombre— y describe las consecuencias espectaculares, en todos los sentidos del término, de una posible explosión sucesiva de supernovas en los límites de nuestra propia galaxia.

TODA UNA GALAXIA

Isaac Asimov

DURANTE AÑOS PENSÉ QUE UNA supernova era el mayor espectáculo que podía ofrecernos el universo (siempre que estuviésemos a una distancia de varias docenas de años luz), pero ciertos descubrimientos radioastronómicos realizados en 1963 demostraron que una supernova aislada no es mucho más impresionante en realidad que un triquitraque.

CATÁSTROFES RADIANTES

Desde la segunda guerra mundial los astrónomos han captado radiaciones de microondas (ondas radiales muy cortas) que provienen de varios lugares del cielo, y han comprobado que parte

de estas radiaciones se originan en zonas muy próximas a nosotros. El propio Sol es una fuente de radiación, así como Júpiter y Venus.

Las fuentes radiantes del sistema solar, sin embargo, son prácticamente insignificantes. Nunca podríamos localizarlas si no estuviésemos aquí, tan cerca. Para captar ondas radiales a través de la vastedad de los espacios interestelares, necesitamos algo mejor. Una de estas fuentes emisoras de más allá del sistema solar es la nebulosa del Cangrejo. Aunque las ondas que parten de esta nebulosa se han debilitado bastante al recorrer los cinco mil años luz que la separan de nosotros,

TODA UNA GALAXIA

aún podemos captar lo que resta con nuestros instrumentos. La nebulosa del Cangrejo, empero, no es más que los restos de una supernova que estalló hace mucho tiempo, ya que la primera luz del estallido llegó a la Tierra alrededor de 900 años atrás.

Fuera de nuestra galaxia, a distancias de millones e incluso miles de millones de años luz, hay muchas fuentes radiantes. Las ondas que emanan de ellas se pueden detectar aquí en la Tierra, y la energía de estas fuentes, por lo tanto, ha de ser enorme. Comparadas con ellas las supernovas no son realmente nada.

Una de las fuentes emisoras investigadas, por ejemplo, es una galaxia que está a 200.000.000 de años luz de distancia. Cuando se la observó con los grandes telescopios, se advirtió que su forma era anormal. Luego de un estudio minucioso fue evidente que no se trataba de una sola galaxia, sino de *dos* galaxias en colisión.

Cuando dos galaxias chocan de esta manera, las probabilidades de colisiones entre las estrellas son mínimas, pues éstas son comparativamente muy pequeñas y están muy distanciadas unas de otras. Pero si en las galaxias hay nubes de polvo (como ocurre en muchas, incluso la nuestra), estas nubes chocarán y la turbulencia provocada por el choque producirá una emisión de ondas radiales, como sucede con la turbulencia de los gases en la nebu-

losa del Cangrejo, en nuestro Sol y en las atmósferas de Júpiter y de Venus (en orden de intensidad decreciente).

A medida que se detectaban y ubicaban más fuentes radiantes entre las galaxias más lejanas, el número pareció absurdamente alto: es posible que se produzcan colisiones entre las galaxias, pero parece improbable que haya bastantes choques como para explicar todas esas fuentes de ondas.

¿Había acaso alguna otra explicación del fenómeno? Un nuevo cataclismo, por ejemplo, tan vasto e intenso como el causado por un par de galaxias en colisión, pero que debería afectar a una sola galaxia. Eliminada la necesidad de las colisiones, podríamos explicar la existencia de cualquier número de fuentes emisoras.

VIVIMOS EN FRONTERAS DESPOBLADAS

Pero, ¿qué le puede ocurrir a una sola galaxia sin ayuda de una galaxia hermana?

Bueno, una galaxia puede estallar.

¿Cómo? Una galaxia no es en realidad un objeto simple. Es un agregado disperso que puede contar con varios cientos de miles de millones de estrellas. Las estrellas pueden estallar individualmente pero, ¿cómo puede producirse una explosión de toda la galaxia en un cierto tiempo?

Recordemos ante todo que una

galaxia no es un agregado muy disperso. Una galaxia como la nuestra tiene una extensión de 100.000 años luz en su diámetro extremo pero en su mayor parte no es más que un fino polvo de estrellas; una tenue nada que podemos ignorar. Vivimos en las deshabitadas fronteras de nuestra propia galaxia, y creemos erróneamente que esa es la norma.

El centro de una galaxia es su núcleo, un denso conjunto de estrellas de forma aproximadamente esférica y con un diámetro de 10.000 años luz, más o menos. Su volumen, en consecuencia, es de 525.000.000.000 de años luz cúbicos. Como el núcleo contiene 100.000.000.000 de estrellas, hay una estrella por cada 5,25 años luz cúbicos.

En una aglomeración estelar de este tipo la distancia promedio entre las estrellas es de 1,7 años luz. Este es el promedio si consideramos todo el volumen del núcleo galáctico. La realidad es distinta; la densidad de estrellas aumenta a medida que disminuye la distancia al centro, y pienso que no es descaminado suponer que muy cerca del centro del núcleo las estrellas no están separadas por más de medio año luz.

Medio año luz, sin embargo, equivale a 4.500.000.000.000 kilómetros o sea, 400 veces el diámetro mayor de la órbita de Plutón. Las estrellas, en consecuencia, no están, precisamente, apinadas, y no hay grandes probabilidades de

que choquen unas con otras. Pero, de todos modos...

Supongamos que estalla una supernova dentro de una galaxia. ¿Qué ocurre?

En la mayoría de los casos, nada. Si la supernova estallara en las orillas de la galaxia—cerca de nosotros, por ejemplo— las estrellas de alrededor estarían tan lejos que ninguna de ellas podría absorber muchas radiaciones. Las increíbles cantidades de energía emitidas por dicha supernova se esparcirían y desaparecerían en el vasto espacio.

CADENA CRÍTICA DE SUPERNOVAS

Pero si la supernova estalla en el centro de un núcleo galáctico... Una buena supernova libera como máximo casi 10.000.000.000 de veces más energía que nuestro Sol. Un objeto que estuviese a cinco años luz de distancia absorbería cada segundo un décimo de la energía que nuestra Tierra recibe del Sol. A medio año luz de distancia, absorbería por segundo diez veces más energía.

Esto no sería tan inofensivo. Si se formara una supernova a cinco años luz de nosotros, tendríamos un año de serios problemas de temperatura. Pero si la supernova se encontrara a medio año luz de distancia, sospecho que quedaría muy poco de la vida en la Tierra. Pero no nos preocupemos: sólo hay un sistema de estrellas a cinco años luz de nos-

otros, y este sistema no es del tipo que pueda producir supernovas.

UN BAÑO DE ENERGÍA

Veamos ahora cuáles serían los efectos en las estrellas mismas. Si nuestro Sol estuviese en las vecindades de una supernova, se vería sometido a un baño de energía, y su propia temperatura aumentaría. Cuando la supernova desapareciese, el sol buscaría nuevamente su equilibrio y seguiría tan bien como antes (aunque la vida en los planetas no seguiría tan bien como antes). Durante el proceso, el Sol habría consumido su combustible en proporción directa a la cuarta potencia de su temperatura absoluta. Un leve aumento de temperatura podría provocar un notable consumo de combustible.

Ahora bien, la edad de las estrellas se mide por la velocidad de consumo de combustible. Cuando la provisión de combustible se reduce mucho, la estrella abandona la serie principal y se expande transformándose en una gigante roja o estalla como una supernova. La explosión de una supernova lejana podría calentar el Sol durante un año, y acercarlo un siglo, o diez siglos quizá, a una crisis semejante. Afortunadamente, nuestro Sol tiene todavía un largo período de vida en la serie principal (varios miles de millones de años).

Hay algunas estrellas, empero,

que no pueden permitirse envejecer ni siquiera unos pocos años. Están muy cerca del nivel de consumo que las conducirá a cambios fundamentales, incluso, tal vez, a convertirse en supernovas. Permítaseme llamar a dichas estrellas (que están al borde mismo del cambio) presupernovas. ¿Cuántas presupernovas simultáneas hay en una galaxia?

TRES SUPERNOVAS POR SIGLO

Se ha calculado que se forman tres supernovas por galaxia y por siglo. Esto significa que en 33.000.000 de años aparece un millón de supernovas, aproximadamente, en una galaxia común. Si tenemos en cuenta que la vida de una galaxia puede prolongarse fácilmente cien mil millones de años, podemos decir que cualquier estrella que se encuentre a unos pocos millones de años del estado de supernova, puede ser considerada una presupernova.

Si de los cien mil millones de estrellas del núcleo galáctico ordinario hay un millón al borde de la crisis, entonces una estrella de cada 100.000 es una presupernova. Esto significa que dentro del núcleo galáctico, las presupernovas están separadas por una distancia media de 80 años luz. Hacia el centro mismo del núcleo, la distancia promedio podría disminuir hasta 25 años luz.

A una distancia de 25 años luz, la energía de una supernova re-

presentaría solo 1/250 de la que recibe la Tierra del Sol, y sus efectos serían insignificantes. En realidad, vemos frecuentemente que se forman supernovas en las galaxias sin que nada especial ocurra. La supernova se extingue lentamente y la galaxia sigue siendo lo que era antes.

En la galaxia corriente hay una presupernova cada 100.000 estrellas, pero otras galaxias particulares pueden ser más pobres en este tipo de estrellas, o más ricas. Podría haber una galaxia especialmente rica, donde una estrella cada 1000 fuera una presupernova. En esta galaxia el núcleo contendría 100.000.000 de presupernovas separadas entre sí por una distancia promedio de 17 años luz. En el centro del núcleo la distancia promedio no sería mayor que 5 años luz. Si una supernova estallara a sólo cinco años luz de distancia de una presupernova, la vida de esta última se acortaría sensiblemente y si le faltaban mil años para alcanzar su propia crisis antes de la explosión, podría ocurrir que después de ésta sólo le faltaran dos meses. De este modo la vida de una presupernova más lejana, reducida, aunque no tan sensiblemente, por la primera explosión, podría acortarse nuevamente con la segunda, y después de unos pocos meses, ella también estallaría.

El proceso proseguiría sin pausa, como la caída de una hilera de piezas de dominó, y al cabo de un tiempo estaríamos en presen-

cia de una galaxia donde han estallado varios millones de supernovas, una tras otra.

Esto es la explosión de una galaxia. Con toda seguridad, semejante fenómeno daría origen a una emisión tal de ondas radiales que sería posible detectarlas fácilmente, aun cuando hubieran recorrido miles de millones de años luz.

¿Es esto una mera conjetura? Lo fue en un comienzo; pero a fines de 1963 algunas observaciones la hicieron más verosímil.

UNA LISTA INMORTAL DE DECEPCIONES

En la constelación de la Osa Mayor hay una galaxia que lleva el nombre de M82 porque ocupa el octogésimo segundo lugar en la clasificación ordenada por el astrónomo francés Charles Messier cerca de doscientos años atrás. Messier buscaba cometas y se pasaba la vida frente a su telescopio creyendo a cada rato que había descubierto uno y dando saltos de alegría. Después de algún tiempo comprobaba que el objeto nebuloso que había encontrado seguía siempre en el mismo lugar y que no era un cometa. Finalmente, decidió hacer un mapa de 101 objetos nebulosos que no eran cometas para que otros no se engañosan como él. Esta lista de decepciones inmortalizó su nombre.

El primer objeto de la lista, M1, es la nebulosa del Cangrejo.

Otras dos docenas son cúmulos globulares (densos conglomerados de estrellas). M13 es el gran cúmulo globular de Hércules, el más grande que se conoce. Más de treinta de los objetos de la lista son galaxias, entre ellas la galaxia de Andrómeda (M31) y la galaxia del Remolino (M51). Otros famosos objetos de la lista son la nebulosa de Orión (M42) la nebulosa del Anillo (M57) y la nebulosa de la Lechuza (M97).

M82 es una galaxia situada a 10.000.000 años luz de la Tierra que despertó el interés de los astrónomos cuando se comprobó que era una poderosa fuente emisora de ondas radiales. Los astrónomos enfocaron su telescopio de 200 pulgadas y tomaron fotografías con filtros que interceptaban todo tipo de luz excepto la que provenía de iones hidrógeno. Había razones para suponer que cualquier tipo de perturbación se revelaría más claramente en los iones hidrógeno.

Y así fue. Una exposición de tres horas mostró que partían del núcleo galáctico "bocanadas" de hidrógeno de hasta mil años luz de longitud. La masa total de chorros de hidrógeno equivalía por lo menos a 5.000.000 de estrellas corrientes. Por la velocidad de los chorros y la distancia que habían recorrido, se calculó que la explosión debió haber ocurrido 1.500.000 años antes de acuerdo con el tiempo de esa galaxia. (Como la luz tarda diez millones de años en recorrer la

distancia entre M82 y la Tierra, la explosión se produjo, según el tiempo terrestre, hace 11.500.000 años, o sea, el comienzo mismo del Pleistoceno.)

M82 es, pues, una galaxia en explosión, con cinco millones de supernovas que se formaron rápida y sucesivamente, así como se fisieron los átomos de uranio en la bomba atómica. Pienso que si hubieran existido organismos vivos en algún lugar de ese núcleo galáctico, no quedaría ahora ninguno. Sospecho que incluso en los bordes de la galaxia no hay hoy ninguna muestra de vida.

UN HORRIBLE PENSAMIENTO

Y esto sugiere un horrible pensamiento...

¿Qué ocurriría si estallase el núcleo de nuestra propia y querida galaxia? Muy probablemente esto no sucederá (no quiero sembrar temor y desaliento entre los amables lectores), pues las galaxias que estallan son tan raras entre las galaxias como las estrellas que estallan lo son entre las estrellas. Pero, ya que no ocurrirá nada, es mucho más agradable, como ejercicio intelectual, conjeturar cuáles serían las consecuencias de semejante explosión.

En primer lugar, no nos encontramos en el núcleo de la galaxia, sino en los bordes, y hay cierta seguridad en la distancia. La seguridad, por otra parte, se incrementa porque hay vastas nubes de polvo entre el núcleo y

nosotros que cumplirían la función de pantallas si se iniciaran estos fuegos artificiales.

Las ondas radiales, sin embargo, llegarían hasta nosotros a través del polvo, y de todo lo que encontrarán en el camino, y esto, probablemente arruinaría la radioastronomía durante millones de años, pues borraría las ondas procedentes de cualquier otra parte del universo. Aun peores serían las consecuencias de las radiaciones cósmicas, que podrían aumentar hasta el punto de volverse fatales para la vida. En otras palabras, podría suceder que fuéramos víctimas de la lluvia radiactiva de esa explosión galáctica.

Eliminemos de todos modos la radiación cósmica, pues ignoramos cómo se formaría realmente, y tenerla en cuenta deprime además los espíritus. Eliminemos también las nubes de polvo con un ademán especulativo.

Ahora podemos ver el núcleo. ¿Qué aspecto tendría durante una explosión?

UNA LUZ EN SAGITARIO

Si consideramos que el núcleo de la galaxia tiene 10.000 años luz de diámetro, y está a 30.000 años luz de distancia, lo veríamos como un objeto aproximadamente esférico de 20° de diámetro aparente. Cuando esta esfera estuviese sobre el horizonte, ocuparía 1/65 del cielo visible. Su luminosidad total sería 30 veces mayor que la máxima de Ve-

nus, pero parecería más débil, pues ocuparía un área más extensa. Un sector del núcleo cuyo tamaño fuera igual al área de la Luna, tendría una luminosidad promedio 200.000 veces menor que la de nuestro satélite.

El núcleo se vería entonces, como una mancha luminosa en la constelación de Sagitario. Sería mucho más brillante que la misma Vía Láctea, especialmente en el centro.

¿Pero qué ocurriría si este núcleo estallara? La explosión ocurriría, seguramente, en el centro del núcleo, donde la densidad de las estrellas es mayor, y donde el efecto de una presupernova sobre sus vecinas sería más intenso. Supongamos que se formasen 5.000.000 de supernovas, como en M82.

Si en el núcleo hay presupernovas separadas por cinco años luz (como se calculó anteriormente para las galaxias que podían estallar), entonces los 5.000.000 de supernovas estarían dentro de una esfera de alrededor de 850 años luz de diámetro. A una distancia de 30.000 años luz, dicha esfera tendría un diámetro aparente de 1.6 grados de arco. Sería apenas tres veces mayor que el diámetro aparente de la Luna llena y ocuparía un área celeste 10 veces mayor. El espectáculo sería magnífico.

Una vez iniciada la explosión, las supernovas se sucederían con rapidez cada vez más grande. Una verdadera reacción en cadena,

con todo lo que esta reacción implica. (Por supuesto, a causa de la distancia que separa las supernovas en el núcleo —unos cinco años luz— esta reacción en cadena sería relativamente lenta, y no veríamos simultáneamente los 5.000.000 de supernovas, sino a lo largo de 1.000 a 1.500 años.)

Las supernovas tienen una vida efímera. Luego de un año y medio han gastado su combustible con excesiva prodigalidad y retornan nuevamente a la sombra. Los cinco millones de supernovas se desvanecerían en unos 1.500 años, y el núcleo original se habría convertido en una masa de gotas de gas, que se moverían en torbellino y tendrían por el ojo desnudo el mismo aspecto que la gigante nebulosa del Cangrejo. En el curso de los siglos el panorama cambiaría y la masa de gas se expandiría. Cinco millones de años más tarde, quizá, los gases de la explosión llegarían a los alrededores de la Tierra, pero entonces se habrían enraecido tanto que serían totalmente inofensivos.

Las ondas radiales y los rayos cósmicos... Bueno, ya he hablado de eso. Olvidémoslo y pensemos en el brillo de las supernovas en el momento mismo de la explosión.

Una supernova aislada puede alcanzar una magnitud absoluta de -17. Esto significa que a una distancia de 10 parsecs (32.5 años luz) la magnitud aparente sería -17, o sea, 1/10.000 del brillo

del Sol. A una distancia de 30.000 años luz la magnitud de dicha supernova declinaría 15 grados, y sería entonces -2, aproximadamente igual a la luminosidad máxima de Júpiter.

NO HABRÍA NOCHE EN LA TIERRA

Esto es muy asombroso. No podemos ver ninguna estrella aislada situada a una distancia de 30.000 años luz. En condiciones normales los cientos de miles de millones de estrellas del núcleo parecen una masa luminosa pero indefinida. Que a esa distancia una estrella alcance individualmente la luminosidad aparente de Júpiter, es simplemente colosal. La supernova ardería con una luz solo diez veces más débil que la de toda nuestra galaxia.

Sin embargo, es poco probable que todas las supernovas tengan brillo máximo. Seamos moderados y supongamos que las novae tuviesen una magnitud media dos grados inferior a la máxima. Esta magnitud es 0, aproximadamente igual a la de la estrella Arturo. Si los cinco millones de supernovas ardieran *simultáneamente*, el núcleo tendría una luminosidad 50.000 veces mayor que la de la Luna, en un área diez veces más extensa. Pero el núcleo no parecería sólo una Luna más grande y más brillante. En primer lugar no presentaría fases ni se movería contra un fondo de estrellas fijas: estaría siempre en Sagitario. Además, su lumino-

sidad no sería constante, se atenúaría rápidamente. Pero su particularidad más extraña, me parece, sería la variación de luminosidad de un punto a otro. El núcleo sería intensamente brillante en el centro, probablemente tan brillante que lastimaría los ojos; pero el brillo se esfumaría hacia la periferia.

El sector de cielo donde está el núcleo quedaría oculto, por supuesto, y sería imposible observarlo en ese raudal de luz (excepto desde observatorios instalados en mundos sin atmósfera, como la Luna, pero allí la radiación de la explosión sería mucho más mortal). Durante los meses de mayo y junio, cuando el Sol y el núcleo estuviesen en puntos opuestos del firmamento, no habría noche en la Tierra.

LA EXPLOSIÓN IDEAL

En fin, la explosión sería demasiado grande e incómoda, y vendría olvidarnos del espléndido espectáculo y agradecer la presencia de las bondadosas nubes de polvo que se interponen entre el núcleo y nosotros. Pero tal vez podremos encontrar algo más pequeño y menos tremendo.

Aquí y allá hay en nuestra galaxia cúmulos globulares. Se calcula que hay 200 conglomerados globulares en cada galaxia. (En la nuestra se han podido observar alrededor de 100, los restan-

tes están ocultos probablemente por las nubes de polvo.)

Los cúmulos globulares están distribuidos simétricamente alrededor del centro galáctico y son semejantes a trozos sueltos de núcleo galáctico. Miden 100 años luz de diámetro y contienen desde 100.000 hasta 10.000.000 de estrellas.

El más grande cúmulo globular conocido es el gran cúmulo de Hércules, M13, pero no es el más cercano. El cúmulo globular más próximo es Omega Centauri, situado a 22.000 años luz de nosotros, y claramente visible sin la ayuda de telescopios como un objeto de quinta magnitud. Para el ojo desnudo, sin embargo, sólo parece un punto luminoso, pues incluso un objeto de 100 años luz de diámetro tiene un diámetro aparente de sólo 1,5 minutos si está a 22.000 años luz.

Supongamos ahora que Omega Centauri contuviera 10.000 supernovas, y que todas estallasen simultáneamente o casi simultáneamente. El brillo total del cúmulo aumentaría hasta ser 200 veces mayor que el brillo máximo del planeta Venus. Alcanzaría un brillo sólo diez veces más pequeño que el de la Luna llena. Sería una explosión ideal, sin la interposición de molestas nubes de polvo; bastante pequeña como para no causar daño y bastante grande como para ser un buen espectáculo. ♦

Las criaturas de Zenna Henderson, "normalmente anormales" según los antólogos Everett F. Bleiler y T. E. Dikty (The best science fiction stories 1953) viven esta vez no en el refugio de Cougar Canyon sino entre comunes seres humanos, ocultando cuidadosamente sus rasgos poderosos. Galaad subyuga —a veces trágicamente— el tema acaso esencial de las crónicas del Pueblo: la diferencia.

GALAAD

Zenna Henderson

No sé EN QUÉ MOMENTO DESCUBRÍ que nuestra familia no era como las otras familias. Nada parecía indicarlo. La casa en que vivíamos era muy parecida a las demás casas de Socorro. Nuestros prados descendían como los otros cubiertos de malezas y arbustos hasta el río Gordo, generalmente seco, que rodeaba la ciudad. Y cuando nuestra vaca llamaba al toro de los Jacob, del otro lado del río, mugía del mismo modo que todas las otras vacas de todos los otros prados. Y yo pasaba días tan ociosos como cualquier otro muchacho de Socorro, tendido a la sombra escasa de los árboles mientras el trabajo esperaba en algún otro sitio. Nunca se me ocurrió pensar que fuésemos diferentes.

Me di cuenta, creo, poco des-

pués de haber entrado en la escuela, cuando me enamoré de la niña de trenzas más largas y de dientes más separados de toda la clase. Yo tenía seis años y me parece que ella tenía siete.

Mi amiga y yo nos habíamos refugiado detrás del cobertizo de la escuela, entre las plantas de algodón, para comer juntos nuestro almuerzo, ignorando el coro de "¡Peter anda con una chical! ¡Peter anda con una chical!" y las señas burlonas que querían avergonzarme. Comimos nuestros sandwiches y pickles, y luego nos tendimos de espaldas, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, contemplando el cielo brillante con los ojos entornados, y tratando de comer nuestros pedazos de torta sin que las migas nos cayeran en las orejas. Yo había

Título original: A galaxy at a time. Traducción de Elena C. Marengo.

comido tan bien, me sentía tan satisfecho y tan enamorado que se me ocurrió de pronto que yo debía intentar algo espectacular en honor de la dama de mis pensamientos. Me senté, electrizado. La idea era magnífica, y yo sabía que podía hacerlo.

—¡Eh! ¿Sabes que puedo volar?

Alcé los brazos y me puse de pie dejando a mi amor boquiabierta, sentada en la hierba.

—No puedes. No seas tonto.

—¡Sí puedo!

—¡No puedes!

—¡Puedo! ¡Mírame! —Alcé los brazos y me elevé hasta el borde del cobertizo. Me asomé al techo y dije: —¿Viste? ¡Puedo volar!

—¡Se lo contaré a la maestra! —dijo ella con una voz entrecortada, mirándome con los ojos muy abiertos—. Está prohibido subirse al cobertizo.

—Oh, bah —dije—. No me subí. Vamos, tú puedes volar también. Te ayudaré.

Me dedicé por el aire hasta el suelo. Abracé a mi amor y me elevé. Ella gritó y pateó, y al fin se soltó y echó a correr hacia la escuela, chillando. Desanimado de algún modo por esta deserción, junté los restos de nuestras tortas y posándome cómodamente en el alero del cobertizo, disfruté de los últimos mendrugos. Al cabo de un rato llegó la maestra, con media escuela detrás.

—¡Peter Merrill! ¿Cuántas veces se te ha dicho que no hay que subirse a nada en la escuela?

La miré tranquilamente, no-

tando con interés que la prisa y la agitación le habían desordenado los rizos, y descubriendo una tiesa mecha de cabellos que no armonizaba con aquella cara severa.

—¡No te sueltes y espera a que Stanley traiga la escalera!

—Puedo bajar solo —dije, gateando hasta el poste que sostenía el techo—. Es fácil.

—¡Peter! —chilló la maestra—. ¡Quédate donde estás!

Así lo hice, preguntándome el por qué de todo ese alboroto.

Me bajaron al fin y la maestra me tomó por el brazo y me arrastró hasta la escuela mientras yo gritaba a todo pulmón, ultrajado e indignado porque nadie quería creerme, ni siquiera mi amiga que negaba obstinadamente lo que había visto con sus propios ojos.

—No seas tonto, Peter. No puedes volar. Nadie puede volar. ¿Tienes alas acaso?

—No necesito alas —aullaba yo—. La gente no necesita alas. ¡No soy un pájaro!

—Entonces no puedes volar. Sólo las cosas con alas vuelan.

Me pasé el resto del mediodía gritando y pateando los escalones de la escuela, hasta que me asusté pensando que la maestra podía decirse a papá. Al fin y al cabo yo había estado en territorio prohibido, sin que importara tanto como yo había llegado allí.

La maestra no se lo contó a papá, pero aquella noche, cuando me metí en cama, sentí de pronto como un vacío dentro de

mí. Quizá yo no podía volar. Quizá la maestra tenía razón. Me escurrí fuera de la cama, y volé cuidadosamente hasta lo alto del armario, y luego de vuelta hasta la cama.

—Puedo volar —murmuré, metiendo la barbilla bajo las mantas y suspirando hondamente.

No era más, por lo tanto, que una de esas cosas divertidas que los adultos le prohibían a uno, como comerse un pedazo de torta a la mañana, o manejar el tractor, o subirse a la vaca para jugar a los indios.

Y en eso quedó el incidente, hasta que el sábado la maestra nos encontró a mamá y a mí en la tienda y revolviéndome el pelo me dijo:

—¿Cómo está mi pajarito? — Luego se rió y le dijo a mamá: —¡Se imagina que puede volar!

Vi que mamá apretaba tanto el portamonedas que los dedos se le ponían blancos, y que me miraba con unos ojos sin alegría. Me sentí abrumado por una sorpresa incrédula y un miedo y una angustia que me daban ganas de llorar, aunque sabía que en ese momento no era una emoción mía lo que yo sentía, sino una emoción de mamá.

Mamá tenía siempre los ojos alegres. Era la madre más risueña de Socorro. Llevaba la felicidad dentro de ella como si fuese un ramillete de flores, y lo repartía entre todos los que encontraba. A las otras madres apenas les alcanzaba para repartir entre los

de la propia familia. Y sin embargo, a veces, como en la tienda, mamá perdía toda alegría, y mostraba miedo, y un raro tormento. Otras veces mamá me hacía pensar en un pájaro enjaulado, que se apretaba contra los barrotes. Como una noche que recuerdo aun vívidamente.

Mamá estaba junto a la ventana, vestida con una bata de franela que le llegaba a los tobillos, y el aire que entraba por los marcos mal ajustados le movía apenas el cabello oscuro. Se había desencadenado una tormenta sobre los Huachuchas, y afuera soplaban el viento. El rugido creciente me había despertado, y yo estaba acurrucado en el sofá, no sabiendo muy bien si los truenos que sacudían constantemente la casa me asustaban o me excitaban. Papá estaba sentado con el periódico en las rodillas.

Mamá habló en voz baja, pero yo la oí claramente en medio del tumulto.

—¿Pensaste alguna vez cómo sería estar ahí arriba en plena tormenta, con nubes bajo los pies y encima de la cabeza, y un encaje de rayos alrededor, como calientes ríos de oro?

Papá movió las hojas del diario.

—No parece muy cómodo — dijo.

Pero yo, en el sofá, acuné las palabras en mí, maravillado. ¡Yo sabía! ¡Yo recordaba! Recité las palabras como una amada lección:

—Y la lluvia como cabellos de hielo y plata te golpeaba el rostro que alzabas al cielo”.

Mamá dio media vuelta y me miró fijamente. Papá clavaba en mí unos ojos sombríos y perturbados.

—¿Cómo sabes eso? —me preguntó.

Confuso, bajé la cabeza.

—No recuerdo —murmuré.

Mamá apretó las manos, una contra otra, inclinando la cabeza, de modo que los cabellos le cayeron sobre la cara sombría.

—Sabe porque yo sé. Yo sé porque mi madre sabía. Ella sabía porque el Pueblo sabía —dijo, y se le quebró la voz—. Son las palabras que empleaba ella.

Mamá calló y se volvió hacia la ventana, apoyando el brazo y la cabeza en el marco, como un niño que llora.

—¡Oh, Bruce, perdóname!

Yo miraba con los ojos muy abiertos, asombrado, tratando de que los ojos no se me llenaran de lágrimas mientras luchaba contra la pena y la desolación de mamá.

Papá se acercó a ella y la abrazó. Me miró por encima del hombro.

—Mejor que te vayas a la cama, Peter. Lo peor ha pasado.

Yo me fui arrastrando los pies, de mala gana, estupefacto. Poco antes de cerrar la puerta me detuve y escuché.

—Nunca le dije una palabra, te lo aseguro —dijo la voz entrecortada de mamá—. Oh, Bruce. Me

esfuerzo tanto, pero a veces... ¡oh, a veces!

—Ya lo sé, Eve. Y es mucho lo que has logrado. Sé que te cuesta mucho, pero lo hemos hablado tan a menudo. No hay otro camino, querida.

—Sí —dijo mamá—, no hay otro camino, pero... ¡oh, dame tu fuerza, Bruce! ¡Bendito sea el Poder, que te ha traído a mí!

Cerré silenciosamente la puerta, y me acurrugué en la oscuridad, sobre la cama, y al fin sentí que la angustia de mamá se transformaba otra vez en una cálida ternura. Luego, sin razón aparente, volé gravemente hasta lo alto del armario, volví a mi cama y me acosté. Y recordé entonces. Recordé los calientes ríos de oro, las nubes arriba y abajo, y los vientos que golpeaban como olas de espuma escarchada. Pero junto con ese dulce recuerdo me llegaba también la advertencia: *No puedes, pues tienes sólo ocho años. Tienes sólo ocho años. Hay que esperar.*

Muy poco después nacía Bethie, cuando yo estaba por cumplir nueve años. Me veo aún inclinado sobre la cuna, sobre el milagro de aquellos deditos y aquellos cabellos de caramelo batido. Bethie, mi hermanita. Bethie, a quien todos miraban fijamente, murmurando entre ellos, cuando mamá la dejaba ir a la escuela, aunque se pasaba la mayor parte del tiempo en casa, aun cuando ya era bastante mayor. Porque

Bethie era diferente... también.

Cuando Bethie tenía un mes, yo me apreté el dedo con la puerta del dormitorio y lloré durante un cuarto de hora, pero Bethie sollozó continuamente hasta que yo no sentí ningún dolor en el dedo.

Cuando Bethie tenía seis meses, nuestro pequeño terrier, Glib, cayó en una trampa para serpientes. Regresó a casa lloriqueando, arrastrando la trampa. Bethie chilló hasta que Glib se quedó dormido sobre la pata vendada.

Papá tuvo un ataque de apendicitis aguda cuando Bethie tenía dos años, pero fue ella quien tuvo que tomar un sedante hasta que pudimos llevar a papá al hospital.

Una noche papá y mamá estaban junto a la cama de Bethie, que dormía muy intranquila a pesar de los sedantes. Nuestro vecino, el señor Tyree, había estado cortando leña y el hacha se le había desviado. Había perdido un pulgar del pie y mucha sangre, pero cuando el doctor Dueff llegó corriendo en su coche, se precipitó primero en nuestra casa y luego fue a la del señor Tyree. El señor Tyree descansaba como podía, con el pie vendado apoyado en un sillón, y con las manos en las orejas para no oír los gritos de Bethie.

—¿Qué podemos hacer, Eve? —preguntó papá—. ¿Qué dijo el doctor?

—Nada. No pueden hacer nada por ella. Supone que se le pasa

rá con los años. No entiende. No sabe que ella... .

—¿Qué ocurre? ¿Por qué Bethie es así? —preguntó papá desesperado.

Mamá se encogió.

—Es una sensitiva. Hay gente así en el Pueblo, aunque no de tan pocos años. Esa sensibilidad le permite ayudar a los que sufren. Bethie no tiene más que parte del don. No lo domina.

—¿Por mí? —gruñó papá.

Mamá lo miró con ojos serenos y amantes.

—Por los dos, Bruce. Corrimos ese riesgo. Tentamos a la suerte, luego de Peter.

De modo que ahora éramos dos los diferentes, aunque también diferentes entre nosotros. Para mí era una diversión, casi todo el tiempo, pero no para Bethie.

Teníamos que tener cuidado con Bethie. Probó la escuela un tiempo, pero las rodillas despeleadas, los empujones, los dolores de dientes, los chichones, y los dolores de cabeza del portero luego de las borracheras del fin de semana la devolvían a casa agotada y temblorosa, al borde de la histeria. De modo que Bethie aprendió las letras y los números con mamá, y se quedaba apoyada melancólicamente en la verja mientras pasaban los otros chicos.

No mucho después descubrí un modo de utilizar prácticamente mi diferencia. Papá me pidió que guardara en el cobertizo un montón de leña que Delfino había

dejado en el patio de atrás. Yo me había citado con unos compañeros para explorar una vieja mina de espato flúor y ahora aquel trabajo me impediría ser de la partida. Fui al patio de atrás y me quedé un rato con las manos en los bolsillos pateando el montón de leña. Al fin cargué una brazada, gruñendo bajo el peso. Llegué al cobertizo, dejé caer la madera, y me lastimé el pulgar. Me senté en cuclillas en el patio y me succione el dedo, con los ojos clavados en la leña. De pronto, se me ocurrió algo. ¿Si yo podía volar, no sería posible que la leña volase también? *Sí, era posible.* Me incliné hacia adelante y castañeté los dedos ante media docena de leños, concentrándome. Los leños se alzaron y se quedaron flotando en el aire. Los empujé hacia el cobertizo, los guié hacia el sitio donde yo quería dejarlos, y los ordené como si fuesen unos naipes. No tardé mucho en descubrir cuál era la carga máxima, y guardé toda la leña en un tiempo maravillosamente corto.

Entré silbando en casa y fui a buscar mi linterna. La mina era espantosamente oscura y ninguno de mis amigos tenía linterna.

Papá estaba revisando las cuentas de la leche y alzó los ojos. —Te he dicho que guardaras la leña.

—Ya la guardé —respondí, sonriendo.

—Déjate de bromas —gruñó papá—. No tuviste tiempo.

—Es cierto —dije, triunfalmente—. Descubrí una técnica nueva. Verás...

Callé, paralizado por la mirada de papá.

—Nadie te ha pedido nuevas técnicas —dijo tranquilamente—. ¡Vuelve y quédate ahí hasta que hayas tenido tiempo de guardar bien la leña!

—Ya está guardada —protesté—. ¡Y los chicos están esperándome!

—No quiero discutir —dijo papá, muy pálido—. Vuelve a la leñera.

Volví a la leñera, pasando junto a mamá que había venido de la cocina y que había extendido hacia mí la mano. Me senté en la leñera, furioso, decidido a no salir de allí hasta que papá fuese a hablarme.

Luego, me puse a pensar. Papá no era comúnmente tan poco razonable. Quizá yo había hecho algo malo. Quizá no estaba bien guardar la leña de ese modo. Quizá... Se me confundieron los pensamientos mientras recordaba los murmullos que yo había alcanzado a oír a propósito de Bethie. Quizá lo que yo había hecho era un disparate, una cosa insensata.

Pensé mucho. Hacer algo insensato significaba no hacerlo como todo el mundo. Por ese motivo, quizá, papá había reaccionado así. Yo había hecho entonces una cosa insensata. Miré fijamente el piso, desorientado. ¿Qué había de diferente en nues-

tra familia? Y por vez primera fui capaz de separar y reconocer el sentimiento que yo debía de tener desde hacía mucho tiempo, el sentimiento de estar mirando desde afuera, el sentimiento de estar *aparte*. Sí, descubrí, era necesario ocultarse, ser prudente. Si había algo anormal, nadie tenía que saberlo. Yo no debía traicionar...

Mamá estaba de pie a mi lado.

—Papá dice que ahora puedes irte —dijo, sentándose junto a mí, y mirándome sin alegría—. Peter... Papá no podía hacer otra cosa. Todo lo que puedo decirte es esto: no olvides nunca, estés donde estés, hagas lo que hagas, que lo diferente muere. Tienes que conformarte... o morir. Pero no te avergüences, Peter, no. ¡Nunca te avergüences! —Mamá me puso rápidamente las manos en los hombros y me rozó la oreja con los labios. —¡No dejes de ser diferente! —murmuró—. Tan diferente como puedas. ¡Pero que no lo vea nadie, que no lo sepa nadie!

Mamá desapareció en la escalera que llevaba a la cocina.

Entré en la adolescencia, y me alejé más y más de los chicos de mi edad. Las cosas que les parecían más divertidas, no me interesaban mucho. De modo que en los años próximos seguí cada vez con mayor frecuencia el consejo que me había susurrado mamá, sin pedir nunca explicaciones, pues yo sabía que ella no me

las daría. El incidente de la leña me había abierto todo un nuevo panorama de posibilidades, aunque yo no supiese muy exactamente qué posibilidades eran éstas. Me acostumbré a pasarme las horas en la parte baja del prado, donde ensayaba toda clase de experiencias, sin saber nunca si resultarían o no. Trabajé mucho y en algunos casos fracasé, y en otros tuve éxito.

Descubrí que un castañeteo de los dedos me bastaba para traer cosas hacia mí, o para enviarlas a cortas distancias sin molestarte o tocarlas, como había hecho con la leña. Yo subía regularmente hasta las puntas de los árboles altos, deslizándome luego en éxtasis hasta el suelo, hasta que una vez me exstasíé demasiado y aterricé de narices. En una ocasión, concentrándome tanto que me dolió la cabeza y quedé aturdido, logré encender un pequeño fuego. Luego quise tomar una llama y me ampollé y chamusqué las manos.

Me parece que por ese entonces me descuidé un poco y no me molesté en tratar de saber si me vigilaban o no, pues comenzaron a oírse ciertos rumores. Bub Jacobs le contaba a todo el mundo que yo "hacía cosas" cuando estaba solo en el prado. La muela maligna con que acompañaba a sus cuentos transformaba esas "cosas" en cualquier perversión que los oyentes pudieran imaginarse, y lo de "solo" terminaba de condenarme sin remedio. Ex-

perimenté así amargamente lo que mamá me había dicho. El que es diferente muere, y una sola muerte no es nunca bastante. Uno muere y muere y muere, muchas veces.

Luego un día sorprendí a Bub mientras rondaba por nuestro bosque. Me vio y puso pies en polvorosa comprendiendo muy bien qué podía pasarle si yo lo atrapaba. Eché a correr detrás, pero en seguida me detuve. ¿Para qué fatigarse? ¿Por qué no hacer con aquel mentecato lo que había hecho con la leña?

Bub dio un grito de verdadero terror cuando sintió que el suelo le faltaba bajo los pies. Se debatió en el aire, convulsionado por el miedo y por aquella cosa terrible que le ocurría, y el grito se le apagó y se le quedó en la garganta. Y yo, abajo, me reí de él sintiéndome un gigante, muy por encima de la gente estúpida como Bub.

De pronto, antes que Bub se desmayara, sentí su terror, y asomé a mi garganta un eco de su grito. Caí al suelo, abrumado por una repentina certeza, un conocimiento que no me venía de la experiencia ordinaria: yo había cometido un terrible error, yo había prostituido mis poderes utilizándolos para aterrorizar injustamente.

Me arrodillé y alcé los ojos hacia Bub, doblado en el aire, por encima de mi cabeza, fuera del alcance de mis manos. Se me hizo un nudo en la garganta al des-

cubrir que yo no sabía cómo hacerlo descender. No era un trozo de madera que uno podía hacer bajar con un castañeteo de los dedos. No tenía la más remota idea de cómo traer al suelo a un ser humano.

Me arrastré aturdidamente hasta un rayo de sol que atravesaba la copa de un álamo y sentí que me corría por los dedos algo que era posible levantar —y retorcer— y utilizar. *Utilizar en Bub.* ¿Pero cómo? ¿Cómo? Cerré el puño sobre la onda de luz, y tropecé otra vez con una puerta que podía abrirse con una palabra, una mirada, un ademán; pero yo no sabía cómo pronunciar esa palabra, cómo lanzar esa mirada, cómo hacer ese ademán.

Me puse de pie y tomé aliento. Salté para atrapar los talones de Bub que le colgaban un poco más abajo que el resto del cuerpo. No acerté. Salté otra vez y le rocé el talón con la punta de un dedo, y Bub empezó a moverse lentamente en el aire. Me pasé el dorso de la mano por la frente sudorosa, y me reí, me reí de mi estupidez.

Con mucho cuidado, pues yo me había contentado con subir y bajar, y no había planeado casi nunca, me elevé hasta donde estaba Bub. Le puse las manos encima y empujé hacia abajo. Bub no se movió.

Tiré de él hacia arriba y Bub subió conmigo. Me alejé de él lenta y deliberadamente y pensé un rato. Fui hasta el otro

lado de Bub y lo empujé hacia unas ramas altas. Ya estaba recuperando el conocimiento y movía la cabeza y los labios. Flotaba en el aire como un tronco en el agua, pero logré llevarlo hasta una rama gruesa, asegurándole lo mejor posible las piernas y los brazos. Poco después, cuando Bub abrió los ojos abrazándose frenéticamente al tronco, yo ya estaba al pie del álamo, gritándole.

—¡No te sueltes, Bub! ¡Buscaré a alguien que te ayude a bajar!

De modo que durante la semana siguiente la gente se olvidó de mí y le tomaba el pelo a Bub con frases como éstas: “¿Qué hacías en el aire?”, y “¿Cómo está el tiempo allá arriba?” y “¡Trae una escalera, Bub, trae una escalera!”

Aun con estos problemas, yo me divertía bastante. ¿Por qué no podía ser igual para Bethie? Yo hubiese querido darle una parte de mi diversión y tomar en cambio una parte de su pena.

Luego murió papá, arrastrado por el río Gordo mientras trataba de salvar a un tonto veraneante que había plantado su tienda en las arenas secas que eran el cauce de las aguas en los días de tormenta. Parecía imposible imaginársela sola a mamá. Siempre habían estado juntos para nosotros. No habían sido dos padres, sino una entidad única: papá-mamá. Y ahora nuestros pensamientos se interrumpían en

mamá-y, mamá-y. Y mamá... bueno, una mitad de ella había muerto.

Luego del funeral, mamá y Bethie y yo nos sentamos en la sala, con los ojos bajos. Bethie apretaba los dientes ante el dolor lancinante de mamá que se clavaba las uñas en las palmas.

Aparté dulcemente las manos apretadas de mamá y Bethie se serenó un poco.

—Mamá —dije en voz baja—, puedo cuidar de nosotros. Tengo mi trabajo en la fábrica. No te preocupes.

Yo sabía que era un pobre consuelo el que yo ofrecía a la angustia de mamá, pero era necesario llegar a ella de algún modo.

—Gracias, Peter —dijo mamá, animándose un poco—. Sé que lo harás. —Inclinó la cabeza y se llevó las manos a los ojos secos, con una contenida desesperación. — ¡Oh, Peter, Peter! Pertenezco ya bastante a este mundo como para sentir que la muerte es tristeza y desolación y no ese llamado solemne y dulce que es en realidad. Ayúdame, ¡ayúdame!

—Si soy capaz, mamá —dije tomándole una mano mientras Bethie tomaba la otra—. Pero tienes que ayudarme a recordar. Recuerda conmigo.

Cerré los ojos, y recordé. Un vuelo libre en la noche estrellada, un vuelo de mil seres felices, como pájaros en el cielo, que subían al encuentro del alba... el alba del Festival. Yo podía sentir ahora el perfume de las flores

que adornaban a las mujeres y la alegría que acompañaba a la aurora. Luego oí las primeras magníficas notas del himno del Festival y el sol asomó sobre las colinas boscosas. Mil voces entonaron el himno. Mil manos se alzaron para hacer el signo...

Abrió los ojos y descubrí que mis propios dedos hacían un signo que yo no conocía. Una nota que yo nunca había cantado me palpitaba en la garganta. Tomé aliento y miré de reojo a Bethie. Ella no había visto. Mamá estaba tranquila ahora, con los ojos cerrados, con la cara serena y en paz.

—¿Qué fue eso, mamá? —murmuré.

—El Festival —dijo mamá dulcemente—. Para todos los que fueron llamados en el año. Por nuestro padre, Peter y Bethie. Lo recordamos por nuestro padre.

—¿Dónde era eso? —pregunté—. ¿En qué lugar del mundo?

—No en éste... —Mamá abrió de pronto los ojos.— No importa, Peter. Tú eres de este mundo. No hay otro para ti.

—Mamá. —La voz de Bethie era un titubeante murmullo.— ¿Por qué dijiste "recordamos"?

Mamá la miró y las lágrimas le velaron los ojos.

—Oh, Bethie, Bethie, todas las cargas y ninguna de las bendiciones. Perdón, Bethie, perdón.

Mamá escapó por el pasillo hasta su cuarto.

Bethie se apretó contra mí.

—Peter —murmuró—, ¿por qué

dijo mamá "ninguna de las bendiciones"?

—No sé —dije.

—Porque no puedo volar como tú, seguramente.

—¡Volar! —Miré a mi hermana, asombrado.— ¿Cómo lo sabes?

—Sé muchas cosas —murmuró ella—. Pero sé sobre todo que somos diferentes. Las otras gentes no son como nosotros. Peter, ¿qué nos hizo diferentes?

—¿Mamá? —susurré—. ¿Mamá?

—Me parece que sí —murmuró Bethie—. ¿Pero cómo?

Nos quedamos callados y Bethie fue hasta la ventana y el sol de la tarde le aureoló los cabellos plateados.

—Puedo hacer cosas también —dijo—. Mira.

Extendió la mano y tomó un puñado de sol, la misma luz oblicua que se me había deslizado entre los dedos, bajo los álamos, cuando Bub flotaba sobre mi cabeza. Bethie movió rápidamente los dedos y torció los rayos de sol en un dibujo brillante y complejo.

—¿Pero para qué sirve? —murmuró—. Sólo para hacer cosas bonitas e inútiles.

—Yo sé —dije, pensando que no había podido hacer descender a Bub—. Yo sé, Bethie.

Quise tomar el dibujo que Bethie tenía en la mano. Se me escapó entre los dedos y se perdió en la oscuridad.

Los años que siguieron pasaron sin incidentes importantes.

Terminé mis estudios en el colegio, pero no pude pensar en ir a la universidad. Seguí trabajando en la fábrica que proporcionaba ocupación a la mayoría de los habitantes de Socorro.

Mamá se ganó una buena reputación como comadrona, profesión muy necesaria en una comunidad que tomaba al pie de la letra el mandato de crecer y poblar la tierra, y que estaba a exactamente cien kilómetros del hospital más cercano.

Bethie entró en la adolescencia y con la ayuda de mamá aprendió a dominar sus reacciones ante el dolor de los otros, pero yo sabía que ella aún sufría tanto, sino más, que en su infancia. No obstante, ya iba a menudo a la escuela y estaba haciéndose popular a pesar de que era una niña tranquila.

En conjunto, pues, la vida transcurrió para nosotros agradablemente, y de modo bastante común, aunque... bueno, yo tenía continuamente la impresión de que iba a ocurrir algo, o de que alguien iba a venir. Y a Bethie le pasaba lo mismo, probablemente, pues se pasaba las horas mirando y escuchando. Y también mamá. A veces, cuando nos sentábamos en el porche en las largas noches, mamá inclinaba a un lado la cabeza y escuchaba con atención, sin mover la mecedora.

Pero cuando le preguntábamos qué escuchaba, mamá suspiraba y decía: "Nada. Sólo la noche." Y se hamacaba en su mecedora.

Por supuesto, yo seguía desarrollando mis diferencias. No con el fuego ardiente del principio, ante los posibles nuevos descubrimientos, sino como alimentando una pequeña llama, "por amor al arte". Yo me alejaba ahora más en mis paseos, pero Bethie venía conmigo. Bethie disfrutaba mucho de estas excursiones, especialmente cuando descubrimos que yo podía llevarla conmigo en mis vuelos, y más aún cuando luego de un accidente que nos dejó un momento sin respiración descubrimos que aunque ella no podía elevarse era capaz de bajar por sus propios medios. Desde entonces el juego preferido de Bethie fue que yo la llevara lo más alto posible, para descender luego ella sola, entreteniéndose a veces más de una hora en el aire, tejendo a menudo a su alrededor el esplendor intrincado de sus dibujos de sol.

Un día grisáceo de octubre —la hojarasca ya cubría los campos—, nuestro mundo terminó otra vez. Desayunamos charlando y riendo, tomándole el pelo a Bethie a propósito de una cita que había tenido la noche anterior. Bethie tenía las mejillas encendidas, y con las risas y el aire vivo del otoño todo estaba realmente bien.

Pero entre una y otra burla, Bethie dejó de reír de pronto y el color se le fue de los labios.

—¡Mamá! —murmuró.

—¿Ya? —preguntó mamá, incorporándose y bebiéndose el resto

de su café mientras yo iba en busca de un abrigo—. Tenía el presentimiento de que sería hoy. Reena no debiera conducir ese jeep hasta Peppersauce Canyon tan cerca del término.

La ayudé a ponerse el abrigo y la abracé.

—Escúchame, mamá —le dije—, ¿cuándo vas a retirarte y dejar que algún otro se encargue de la recolección de chicos en la primavera y el otoño?

—Cuando yo misma haya cosechado un nieto —dijo mamá bromeando, pero yo sentí su tristeza—. Además Reena le va a dar a éste el nombre de Peter o Bethie, según el caso. —Fue a tomar su valijita negra y miró a Bethie. —¿Nada más hasta ahora?

Bethie sonrió.

—No.

—Entonces me sobra tiempo. Peter, será mejor que llevas a pasear a Bethie. Reena nunca tiene prisa y vive demasiado cerca.

—Bien, mamá —dije—. Habíamos proyectado un paseo de cualquier modo, pero esperábamos que esta vez viniesen con nosotros.

Mamá me miró, titubeó y se hizo a un lado.

—Sí... sí, algún día.

Mamá nunca había titubeado hasta entonces.

—¡Mamá! ¿De veras?

—Bueno, me lo habéis pedido tantas veces que me he preguntado si está bien que reneguemos de nosotros mismos. Al fin y al cabo, no es ninguna falta pertenecer al Pueblo.

—¿Qué pueblo, mamá? —pregunté—. ¿De dónde eres? ¿Por qué podemos...?

—Alguna otra vez, hijo —repliqué mamá—. Quizá pronto. En estos últimos meses he empezado a sentir... sí, no estaré mal que lo sepas, aunque quizá no te sirva de nada. Y quizá pueda ocurrir algo de pronto y tú tendrás que saber. Pero no —continuó mientras nos acercábamos a ella—, no es este el momento. Reena podría adelantársenos. ¡En marcha, chicos!

Miramos hacia atrás cuando la camioneta cruzaba la carretera hacia pico Mendigo. Mamá nos saludó con la mano y entró en el jardín de Reena, donde Dalt, a pesar de tener ya seis años, corría como un perrito ansioso de mamá al porche y de vuelta otra vez a mamá.

Fue un día perfecto para nosotros. La distensión del vuelo para mí, la delicia del lento descenso para Bethie, el luminoso esmalte del cielo, el rojo y el oro de los campos que se extendían interminablemente al pie del Mendigo, azul, dorado, y moteado de nieve.

Al mediodía nos entretenimos disfrutando del sol en un cañón miniatura preferido, cerrado al viento. Luego de comer jugamos a nuestro juego favorito, recordar. Ante todo yo me desembarazaba de pensamientos superfluos hasta que mi mente era un estanque abrigado y tranquilo, sensible a todos los estreme-

cimientos que la brisa pudiera despertar en la superficie de las aguas.

Luego llegaban los recuerdos, extraños, muy distintos de todas las cosas terrestres, parecidos a los que habíamos tenido yo y mamá el día de la muerte de papá. Bethie no podía recordar conmigo, pero recibía las imágenes de mi mente antes que yo pudiera describirlas en palabras.

Caminábamos por las aguas oscuras y brillantes de un lago de montaña, y los dedos de los pies se nos crispaban en la frescura líquida, y disfrutábamos del movimiento de las olas bajo nuestros pies, sintiendo a nuestro alrededor, desde la costa al cielo, una preciosa familiaridad que era más fuerte que cualquier lazo que nos hubiese unido hasta entonces a la Tierra.

Antes que nos diéramos cuenta, llegaron las primeras sombras de la tarde, el sol desapareció detrás de los picos de los Huachucas, y sentimos un escalofrío. Guardamos los restos del picnic en la canasta y me volví hacia Bethie para levantarla y llevarla a la camioneta.

Bethie miraba el cielo con una sonrisita dulce y enigmática.

—Mira, Peter —murmuré.

Movió los dedos sobre su cabeza y una nube se abrió en copos de nieve, un torbellino de copos gigantesco que descendieron sobre ella como plumas, y se le posaron en la piel pálida y se fundieron y le brillaron en las

mejillas y en la sonrisa maliciosa de los labios.

—¡Invierno temprano, Peter! —dijo.

—¡Invierno temprano, querida! —exclamé, y tomándola en mis brazos la saqué del cañón y la dejé entre las piedras del valle—. ¡De acá en adelante irá caminando, señorita!

Pero Bethie casi llegó antes que yo a la camioneta. Aunque no supiese volar, corría cada vez más.

Ya había caído la noche cuando llegamos a la carretera. Podíamos ver los faros de los automóviles que pasaban velozmente, con hombres que decían: "¿Así que esto es Socorro?", y seguían sin detenerse.

Subíamos la última pendiente que llevaba a la carretera cuando Bethie gritó. Yo casi perdí el dominio del volante. Luego Bethie gritó otra vez —un grito salvaje y torturado— y se dobló sobre sí misma.

—¡Bethie! —llamé—. ¿Qué es? ¿Dónde está? ¿Dónde puedo llevarte?

Bethie ahogó un tercer grito y cayó desmayada en el piso. Me sentí aterrizado. Hacía años que ella no reaccionaba así. Nunca se había desmayado de este modo. ¿Sería posible que Reena no hubiese tenido aún su chico? Pero aun la vez en que la señora Allbeg había muerto de parto, Bethie no... La puse en el asiento y apreté el acelerador rogando que mamá estuviese...

Y entonces vi aquello delante de nuestra casa. El coche enorme atravesado en el camino. El grupo de personas en la acera.

No recuerdo cómo llegué allí. En el instante siguiente yo estaba arrodillado junto al doctor Dueff, con el puño cerrado en el borde de la manta que cubría misericordiosamente a mamá de la barbilla a los pies. Alcé una mano temblorosa hacia el hilo oscuro de sangre que le brotaba a mamá de la frente.

—Mamá —murmuré—. Mamá.

Mamá parpadeó y alzó los ojos sin ver.

—Peter. —Yo apenas la oía—. ¿Dónde está Bethie?

—Se desmayó. Está en la camioneta —balbuceé—. ¡Oh, mamá!

—Dile al doctor que atienda a Bethie.

—¡Pero, mamá, mamá! —exclamé—. Tú...

—No he sido llamada aún. Ocupe de Bethie.

Poco más tarde Bethie y yo estábamos arrodillados junto a la cama de mamá. El médico se había ido. Era inútil tratar de llevar a mamá a un hospital. Llevarla hasta la casa había bastado para que le apareciera un líquido oscuro en las comisuras de la boca. Todos los vecinos se habían ido excepto la abuela Reuther que no faltaba nunca en las casas de los moribundos y les había cruzado las manos a todos los muertos de Socorro desde la fundación del pueblo. La abuela estaba sen-

tada ahora en la sala, con la gastada Biblia en las manos, luego de tantos años en que no habíamos necesitado buscar consuelo en el libro.

El doctor le había aliviado los dolores a mamá y le había recomendado a Bethie que durmiese un rato, pues no sabía cuánto durarían los efectos de la droga. Pero Bethie no se movió.

De pronto mamá abrió los ojos.

—Me casé con vuestro padre —dijo claramente, como si continuase una conversación—. Nos queríamos, y todos los otros estaban muertos, las gentes del Pueblo. Por supuesto, se lo dije antes, ¡y él me creyó! Luego de tantos años de haber tenido que cuidar todas las palabras, todos los movimientos, yo tenía alguien con quien hablar, alguien que me creía. Le hablé del Pueblo y me alcé en el aire y alcé el coche y lo hice flotar sobre la carretera, sólo por juego. Papá se divertía mucho, pero estaba preocupado también y una vez me dijo: "Sabes, querida, tu mundo y el nuestro han tomado caminos muy diferentes. El nuestro se ha orientado hacia los aparatos mecánicos. El tuyo ha descubierto el Poder. —Los ojos de mamá sonrieron.— Sabía cuando yo extrañaba la Morada. Una vez dijo: "¿Nostalgias, querida? Yo también. Por lo que este mundo pudo haber sido. O quizá por lo que puede llegar a ser". Vuestro padre era mi otra mitad.

Mamá cerró los ojos, y llamó un rato, y oímos cómo respiraba: un sonido entrecortado y duro. Bethie se acurrucó en las sombras, con las manos apretadas contra el pecho, y el rostro muy blanco.

—Lo discutimos muchas veces —continuó mamá—. Pero no había otro camino. Pensábamos que yo era la última sobreviviente del Pueblo. Tenía que olvidarme de la Morada y aceptar la Tierra. Vosotros, niños, teníais que ser de la Tierra, aunque... Por eso era tan severo contigo, Peter. Por eso no quería que tú... experimentaras. Tenía miedo de que tú te manifestaras delante de la gente. —Mamá se interrumpió, jadeando.— El que es diferente muere —murmuró, y guardó silencio un rato, respirando apenas.

—Conoci la Morada —dijo luego con una voz cargada de pena—. Recuerdo la Morada. No porque la recordara mi Pueblo, sino porque yo la vi también. Nací allí. Ahora ya no existe. Desapareció para siempre. No hay Morada. Sólo un poco de arena entre los astros.

Mamá hizo un gesto de dolor que Bethie repitió como un eco. Luego la cara se le aclaró a mamá. Se incorporó a medias en la cama.

—La Morada también es vuestra. De los dos. Para siempre. Y será también de vuestros hijos. ¿Recuerdas, Peter? ¿Recuerdas? —Inclinó la cabeza, escuchando—. ¡Oh, Peter! ¡Oh, Bethie! —dijo,

y la voz se le quebró en un sollozo de alegría—. ¿Oísteis? ¡He sido llamada! ¡He sido llamada!

Mamá alzó la mano haciendo el signo, y movió los labios dulcemente.

—¡Mamá! —grité asustado—. ¿Qué quieres decir? Acuéstate. ¡Por favor, acuéstate!

Traté de que se apoyara otra vez en las almohadas.

—He sido llamada a la Presencia. Mis días han terminado. Mis horas están contadas.

—Pero, mamá —tartamudeé como un niño—, ¿qué haremos sin ti?

—¡Escucha! —dijo mamá rápidamente, poniéndome una mano en la cabeza—. Tienes que encontrar a los otros. En seguida. Ellos ayudarán a Bethie. Te ayudarán a ti, Peter. Mientras estéis separados de ellos no estaréis completos. He escuchado el llamado del Pueblo todos estos últimos años, y ahora que he tomado el camino de la Presencia puedo oírlo más claramente, más claramente. —Hizo una pausa, conteniendo el aliento.— ¡Hay un cañón, al norte. La nave estalló allí, luego que los botes de salvamento... Peter, dame la mano.

Mamá extendió ansiosamente la mano y yo se la tomé.

Y vi la mitad del Estado extendida ante mí como un mapa gigantesco. Vi los pliegues tortuosos de las montañas, la superficie aparentemente lisa de los desiertos que subían hacia las pendientes hendidas. Vi las man-

chas de los bosques que recubrían las lomas y el zigzag de la ruta estrecha entre los pasos. Y sentí entonces un estremecimiento de placer, como el que se siente cuando se vuelve al hogar luego de muchos años de ausencia.

—¡Ah! —susurró mamá mientras el panorama se desvanecía—. Lamento no haberlo sabido antes. He estado tan sola... Pero tú, Peter —continuó con voz firme—, tú y Bethie tenéis que ir.

—¿Por qué, mamá? —grité desesperadamente—. ¿Qué es esa gente para nosotros, qué somos para ellos? ¿Por qué tenemos que dejar Socorro y vivir entre extraños?

Mamá se incorporó otra vez, mirándome muy fijamente. Bethie se acercó para sostenerla.

—No son Extraños —dijo clara y lentamente—. Son el Pueblo. Compartimos con ellos la nave, durante la Travesía. Estuvimos juntos en la inmensidad vacía del cielo, cuando sabíamos que nos movíamos sólo porque las estrellas de atrás se apagaban y las de adelante brillaban más y más. Juntos observamos en las sombras el brillante centelleo helado, preguntándonos si encontraríamos acogida en uno de esos mundos... Sois como ellos. Aunque nuestro padre no perteneciese al Pueblo...

Se le apagó la voz, y le cambió la cara. Bethie se movió a un lado y la acostó suavemente. Mamá se apretó las manos y suspiró.

—Es una empresa solitaria —murmuró—. Nadie puede acompañarnos. Aun con ellos allí, esperando, es una empresa solitaria.

En el silencio que siguió oímos a la abuela Reuther en la mecedora de la sala. Bethie se sentó en el piso, a mi lado, con las mejillas encendidas, y los ojos muy abiertos, como en un oscuro y extraño asombro.

—Peter, no duele, no duele nada. ¡Hace bien!

Pero no fuimos. ¿Cómo podía yo dejar mi trabajo y nuestra casa para ir no sabíamos dónde? Buscando no sabíamos a quién. ¿Y por qué motivo? Yo no podía creer en lo que mamá había contado. Al fin y al cabo no había dicho nada preciso. Habían sido palabras sin significado. Bethie le daba vueltas y vueltas a lo que había dicho mamá, pero no fuimos.

Bethie enflaqueció y empalideció todavía más, hasta que al fin, un año más tarde, entré en casa y la encontré en la cama doblada sobre sí misma, con el cuerpo endurecido, los ojos apretados, y acompañando cada expiración con un gemido agudo.

Me volví casi loco hasta que al fin conseguí tomarle una mano y ella abrió los ojos y me miró sin verme.

—Como una represa, Peter —jadeó—. Todo viene aquí. Es necesario... es necesario. Nací para... —Le enjuagué el sudor frío

de la frente—. Sube y sube. Tiene que ir a alguna parte. ¡Tengo que hacer algo! ¡Peter, Peter, Peter!

Se retorció hundiéndose en la almohada la cara crispada.

—¿Hacer qué, Bethie? —le pregunté, volviéndole la cara hacia mí—. ¿Hacer qué?

—La pata del Glib, la apendicitis de papá, el pulgar de nuestro vecino, el señor Tyree —y la voz de Bethie se apagó recitando la letanía de años de dolor.

—Llamaré al doctor Duelf —dije desesperado.

—No. —Bethie apartó la cara. —¿Para qué construir un dique todavía más alto? Deja que se rompa. ¡Oh, pronto, pronto!

—Bethie, no hables así —dije sintiendo en mí esa terrible soledad que sólo Bethie podía destruir, ahora que mamá había muerto—. Encontraremos algo... algún modo...

—Mamá podía ayudar —dijo Bethie—. Un poco. Pero se ha ido. ¡Y ahora estoy recogiendo también penas y angustias! Reena está asustada. Cree tener un cáncer. ¡Oh, Peter, Peter! —La voz de Bethie fue sólo un susurro.— ¡Déjame morir! ¡Ayúdame a morir!

Los dos nos quedamos callados, sorprendidos. ¿Ayudarla a morir? Me incliné sobre su mano. ¿Regresar a la Presencia arrastrando el peso de años inacabados? Pues si ella iba, yo iría también.

Abrió de pronto los ojos y me

quedé mirando la mano de Bethie. ¿Qué Presencia? ¿Qué éticas y costumbres estaban formándose en mí?

Yo tuve que decidir por lo tanto. Le di a Bethie una pastilla somnifera y me quedé junto a ella hasta que se durmió. Y mientras estaba a su lado recordé todos aquellos años de dolor. Qué calvario tenían que haber sido para Bethie, y yo no había querido pensarlo.

Poco antes del alba desperté a Bethie. Hicimos nuestras valijas y partimos. Dejé una nota en la mesa de la cocina para el doctor Duelf donde le decía sólo que íbamos a buscar ayuda para Bethie y que le pidiere a Reena que cuidara la casa.

Me detuve en la encrucijada al borde del camino.

—Bien —dije sin esperanza—, tú eliges ahora. ¿O tiremos una moneda al aire? Cara, a la derecha. Seca, a la izquierda. No sé por dónde ir, Bethie. Sólo tengo esa imagen borrosa que me dio mamá de la región. Hay un millón de cañones y un millón de caminos. Fue una locura dejar Socorro. Sólo sabemos lo que mamá nos dijo. Ella deliraba quizá.

—No —murmuró Bethie—. No es posible. Tiene que ser cierto.

—Pero, Bethie —dije, apoyando la cabeza en el volante—, tú sabes cuánto deseo yo que sea cierto, no sólo por ti, por mí también. Escúchame. Si mamá no se equivocaba, eso significa que es

posible viajar por el espacio, que era posible hace cincuenta años. Luego que mamá y el Pueblo vinieron de otro planeta, y que nosotros somos mestizos, por decirlo así, una cruz entre gentes de la Tierra y vaya a saber qué otro mundo. Además, no hay más de una posibilidad en diez millones de que podamos encontrar a la gente que vino con mamá, si alguno de ellos ha sobrevivido a esa Travesía.

—No, todo esto es cosa de locos para cualquier persona normal. Estamos construyendo castillos en el aire, Bethie. Volvamos. Tenemos dinero suficiente como para comprar el combustible de vuelta.

—¿Y volver a dónde? —preguntó Bethie, con un rostro atormentado—. No, Peter. Mira.

Alcé los ojos mientras Bethie me daba uno de sus dibujos de sol, un puñado de luz que brilló levemente entre mis dedos antes de apagarse.

—¿Es esto la Tierra? —preguntó Bethie serenamente—. ¿Cuántos de nuestros amigos pueden volar? ¿Cuántos... cuántos pueden recordar?

—Recordar —dije lentamente, y le di un puñetazo al volante—. Oh, Bethie, volvemos otra vez a lo mismo. No me escuchas.

Puse en marcha la camioneta y seguí unas huellas que quizá podían llamarse una ruta. Al fin abandoné estas mismas huellas borrosas y me interné en el desierto casi desnudo hasta una

duna con árboles al pie de la montaña. Acampamos mientras el sol del oeste dibujaba sus encajes de sombra a través del escaso follaje.

Poco después yo estaba tendido de espaldas en la arena mirando el arco del cielo del desierto. Los árboles trazaban sobre mi las típicas figuras desérticas de calor y frescura —calor al sol, fresco a la sombra— y yo traté de serenarme, más y más, hasta que el aliento de Bethie, sentada a mi lado, fue como una onda brillante que cruzaba la superficie de mi mente.

Y recordé. Pero sólo mamá y papá, y la hoguera que yo había encendido, y Glib con la trampa en la pata, y Bethie acurrucada en la cama, con la cara entre las rodillas, y el débil gemido de su penosa respiración.

Parpadeé mirando el cielo. Yo tenía que recordar. Tenía que hacerlo. Cerré los ojos y me concentré y me concentré hasta quedar agotado. Nada llegó, ni siquiera la sombra de una imagen. Desesperado, me abandoné totalmente sobre la arena cada vez más fría. Y, todos a la vez, unos engranajes desacostumbrados se movieron y unieron en mi mente, y me encontré de pronto, como aquella otra vez, sobre el mapa de tamaño natural.

Lenta y dolorosamente, localicé Socorro y el hilo delgado del río Gordo. Lo seguí y lo perdí y lo seguí otra vez, con el dedo de mi atención. Luego encontré el

valle del Volcán y fui por él hasta la elevación de sierra Cobreña. Era muy raro mirar desde arriba el surco infinitesimal donde yo estaba en ese momento. Mantuve mis pensamientos por los alrededores. Nada. Sondeé un poco más al norte, al este, al norte otra vez. Me quedé sin aliento. Allí estaba. El llamado de la Morada. El mundo familiar.

Abrí los ojos y descubrí que Bethie estaba llorando.

—¿Por qué, Bethie? —dije—. ¿Qué pasa? ¿No estás contenta?

Bethie trató de sonreír pero le temblaron los labios. Ocultó la cara en el hueco del codo y murmuró:

—Vi también. Oh, Peter, ¡esta vez yo vi también!

Sacamos el mapa caminero y a la luz declinante del atardecer tratamos de traducir nuestros recuerdos. Parecía, ante todo, que debíamos ir a un lugar apartado llamado Kerry Canyon. Era aparentemente el único lugar habitado cerca de la montaña desnuda. Miré el puntito negro junto a un camino de tercer orden y me pregunté si sería el fin de todas nuestras esperanzas o el punto inicial de una nueva vida para nosotros dos. Vida y cordura para Bethie y para mí... En un brusco espasmo de emoción cerré la mano sobre el mapa. Yo sentía ciegamente que nunca había conocido a nadie sino a mamá, papá y Bethie. Que yo era un fantasma que se arrastraba por el mundo. Yo sólo quería

ahora ver a alguna otra persona de nuestra especie. Saber que Bethie y yo no éramos los únicos herederos de nuestro mundo extraño.

Alisé el mapa y lo plegué otra vez. La noche había caído sobre nosotros y soplabla un viento frío. Nos estremecimos y buscamos alrededor un poco de leña para alumbrar un fuego.

Kerry Canyon era una calle comercial, dos estaciones de gasolina, dos bares, dos tiendas, dos iglesias y un puñado de casas dispuestas desordenadamente en las faldas de las lomas, en un área que parecía demasiado pequeña para contener un camino. Había también un arroyo casi seco, que esperaba la estación de las lluvias.

Atravesamos el viejo puente y entramos en el pueblo. El camino ascendía bruscamente cruzando las vías enmohecidas de un ferrocarril y doblaba a la izquierda alejándose de la pendiente donde se alzaba una de las estaciones de gasolina.

Nos detuvimos allí. El empleado de uniforme se acercó a nosotros.

—Sólo queríamos saber algo —dije pensando en mi billetera casi vacía. Habíamos llenado por última vez el tanque antes de meternos en un laberinto de cañones entre la carretera principal y este sitio. Pronto tendríamos que detenernos, hubiésemos encontrado al Pueblo o no.

—Muy bien, muy bien. —El

empleado levantó la visera de la gorra—. ¿En qué puedo servirle?

Titubé tratando de encontrar pensamientos y palabras... y un poco de la esperanza que yo había sentido en el desierto.

—Tratamos de localizar a unos... amigos nuestros. Nos dijeron que vivían del otro lado, cerca del monte Calvo. ¿Hay alguien...?

—¿Amigos de esa gente? —preguntó el hombre asombrado—. Bueno, caramba, esto sí que es una novedad. Nadie preguntó nunca por ellos.

Sentí el brazo de Bethie que temblaba contra el mío. ¡Había entonces algo más allá de Kerry Canyon!

—¿Y cómo es eso? ¿Qué le pasa a esa gente?

—Oh, nada de particular, nada. En realidad son muy buena gente. Compran mucho aquí. Vienen a la iglesia y a los bailes.

Miré las abruptas colinas.

—¿Los bailes?

—Así es. No estamos tan muertos como parecemos —dijo el hombre mostrando los dientes—. Las noches de los sábados hay verdadera animación aquí. Hay muchos ranchos en esas lomas. Por supuesto, no muchos por el lado de Cougar Canyon. Ese es el sitio donde viven los amigos de ustedes, ¿no?

—Sí. Cerca del monte Calvo.

—Bueno, nadie más vive por ahí. —El hombre titubé.— Es pere, hay algo que quisiera preguntarle.

—Sí, ¿qué es?

—Bueno, esa gente no es muy habladora. No quiero decir que sea hosca o algo parecido... pero, bueno, ¿de dónde vienen? ¿De algún país superpoblado de Europa? ¿Son extranjeros, no es cierto? Y parece que Europa exporta principalmente gente desplazada. ¿Lo son de veras?

—Sí, algo parecido. ¿Por qué?

—Bueno, hablan tan bien como cualquiera, y la guerra debe de ser de hace tiempo, pues están aquí desde la fecha de mi padre, pero son... diferentes. —El hombre se mordió el labio superior, reflexionando. —Muy diferentes. Pero diferentes de un modo bueno—. Sonrió otra vez. —Las muchachas son atractivas. No dan muchas esperanzas sin embargo.

"En fin, tome ese camino. No hay ningún otro que llegue allá. Le destrozará a usted los neumáticos; pero pasará probablemente, si no llueve mucho. En ese caso terminará usted en alguna cuneta. No hay barro más resbaladizo en el mundo. Y arriba, en la meseta, cuando sopla el viento, hay un frío de todos los diablos. Será mejor que se abrigue.

—Gracias, amigo —dije—. Muchas gracias—. ¿Le parece que llegaremos antes de la noche?

—Oh, seguro. No está tan lejos, aunque el camino es terrible. Llegarán en dos o tres horas, si no llueve, como dije antes.

Comprendimos cuando llegamos a la llanura de los Asnos.

Al principio no era difícil seguir el camino. Luego las huellas se hundían en una arena pesada, sembrada de guijarros y pedruscos.

De pronto aun estos restos de huellas cesaron bruscamente, como si los coches que las habían formado hubiesen retrocedido o hubieran seguido por el aire. ¡Por el aire! Seguí adelante, perdiendo y encontrando huellas, tan dedicado a mi tarea que apenas notaba los tumbos que daba la camioneta, hasta que un grito de Bethie me hizo saltar en el asiento.

—¡Para! —gritó—. ¡Oh, Peter! ¡Para!

Frené tan bruscamente que la camioneta resbaló, se salió de la huella y se detuvo al borde del camino. Un neumático de atrás estalló y se desinfló.

El silbido se confundió con el ruido creciente del viento.

—¿Qué diablos te pasa? —grité, enojado con Bethie como nunca lo había estado en mi vida—. ¿Qué quieres ahora?

Bethie, muy pálida, asomó detrás de la manta en que se había envuelto para protegerse del frío.

—Acabo de pensarlo, Peter, ¿y si no nos quieren?

—¿Si no nos quieren? No te entiendo —gruñí preguntándome si valdría la pena recurrir al cordón desflechado que yo llamaba mi rueda de auxilio.

—Nunca lo pensamos, nunca se nos ocurrió, Peter. No... no pertenecemos a ellos. No seremos

como ellos. Somos en parte de la Tierra... tanto como de otro sitio. ¿Y si ellos nos rechazan? Si nos encuentran indeseables...

—Bethie volvió la cara—. Quizá no somos de ningún sitio, Peter.

Sentí un escalofrío, y no por el viento. Habíamos supuesto tan confiadamente que nos recibirían con los brazos abiertos. Pero no tenía que ser así necesariamente. Quizá ellos no quisiesen recibirnos. No éramos del Pueblo. No éramos de la Tierra.

—Claro que nos querrán —me obligué a decir animadamente. En seguida aparté los ojos de los de Bethie y murmuré defendiéndome: —Mamá dijo que nos ayudarían. Dijo que éramos de la misma extracción.

—Pero mamá no podía saber. No había... mestizos cuando se separó de ellos. Quizá estamos señalados por nuestra sangre terrestre.

—No hay nada de malo en la sangre terrestre —dije desafiante—. Además, ¿qué sería de ti si volviésemos?

Bethie se llevó los puños apretados a las mejillas.

—Quizá —murmuré—, quizá si continúo y me vuelvo completamente loca no me haga tanto daño. Quizá hasta me haga bien.

—¡Bethie! —Mi grito la sobresaltó.— ¡No digas esos disparates! Seguiremos adelante. El único punto de referencia que tenemos sobre el Pueblo es mamá, y ella nunca hubiera rechazado a personas como nosotros. Y el hombre

de la estación dijo que eran buena gente—. Abrió la portezuela. —Será mejor que estires un poco las piernas mientras cambio la rueda. Por el aspecto del cielo me parece que vamos a patinar un poco antes de llegar a Cougar Canyon.

Pero a pesar de mis tranquilizadoras palabras, no me arrodillé detrás del coche sólo para cambiar la rueda, y no fue sólo el ruido del gato lo que subió con el viento hacia el cielo oscuro.

Miré entornando los ojos a través del mojado parabrisas, tratando de ver el camino. Las ráfagas de lluvia detenían casi el limpiaparabrisas. Yo apenas veía otra cosa que un río achocolatado de superficie engañosamente lisa; pero la camioneta se sacudía como una maraca gigantesca, lanzando a un lado y a otro cortinas de agua, como un bote de carreras, o se deslizaba sobre repentinas capas de barro apartándonos a veces a varios metros del camino.

Luego, de pronto, ya no hubo más camino. Se extendía unos pocos metros delante de nosotros y luego, aparentemente, desaparecía en la lluvia, en la nada.

—No puede no estar ahí —murmuró Bethie con incredulidad—. No puede desaparecer de este modo.

Me cubrí la cabeza con la manita.

—Iré a mirar.

Me deslicé en el muro sólido formado por la lluvia que sisea-

ba y salpicaba a mi alrededor en la llanura inundada. En un instante quedé empapado y cubierto de barro hasta las rodillas. El camino, si se le podía dar este nombre, bordeaba el cañón y doblaba bruscamente hacia la derecha; luego se perdía en unos matorrales que descendían en diagonal la pendiente del cañón. Me incliné sobre el precipicio. El fondo se perdía en la oscuridad y la lluvia. Me estremecí.

Luego, rápidamente, antes de perder toda mi sangre fría, volví chapoteando hasta el coche.

—Reza, Bethie. Allá vamos.

Las ruedas giraron con un movimiento de succión, dimos media vuelta, y nos encontramos en equilibrio sobre el vacío con nuestro tren posterior girando en el aire.

Al fin aterrizamos con una brusca sacudida en la senda estrecha. Un sudor frío me cubría la cara.

Detuve la camioneta en el primer tramo ancho de la ruta. Nos quedamos sentados en silencio, escuchando la lluvia. Yo sentía ahora como si algo infinitamente precioso se alzara ante mí. Bethie deslizó la mano en la mía y supe que ella lo sentía también. Pero de pronto apartó la mano y empezó a golpearme el hombro con los puños cerrados de un modo insólito en ella.

—¡No puedo soportarlo, Peter! —dijo roncamente, con la voz entrecortada por la emoción—. Vayámonos antes de descubrir algo

más. ¡Si llegaran a rechazarnos! ¡Oh, Peter! ¡Vayámonos antes que nos encuentren! Por lo menos conservaremos nuestros sueños. Pensaremos por lo menos que podemos volver un día. ¡Si no, no podremos soñar otra vez, no nos quedará ninguna esperanza! —Ocultó la cara en las manos.— Me las arreglaré de algún modo. Prefiero escapar a correr el riesgo de que nos rechacen.

—No —dije poniendo en marcha el motor—. Tenemos tantas posibilidades de que nos reciban como de que nos rechacen. Y si pueden ayudarnos... Dime, ¿qué te pasa hoy? ¿Yo era el que dudaba antes, ¿recuerdas?

Le sonreí a Bethie, pero la tristeza de su rostro pálido me encogió el corazón. Bethie trató de sonreírme.

El camino descendía regularmente, en espiral, a lo largo de la pendiente del cañón, a veces abruptamente. Cuanto más avanzábamos, mejor me sentía, como si yo estuviese cerrando puertas a mis espaldas, y abriéndolas ante mí.

Poco después tropezamos con uno de esos milagros comunes en las regiones montañosas. Las nubes se abrieron de pronto descubriendo el sol de la tarde. Ante nosotros, casi amenazante, se alzó en la lejanía gris una inmensa montaña. Inundadas de luz, las vertientes parecían moverse hacia nosotros. Llovía aún, pero ahora en cortinas de abalorios de plata, y el vívido extremo de un arco

iris derramaba su color sobre árboles y rocas desde un rincón del cielo.

Yo no miraba el camino. Miraba el esplendor y la gloria que se abrían a nuestro alrededor. De pronto Bethie gritó; yo volví los ojos al camino, y de la oscuridad y el alboroto que siguieron sólo recuerdo que pensé entonces en Bethie mientras el otro coche descendía desde las copas de unos árboles y chocaba contra nosotros de costado, a un metro de altura sobre el camino.

Pensé que yo estaba muerto. Temía abrir los ojos, pues sentía que la lluvia me golpeaba los párpados. Y de pronto respiré. Bien, yo estaba vivo. La hoja de un cuchillo me desgarraba el pulmón izquierdo cada vez que yo respiraba.

Luego oí una voz.

—Alabados sean los Poderes. No están demasiado lastimados. ¡Pero oh, Valancy! ¿Qué dirá papá?

Era una voz joven y asustada. —Tú lo has conocido más tiempo que yo —dijo otra voz de muchacha—. Puedes tener alguna idea.

—Nunca tuve un accidente antes, ni siquiera cuando he llevado el coche por el camino en vez de volar.

—Tengo la impresión de que te quedarás en tierra un buen tiempo —replicó la segunda voz—. Pero no es eso lo que me preocupa, Karen. ¿Cómo no supimos que venían? Siempre sentimos a

los Extraños. Teníamos que haber sentido...

—Quod erat demonstratum —dijo la voz-Karen.

—Quod erat demonstratum?

—Sí. Si no los sentimos entonces no son Extraños... —Se oyó el sonido de un aliento retenido y luego: —¿Qué he dicho, Valancy? ¿Te parece...? —Sentí un movimiento que se acercaba a mí y oí en seguida una suave respiración a mi lado. —¿Pueden ser realmente dos más de nosotros? Oh, Valancy, tienen que pertenecer a la segunda generación... son de nuestra edad. ¿Cómo nos encontraron? ¿Quiénes de los Perdidos habrán sido sus padres?

Valancy parecía divertida.

—Son preguntas difíciles de contestar ahora, Karen. Será mejor que veamos qué podemos hacer. Mira, la chica está desesperado.

Un gemido a mi lado terminó con mis disimulos. Traté de sentarme.

—Bethie... —comencé a decir, y todos los cuchillos me atravesaron el pecho. Bethie contestó a mi jadeo con un grito.

Yo tenía abiertos los ojos ahora. Mi pierna era un agónico y ardiente dolor en el fondo más lejano de mi conciencia. Apreté los dientes, pero Bethie se quejó de nuevo.

—¡Ayúdenla, ayúdenla! —les rogué a las dos figuras que se inclinaban sobre nosotros mientras trataba de retener el aliento.

—Pero apenas está lastimada

—dijo Karen—. Un chichón. Algunas cortaduras.

Hice un esfuerzo y me volví hacia un rostro claro y luminoso —el de Valancy— que me miraba con unos ojos profundos, desde muy cerca. Me sequé los labios y tartamudeé tontamente:

—¡Ni siquiera está mojada con toda esta lluvia!

Una sombra de consternación pasó sobre la cara de Valancy. Hubo una pausa mientras ella me miraba intensamente y luego dijo:

—Sus escudos no están activos, Karen. Será mejor que extendamos los nuestros.

—Muy bien, Valancy.

La enojosa humedad sibilante de la lluvia cesó de pronto.

—¿Cómo está la muchacha?

—Debe de haber tenido un shock, o quizá hay algo interno.

Traté de darme vuelta para ver, pero el grito sollozante de Bethie me tendió otra vez de espaldas.

—Ayúdenla —gemí, buscando desesperadamente en mi memoria las palabras de mamá—. Es una... una Sensitiva.

—¿Una Sensitiva? —las dos muchachas se miraron—. ¿Entonces por qué ella no...?

Valancy empezó a decir algo y luego se volvió rápidamente. Me cubrí los ojos con el brazo mientras escuchaba.

—Querida Bethie, atiéndeme.

—La voz era cálida pero imperativa.— Voy a ayudarte. Te mostraré cómo.

Hubo un silencio. Una mano cálida tomó la mía y Karen se arrodilló a mi lado.

—Está entrando en ella —murmuró—. En su mente. Le enseña cómo cerrarse. Es tan simple. ¿Cómo ella no sabía?

Oí una dulce exclamación de asombro de Bethie, que luego dijo:

—¡Oh, gracias, Valancy!

Me alcé sobre un codo. Un fuego me quemaba de la cabeza a los pies, y me incliné sobre Bethie. Bethie me miraba, y en su rostro tranquilo había una felicidad que ninguna sonrisa hubiese podido expresar nunca. Nos miramos. Dos lágrimas nos asomaron a los ojos; luego ella dijo dulcemente:

—Cuéntales ahora, Peter. No podemos ir más lejos hasta que tú les cuentes.

Me acosté otra vez mirando el cielo donde caían aún unas pocas gotas de lluvia, que no llegaban a nosotros. Sentí la tibieza de la mano de Karen y me estremeé. Si nos rechazaban... Pero no podían sacarnos lo que le habían dado a Bethie, aun si... Cerré los ojos y dije rápidamente:

—No somos del Pueblo... no del todo. Papá no era del Pueblo. Somos mestizos.

Hubo un silencio de estupefacción.

—¿Queréis decir que vuestra madre se casó con un Extraño? —Había asombro en la voz de Valancy.— ¿Que tú y Bethie sois...?

—Exactamente —respondí—. Y

papá era el mejor... —me interrumpí sintiendo el borde afilado de mi dolor.— Los dos están muertos ahora. Mamá nos mandó aquí.

—Pero Bethie es una Sensitiva... —reflexionó Valancy.

—Sí, y soy capaz de volar, y desplazar objetos en el aire y aun hacer fuego...

—¡Entonces podemos! —Yo no entendí la emoción de la voz de Valancy—. Entonces... el Pueblo y los Extraños... pero es increíble que vosotros...

Hubo un silencio, y luego Bethie dijo con una voz trémula y asustada:

—¿Nos van a rechazar?

Sentí que el dolor de la voz de Bethie me apretaba el corazón.

—¡Rechazarlos! ¡Oh, mis hermanos, mis hermanos! ¡Claro que no!

Valancy abrazó a Bethie y la mano de Karen se cerró sobre la mía. La tensión que yo había sentido en mí como un nudo apretado se disipó. Bethie y yo estábamos en casa. En seguida Valancy dijo vivamente:

—Bethie, ¿qué le pasa a Peter? Bethie la miró sorprendida.

—¿Cómo sabes su nombre? —En seguida sonrió.— Claro, lo leíste en mí.

Me tocó ligeramente el costado y las piernas.

—Tiene lastimadas cuatro costillas. La pierna izquierda rota. Eso es casi todo. ¿Lo controlo?

—Sí —dijo Valancy—. Te ayudará.

El dolor desapareció, adorme-

cido bajo el calor persuasivo que me invadía mientras Bethie y Valancy entraban dulcemente en mí.

—Bien —dijo Valancy—. Es bueno dar la bienvenida a una Sensitiva. Karen y yo hacemos un poco este trabajo porque somos Videntes. Pero no tenemos una Sensitiva total en nuestro grupo.

—¿Dijiste que sabes levantar cosas inanimadas?

—No sé —dije— no sé los nombres de muchas cosas.

—No hagas ningún esfuerzo ahora. Casi nunca lo hacemos con gente. Pero si te quedas tranquilo, probaremos.

Me envolvieron en nuestras mantas, y poniéndome una mano bajo los hombros y otra bajo los talones me llevaron rápidamente entre los árboles seguidos por

Bethie, tomada de la mano libre de Valancy.

Antes que llegáramos al patio, la puerta se abrió de par en par y una cálida luz dorada se derramó en la oscuridad. Las muchachas se detuvieron un momento en el porche y me dejaron entre las manos de dos hombres. En la pausa silenciosa que precedió a las preguntas y explicaciones sentí que Bethie tomaba aliento, profundamente, y se confundía con el Pueblo como una gota que cae en un río.

Pero cuando la luz se apagó otra vez para mí, mientras mi hambre y mi sed se apaciguaban al fin luego de tanto tiempo, sentí que en mí había algo que no podía disolverse completamente —no, que no quería disolverse— en el seno del Pueblo. ♦

Título original: Gilead. Traducción de J. Valdivieso.

Aviso a los aficionados

Los amigos lectores que deseen comunicarse con otros aficionados al género pueden escribir al Club Argentino de Ficción Científica (Cassilla de Correo 3869, Correo Central, Buenos Aires) y al Club de Fantasía y Ciencia-Ficción (calle 2, Nº 270, depto. 2, La Plata).

“La técnica revaloriza o desvaloriza al hombre —ha escrito el inglés Edmund Crispin en la tercera de sus antologías— poniéndolo en presencia de alguna otra cosa que el hombre domina sólo parcialmente, o no domina de ningún modo. En El planeta Grenville esa otra cosa es una civilización extraña...”

EL PLANETA GRENVILLE

Michael Shaara

WISHER NO VIO LA CLARIDAD PORQUE estaba atrás, solo, descansando tranquilamente en la cámara silenciosa de la nave. Luego de catorce años de trabajo en el centro cartográfico, aun el más raro de los mundos no tenía para él demasiado interés. Prefería pensar en una granja pequeña que había visto hacia poco en las llanuras meridionales de Vega VII.

La claridad que Wisher no veía aumentaba constantemente. El compañero de Wisher, un hombre joven llamado Grenville, la observó largo rato con aire distraído. Cuando la luz se transformó en un resplandor enneguecedor, blanco azulino, Grenville se sobresaltó. Miró fijamente la pantalla un momento, y luego, cuidadosamente, verificó la distancia. Aunque todavía a unos minu-

tos luz, el planeta era excepcionalmente brillante.

Grenville sintió una agradable emoción y miró el planeta que crecía en el cielo. Lentamente aparecieron las lunas. Eran cuatro, y centelleaban sobre el mundo brillante como perlas de un vasto collar. El color azul y la claridad se confundían. Grenville nunca había visto nada tan hermoso. Excitado, hizo funcionar la chicharra eléctrica llamando insistentemente a Wisher. Wisher no apareció.

Grenville mantuvo la velocidad de la nave y pronto sintió verdadero asombro. Que un planeta brillara de esa manera, como la faceta de un enorme diamante pulido, era inexplicable. Ahora, mientras miraba, la luz se plegó en unas nubes. El color azul se hizo más intenso y más profundo.

Antes de traspasar la primera capa de nubes, Grenville comprendió. Golpeó insistentemente la chicharra. Wisher apareció al fin.

—Cuando vio el agua en la pantalla, se detuvo bruscamente.

—No es posible —murmuró.

Excepto unos pocos jirones de nubes, el mundo era enteramente azul. Había unas capas de hielo en los polos, pero el resto era todo azul, y ese resto era agua.

Grenville sonrió mostrando los dientes. ¡Un mundo de agua!

—Un capricho de la naturaleza, realmente —cloqueó—. Uno en un millón, ¿eh, Sam? Apuesto que nunca viste nada parecido.

Wisher meneó la cabeza con los ojos clavados en la pantalla. En seguida se acercó rápidamente a los controles. Volaron alrededor del planeta con un lento movimiento en espiral, de acuerdo con las técnicas del centro cartográfico, explorando con el radar el hemisferio en sombras. Cuando volvieron a la luz del día, estaban ya seguros. No había tierra en el planeta.

Grenville, como de costumbre, se puso a charlar animadamente.

—Bueno, era natural —dijo—. Tenía que ocurrir, tarde o temprano. Si recordamos que en la Tierra la superficie emergida es sólo un cuarto...

—Sí —asintió Wisher.

—... y si examinamos el índice de probabilidades, no era raro que encontrásemos un planeta sin tierra.

Wisher miraba la pantalla.

—Descendamos —dijo. Grenville se sobresaltó y lo miró con asombro.

—¿Dónde?

—Un poco más abajo, simplemente. Quiero ver qué vive en ese océano.

Como todo planeta era un planeta totalmente nuevo, y como la experiencia, por lo tanto, no servía de nada, Wisher había decidido hacía tiempo observar rigurosamente las reglas. Pues sin ellas el trabajo para el centro cartográfico era una trampa mortal, y en ninguna parte del espacio parecían tan necesarias como en esa frontera donde no las había. Eran reglas complejas, eficientes, ideadas para resolver todos los problemas.

Pero inevitable e inalterablemente siempre había cosas imprevisibles. Wisher lo sabía, y prefería no pensarlo.

De acuerdo con el plan previsto descendieron a la estratosfera, entraron en la zona principal de nubes y volaron sobre el planeta a trescientos metros de altura. Allí abajo, el mar extendía sus olas hasta el círculo inmenso y desnudo del horizonte.

Escrutaron el agua con la pantalla aumentada al máximo.

Era sorprendente descubrir tan pocas cosas en aquella vasta extensión marina. Ningún cardumen de peces de ninguna especie, ninguna flotante masa de algas, nada sino una menuda forma fugitiva aquí y allá, y algún

grupo ocasional de minúsculos organismos vegetales.

Wisher descendió un poco más: cincuenta metros. En un mundo donde la evolución había quedado confinada en las profundidades submarinas era mejor mantenerse a distancia. Wisher había visto cosas inmensas e increíbles en otros mundos. Doscientos cincuenta metros es una distancia bastante segura, pensó.

Desde aquella altura descubrieron la isla.

Era pequeña, demasiado pequeña para ser vista desde más lejos: unos ocho kilómetros de largo por tres de ancho. Un pequeño cigarro castaño que flotaba en las aguas verdes y azules del océano.

Grenville esbozó una sonrisa. De pronto se echó a reír. No era un hombre que se desconcertara fácilmente, y la vista de aquella mota desnuda, de aquel extremo de roca que persistía tercaamente en un mundo de agua le parecía algo infinitamente cómico.

—Espera que le mostremos esto a los muchachos —le dijo alegremente a Wisher—. Saca la cámara. Dios, qué película.

Grenville se sentía colmado de orgullo. Al fin y al cabo se le había asignado personalmente este objetivo. Tendría que redactar un informe; era su descubrimiento. Hasta era posible que le diesen su propio nombre.

Enrojeció, y el corazón le latió más rápidamente. Había ocurrido antes. Un cierto número de

planetas secundarios tenía el nombre de gentes del centro cartográfico. Los turistas vendrían aquí a ver el planeta Grenville, una de las maravillas más espectaculares del universo.

Mientras Grenville se abandonaba así a sus sueños, Wisher había dado una media vuelta y sobrevolaba lentamente la isla. Estaba cubierta con una especie de vegetación fibrosa de color castaño verdoso. Wisher sintió la tentación de descender y verificar si había vida animal, pero decidió comprobar ante todo si había alguna otra isla.

Volaron otra vez en espiral alrededor del planeta, siempre a una altura de doscientos cincuenta metros. No vieron la otra isla, pero apareció en el radar.

Era mayor que la primera, y había otra al sur. Las dos tenían la misma forma de cigarro, estrecha y alargada, y la misma vegetación verdosa. Eran bastante pequeñas como para que hubiesen pasado inadvertidas en el primer vuelo, ocultas por las nubes.

El descubrimiento les decepcionó. Grenville hubiese preferido que no hubiera ninguna tierra. Pero recobró el entusiasmo cuando pensó que los turistas podrían aterrizar en algún lado.

No había nada absolutamente en el lado nocturno. Regresaron a la luz del día, y Wisher se decidió a aterrizar prudentemente.

—Peculiar —dijo Wisher mirando las dunas de la playa.

Grenville lo observó a través de la pecera del casco.

—¿Qué cosa?

—No sé.—Wisher se volvió lentamente, y miró alrededor la vegetación rala y espinosa.— Algo no está bien.

Grenville guardó silencio. No había nada peligroso en las islas, estaban seguros. Un examen previo había revelado la presencia de gran número de animalitos cuadrúpedos, pero sólo un tipo era de tamaño mayor que un perro, y éste era lento y ruidoso.

—Hay que tener cuidado con las serpientes —dijo Wisher distraídamente recordando las reglas a propósito de las serpientes y los insectos. Raro, esto último. Había muy pocos insectos.

Los dos hombres no se alejaban mucho de la nave. Era la regla, por supuesto. No dejar la nave hasta sentirse completamente seguro. Wisher, por alguna razón que no podía definir, no se sentía seguro.

—¿Que da el examen del aire?

Grenville estaba leyendo los tableros de mediciones.

—Todo bien —dijo al cabo de un momento.

Wisher, más tranquilo, abrió el casco y respiró profundamente. El aire fresco lo envolvió, reviviéndolo. Destornilló del todo el casco y miró alrededor.

La nave había descendido en la parte más elevada de la playa, a una cierta distancia del mar, y reposaba ahora en una arena blanda y rojiza. Al norte se ex-

tendía el mar abierto, y al sur la vegetación que habían visto desde arriba. No era una selva —los arbustos eran demasiado rectos y tiesos— y los mayores no alcanzaban los tres metros de altura. Pero esta misma rigidez y la regularidad con que estaban dispuestos inquietaban a Wisher.

Ahora, respirando el fresco aire marino, Wisher se sentía más confiado. Tenían sus rifles, tenían la nave y el sistema de alarma. Nada había aquí que pudiese hacerles daño.

Grenville trajo unas sillas plegadas de la nave. Los dos hombres se sentaron y conversaron agradablemente hasta que el sol se puso.

Poco antes aparecieron dos de las lunas.

—Lunas —dijo Wisher de pronto.

—¿Qué?

—Pensaba, nada más —dijo Wisher.

—¿En las lunas?

—No exactamente en ellas. Pensaba en la marea. Cuatro lunas de buen tamaño en conjunción pueden provocar una marea de todos los diablos.

Grenville se recostó en su silla, cerrando los ojos.

—¿Y?

—Y por eso quizá han desaparecido los continentes.

Grenville estaba demasiado ocupado, deleitándose en su propia gloria de descubridor del planeta Grenville, para que le preocupasen mareas y lunas.

—Deja que los técnicos se rompan la cabeza —dijo sin interés.

Pero Wisher siguió pensando.

La marea podía ser muy bien la causa. Cuando las cuatro lunas se reunían en el cielo, levantarían sin duda una tremenda masa de agua, con un poder de fricción que destruiría los bordes continentales como ninguna otra fuerza erosiva en todo el universo. Y luego de mil millones de años... Pero Wisher recordó de pronto una cosa peculiar a propósito de la isla.

Si las mareas habían destruido los continentes del planeta, entonces estas islas no tenían por qué estar ahí, ciertamente no como arena y piedras sueltas. Una sola marea levantada por las cuatro lunas bastaría para barrer completamente las islas. Bueno, quizá, pensó, entre una marea y otra hay un intervalo de siglos.

Miró aprensivamente el cielo. Las dos lunas visibles se mantenían apartadas.

Se volvió entonces hacia el mar y recordó de pronto el primer pensamiento que le había despertado este planeta: la incómoda impresión que se había disipado cuando descubrieron la primera isla. La sintió otra vez.

Evolución.

Mil millones de años bajo el mar, y ninguna tierra firme para acoger a los primeros mamíferos.

¿Qué ocurría ahora, en este mismo momento, mientras miraba, bajo las plácidas ondulaciones del mar?

Era un pensamiento perturbador. Cuando regresaron de noche a la nave, Wisher no tuvo que recordar las reglas para cerrar las esclusas neumáticas y orientar las pantallas de alarma.

La alarma que llegó en medio de la noche, aterrizando a Wisher, fue provocada por un animal común. Era un miembro de la especie más voluminosa; una extraña criatura de cuerpo delgado y sedoso. Se alejó antes que llegaran a verlo, pero las cámaras lo fotografiaron.

Wisher tardó en conciliar otra vez el sueño, y a la mañana pensó seriamente, aunque no le dijo nada a Grenville, en partir para el último astro del que debían trazar el mapa antes de retornar a la base. Pero de acuerdo con las reglas había que recoger ejemplares vivos de todos los mundos habitados, mientras fuese posible, mientras no hubiese "amenaza de riesgo". Bueno, aquí era posible. Tenían que quedarse el tiempo suficiente como para recolectar muestras de plantas y animales, y también de vida marina.

Grenville tenía tantos deseos de volver como Wisher, pero por diferentes razones. Grenville, pensaba Grenville, era ahora un hombre famoso.

A la mañana temprano, pues, se elevaron con la nave y dieron otra vuelta en espiral al planeta. Una vez que el radar cartográfico hubo registrado la forma, las dimensiones y la ubicación de las

islas, volaron a baja altura en busca de huellas de vida animal.

Descubrieron, como antes, muy poco. Las criaturas de pelo duro y —como había previsto Wisher— gran cantidad de serpientes y lagartos. Observaron en cambio muy pocos peces, y ningún pájaro.

Luego volvieron a posarse en la primera isla. Grenville ya le había encontrado un nombre. Como había otra isla cerca, al sur, Grenville la llamó Surgrenville. La primera era, por supuesto, Norgrenville. Grenville rió entre dientes largo rato.

—No te acerques demasiado al agua, Grenville.

—Muy bien, mamá —dijo Grenville con una voz aflautada, sonriendo—. Exploraré los bordes de la vegetación.

—Deja el rifle, lleva la pistola. Es más fácil de manejar.

Grenville asintió y se fue, arrastrando el saco de muestras. Wisher se volvió murmurando hacia el agua.

No es natural, pensó, que en un océano tan vasto haya tan poca vida. Pues la vida, realmente, comienza en los océanos. Imaginó ejércitos de criaturas barrosas, malvadas, increíbles, que vivían en el mar y que eran la causa de la sorprendente esterilidad del agua. Se acercó a la orilla muy prudentemente.

Lo primero que advirtió, con un estremecimiento, fue que no había crustáceos.

Ni cangrejos, ni caracoles, ni

almejas, ni el más minúsculo de los seres marinos. Nada. La playa era una extensión arenosa, desnuda y muerta.

Se detuvo, inmóvil, a unos pocos metros de las olas. Estaba casi convencido ahora de que había peligro allí. Todas las costas de los mares cálidos que había visto en su vida, desde la Tierra hasta Deneb, habían estado absolutamente colmadas de vida y de restos de vida. Siempre había allí caparzones y escamas de pescado, y caracoles, y lombrices, insectos, medusas, tentáculos, minucias de cien millones de especies, amontonados en cada centímetro cuadrado de playa y mar. Y aquí, ahora, no había nada. Sólo arena y agua.

Wisher necesitó armarse de coraje para acercarse a aquellas olas, aunque el agua no era muy profunda. Recogió rápidamente una muestra de agua y corrió de vuelta a la nave.

Minutos más tarde estaba tendido a la sombra de la nave, contemplando pensativamente el mar. El agua era agua terrestre; por lo menos eso informaban los instrumentos. Pero no contenía mucha vida.

Cuando Grenville regresó con las muestras florales, Wisher mencionó serenamente la ausencia de crustáceos.

—Bueno, demonios —dijo Grenville rascándose la cabeza—, quizá no les gusta este sitio.

Y quizá tienen razón, se dijo Wisher.

—La computadora —añadió en voz alta— acaba de calcular las órbitas de esas lunas.

—¿Y?

—Hay una cuádruple conjunción lunar cada ciento doce años. La marea sube entonces veinte metros.

Grenville no entendió.

—La marea —dijo Wisher sonriendo de un modo raro— es entonces quince metros más alta que cualquiera de las islas.

Grenville abrió los ojos, perplejo. Wisher gruñó y pateó la arena.

—¿De dónde diablos piensas que vienen los animales?

—Tienen que ahogarse —dijo Grenville lentamente.

—Exactamente. Si no son anfibia, y no lo son. O quizá es posible también que aparezca una nueva especie cada cien años.

—Hum. —Grenville se sentó y pensó un rato.— Es inconcebible —dijo al fin.

Grenville se había quedado sin habla. Wisher se volvió y caminó lentamente por la arena. La arena, pensó distraídamente, es otro enigma. ¿Para qué diablos está esta isla aquí?

Una isla artificial.

La frase le brotó espontáneamente.

Así debía de ser. Así tenía que ser.

La isla era artificial, había sido... construida. Construida por las criaturas que vivían en el mar, quienesquiera que ellas fueran.

Grenville estaba preparado para ir. De pie, intranquilo, miraba las islas, con los dedos crispados nerviosamente en el revólver que llevaba en el cinturón, esperando que Wisher hiciera la señal.

Wisher se apoyó contra la nave, convenientemente cerca de la esclusa. Lamentaba perturbar a Grenville.

—No podemos irnos todavía —dijo serenamente—. No tenemos ninguna prueba. Y además no hay todavía ninguna "manifestación de peligro".

—Las pruebas son suficientes para mí —dijo Grenville con rapidez.

Wisher asintió distraídamente. —Es fácil entenderlo. La evolución continúa sin interrupción, adaptándose y cambiando como en cualquier otro lugar del universo. Sólo que aquí, cuando los mamíferos salen del mar, no tienen espacio para expandirse. Y son barridos por el mar cada cien años, cuando suben las mareas. Pero la evolución no se detiene. Continúa bajo el mar. Eventualmente produce una raza inteligente.

"Dios sabe qué son, o hasta qué punto han progresado. Tienen que ser muy evolucionados, o no hubiesen podido hacer algo como esto..."

Wisher se interrumpió comprendiendo que la construcción de la isla no era una clave. Los egipcios habían construido en la Tierra las pirámides: ciertamente

an trabajo mucho más difícil. No podía conocerse el grado de evolución de esta raza. O qué era la isla.

¿Un zoológico?

No. Estaba confundíndose. Si las criaturas del mar hubiesen deseado un zoológico, lo habrían construido naturalmente bajo la superficie del mar, donde ellas mismas podían moverse con facilidad y donde los animales podían conservarse en compartimientos de aire. Y si era un zoológico, nadie venía a visitarlo.

Esto era también sorprendente. ¿Por qué no venía nadie? Era increíble que una isla semejante estuviese siempre sola, que nadie hubiera advertido la llegada de la nave.

Y aquí los pensamientos se le interrumpieron otra vez. No podían ser sólo peces, aquellas criaturas. Necesitaban... manos. O tentáculos. Imaginó algo parecido a un calamar inteligente y sintió un escalofrío.

Se volvió hacia Grenville.

—¿Capturaste animales?

Grenville meneó la cabeza.

—No, sólo plantas. Y un pequeño lagarto.

La cara de Wisher, arrugada por años de reflexión vigilante, mostró por vez primera su agitación.

—Tenemos que conseguir una de esas bestias que hicieron sonar la alarma la otra noche. Pero al diablo con el resto. —Entró rápidamente en la esclusa arrastrando el saco de muestras.— Prepararé

la partida. Tú atrapa ese animal.

Grenville dio automáticamente media vuelta y se alejó por la playa.

Nunca regresó.

Al cabo de tres horas, luego de la partida de Grenville, Wisher fue al arsenal y sacó un rifle pesado. Lamentó amargamente no tener un bote de reconocimiento. No podía ir en la nave. Era demasiado grande y poco manuable para vuelos lentos a baja altura, y no podía correr el riesgo de un accidente.

Estaba trasgrediendo las reglas, por supuesto. Grenville no había regresado y tenía que ser dado por muerto y él, Wisher, tenía que partir solo. Una fuerza especial volvería en busca de Grenville, o lo que quedara de él.

Wisher sabía todo esto. Lo pensó mientras cargaba el rifle. Recordó que había jurado no recordarse jamás de las reglas, y siguió cargando el rifle. Se dijo a sí mismo que no correría riesgos inútiles y que si no encontraba a Grenville en seguida, regresaría y partiría sin esperar más; pero no olvidaba que estaba trasgrediendo las reglas. Sabía al mismo tiempo, que no podía hacer otra cosa. Esta era la única regla con la que nunca se había enfrentado antes, y la que quebraría siempre. Por Grenville o por cualquier otro. Por un cabeza hueca como Grenville o por cualquier otro.

Antes de partir tomó las pre-

cauciones de rutina en la nave. Dispuso las pantallas de alarma para que destruyeran cualquier cosa que se moviese a cincuenta metros. Si Grenville volvía antes, no ocurriría nada, pues la alarma dejaría de funcionar cuando registrase su voz o la de Grenville. Si Grenville regresaba y no lo veía, comprendería que la alarma estaba funcionando.

Y si ninguno de los dos regresaba, la nave se destruiría a sí misma.

La playa estaba desierta y se curvaba hasta perderse de vista. Era fácil seguir las huellas de Grenville. Los tallos tiesos de las plantas oscuras crujían y se estremecían en el viento. Wisher caminaba por las huellas de Grenville. Tenía ganas de llamarlo, pero se contenía. Ningún ruido. No tenía que hacer ruido.

Esta es la última aventura, se dijo. Después me iré a casa.

Las huellas giraron bruscamente y se internaron en la extraña floresta. Wisher se adelantó unos metros hasta un espacio relativamente claro. Dio media vuelta, pisando cuidadosamente, evitando el sitio donde había entrado Grenville. Los tallos de alrededor eran húmedos y estériles. No vio nada. Pero de pronto, en el aire tranquilo, hubo una ruidosa explosión.

La explosión se extendió y Wisher tembló espasmódicamente. La nave. Algo se había acercado a la nave. Quería echar a correr, en seguida, pero se quedó allí, inmó-

vil, con el fusil preparado, sabiendo que la nave se cuidaría a sí misma. Y luego dio lentamente un paso adelante. Y cayó.

Cayó a través de una blanda alfombra de arbustos, en un agujero. Se oyó un seco crujido y Wisher sintió que unas mandíbulas metálicas le apretaban las piernas, desgarrando la carne y rompiendo los huesos. Supo en un relámpago, en un estallido de terror helado, dónde había caído. En una trampa para animales.

Extendió el brazo para tomar el fusil, pero no pudo alcanzarlo. Estaba caído en el suelo del bosque, a treinta centímetros de su mano. Las piernas, las piernas... trató de moverse y sintió un terrible dolor.

El dolor le estalló en la mente y lo despertó. Sacó la pistola del cinturón, y sumergido en un mar de dolor, sostenido tiesamente por la trampa, esperó. No tenía miedo. Había quebrado las reglas, y había ocurrido esto, y él lo había previsto. Esperó.

Nada vino.

¿Por qué? ¿Por qué?

Esto también le había ocurrido a Grenville. ¿Por qué?

Le había ocurrido a él ahora, y durante un momento no pudo entender por qué no se sentía preocupado y sí sólo curioso. En seguida miró el fondo del pozo y vio la mancha roja de su propia sangre, y mientras miraba, la sangre burbujeó, y supo que él se estaba muriendo.

Había poco tiempo. Pero tenía

esperanzas. Algo llegaría al fin y él sabría entonces quiénes eran aquellas criaturas. Necesitaba terriblemente que alguien llegase. En la niebla roja que era ahora su mente, se preguntó si tendría que disparar o no cuando aquello llegase, y una y otra vez se preguntó por qué y por qué. Wisher murió, infortunadamente, antes que algo llegase.

Las trampas habían sido cavadas durante la noche. Habían venido del océano para cavar en la reserva —pues la isla era una reserva, y no podía ser otra cosa—, y luego habían vuelto al océano, a esperar.

Pues habían visto la nave desde el principio, y habían entendido su propósito. Las mejores mentes del mar se habían reunido y habían trazado sus planes; las criaturas enormes, parecidas a mantas, de nombre impronunciable, pero que habían alcanzado un nivel tecnológico no muy alejado del de la Tierra, se habían consultado y habían entendido en seguida. Era necesario que capturaran la nave. Por lo tanto los terrestres tenían que ser separados de la nave, y por eso había muerto Wisher.

Pero ahora las criaturas asombradas descubría que la nave estaba todavía viva. Se alzaba solitaria y silenciosa en la playa blanca, y en su interior algo continuaba latiendo regularmente,

emitiendo chispas, y cerca, en la arena ensangrentada, estaban los restos de uno que se había acercado demasiado. Los otros, aterrorizados, habían huido.

El tiempo tenía poca importancia para aquellos seres inteligentes, parecidos a calamares. De algún modo creían haber ganado la batalla, y ahora podían esperar y reflexionar. El día pasó y llegó la tarde, y las olas —las olas asépticas y estériles que eran ellas mismas un signo de la mayor de todas las civilizaciones oceánicas— se quebraron en la playa en una espuma blanca. Las criaturas sintieron un nuevo entusiasmo. El espacio abría sus puertas.

En el interior de la nave, por supuesto, continuaban los latidos y una manecilla roja se movía hacia el cero.

Pocos instantes más tarde la nave estallaría, y con ella la isla y una parte del fondo del mar. Pero las criaturas no lo sabían. Se encontraban ante un hecho extraño, un hecho que no podían entender. Así como Wisher no había entendido la naturaleza del planeta, estas criaturas no podían conocer la naturaleza de la nave, y el círculo se cerraba sobre sí mismo. Segundo a segundo, con la lealtad mecánica de la máquina, la manecilla roja continuaba avanzando.

Las olas en la playa eran espumas y blancas.

La multitud crecía. ♦

Jim Mayo (ex luchador profesional, ex barman y aficionado a la TV) y Linda Nielsen (ex empleada de una agencia de publicidad y aficionada a la decoración hogareña) eran quizá seres normales en el mundo habitado. En un mundo desierto son un Adán que no se afana y una Eva que no hila y revelan que antes, quizá, estaban (o estábamos) locos. El descubrimiento del significado de la Catástrofe desvanece para siempre esta reductio ab absurdam.

ANTES LA VIDA ERA DISTINTA

Alfred Bester

LA MUCHACHA QUE MANEJABA EL jeep era rubia, de tipo nórdico, de piel bronceada, y se había recogido el pelo en "cola de caballo"; un caballo de cola muy larga. Llevaba unos *blue-jeans* estrepeados, un par de sandalias, y nada más. El jeep salió de la Quinta Avenida y subió a los tumbos la ancha escalinata de la biblioteca.

La muchacha bajó del jeep, y ya iba a entrar en la biblioteca cuando algo le llamó la atención en la acera de enfrente. Miró un momento, echó un vistazo a sus *blue-jeans* e hizo una mueca. Se los quitó, y los arrojó hacia las palomas que se arrullaban y cortejaban eternamente en la escalinata de la biblioteca, y que escaparon ruidosamente asustadas. La mu-

chacha bajó corriendo a la Quinta Avenida, cruzó y se quedó mirando el escaparate que exhibía un vestido de lana color ciruela, de cintura alta, falda amplia, y no demasiado apollillado. Precio: setenta y nueve dólares con cincuenta.

La muchacha buscó entre los viejos automóviles arrumbados en la avenida hasta encontrar un paragolpes suelto. Hizo trizas la puerta de vidrio de la tienda, se escurrió cuidadosamente por la abertura y se puso a revisar la polvorienta ropa colgada en las perchas. Era corpulenta y tardó en encontrar algo que le quedara bien. Al fin abandonó el vestido color ciruela y se decidió por uno de tela escocesa, oscura, talle 12, ciento veinte dólares, re-

bajado a noventa y nueve con noventa. Encontró un libro de cuentas, le sopló el polvo y escribió cuidadosamente: *Debo 99.90 dls. Linda Nielsen.*

Regresó a la biblioteca y cruzó la puerta principal, que había tardado una semana en demoler. Atravesó corriendo el gran vestíbulo, ensuciado durante cinco años por las palomas que anidaban allí. Mientras corría, se tapaba la cabeza con los brazos, para protegerse el pelo contra las descargas de las aves. Subió por la escalera hasta el tercer piso y entró en la Sala de Estampas. Como siempre, firmó el registro: *Fecha: 20 de junio de 1981. Nombre: Linda Nielsen. Dirección: Lago de los Barquitos de Juguete, Central Park. Ocupación o empresa: Último hombre sobre la Tierra.*

La primera vez que había entrado en la biblioteca, había dudado mucho antes de poner algo en el rubro *Ocupación o empresa*. En sentido estricto, era la última mujer sobre la Tierra, pero había sentido que si escribía eso parecería chauvinista; y "última persona sobre la Tierra", parecía pedante, como decir brebaje en vez de bebida.

Bajó varias carpetas de los estantes y las hojeó un rato. Sabía bien lo que quería: algo cálido, con tonos azules, y de cincuenta por ochenta centímetros. Para su dormitorio. En una inapreciable colección de estampas de Hiroshige, encontró un hermoso paisa-

je. Llenó un formulario, lo dejó cuidadosamente sobre el escritorio de la bibliotecaria, y se fue con la estampa.

Llegó a la planta baja, se detuvo en la sala general, firmó el registro, fue a los anaqueles del fondo y sacó dos gramáticas italianas y un diccionario italiano. Regresó al jeep y dejó los libros y la estampa en el asiento delantero junto a una exquisita muñeca de porcelana de Dresden. Luego recogió un papel con la siguiente anotación:

*Estampa japonesa
Italiano
Marco 50 x 80
Sopa de langosta
Limpiametales
Detergente
Lustramueb.
Estropajo*

Tachó los dos primeros renglones, dejó nuevamente la lista en la guantera, y trepó al jeep que bajó, sacudiéndose, los escalones de la biblioteca. Entró en la quinta Avenida, zigzagueando entre las ruinas. Al pasar ante los restos de la catedral de San Patricio, en la calle 50, un hombre salió de la nada.

Apareció entre los escombros y sin mirar a la derecha ni a la izquierda, cruzó la avenida, justo frente a la muchacha. Linda dio un grito, apretó la bocina, que permaneció muda, y frenó tan bruscamente que el jeep patinó y fue a chocar contra los vestigios

de un ómnibus número 3. El hombre soltó un chillido, dio un salto de tres metros, y se quedó inmóvil, mirándola.

—¡Papanatas! —le gritó la muchacha—. ¿No ve dónde camina? ¿O se cree dueño de la ciudad?

El hombre tartamudeó algo. Era alto, de pelo abundante y gris, barba roja y piel curtida. Llevaba un uniforme de fajina del ejército, pesados botines de esquiador, una hinchada mochila de lona, y una manta. Empuñaba una maltrecha escopeta de caza, y tenía los bolsillos llenos de cosas. Parecía un explorador.

—¡Santo Dios! —murmuró el hombre con voz ronca—. ¡Alguien, al fin! Yo sabía. Siempre supe que iba a encontrarme con alguien. —Se interrumpió al descubrir la larga cabellera rubia de la muchacha. — Una mujer —murmuró—. ¡Tenía que tocar me una mujer! ¡Roñosa suerte!

—¿Qué le pasa? ¿Está chiflado? —preguntó la joven—. ¿No le enseñaron a no cruzar con luz roja?

El hombre miró alrededor, sorprendido.

—¿Qué luz roja?

—Está bien, no hay luces, pero ¿no sabe mirar por dónde va?

—Lo siento, señorita. Para decirle la verdad, no esperaba que hubiese tránsito aquí.

—Es una simple cuestión de sentido común —protestó la muchacha, retrocediendo con el jeep.

—Eh, señorita, espere un momento.

—¿Sí?

—¿Usted sabe algo de TV? Electrónica, o cómo le digan...

—¿Se está haciendo el gracioso? —No, le pregunto en serio. De veras.

La muchacha resopló e intentó seguir su camino por la Quinta Avenida, pero el hombre no se quitaba del medio.

—Por favor, señorita —insistió—. Tengo mis motivos para preguntarle. ¿Sabe algo?

—No.

—¡Maldición! Nunca me dan una ayuda. Señorita, perdóneme, pero, ¿hay alguien aquí?

—Nadie, salvo yo. Soy el último hombre sobre la tierra.

—Curioso. Siempre pensé que el último hombre era yo.

—Bueno, entonces soy la última mujer sobre la tierra.

El hombre movió la cabeza de un lado a otro.

—Tiene que haber alguien más. Tiene que haber. Es una cuestión de lógica. En el sur, ¿no cree usted? Yo soy de New Haven, y pensé que si iba al sur, donde hace más calor, encontraría a algunos. Tengo que preguntarle algo.

—¿Preguntar qué?

—Oh, una mujer no entendería. No se ofenda.

—Pues, si quiere ir al sur, está caminando al revés.

—Ese es el sur, ¿no? —dijo el hombre señalando la Quinta Avenida.

—Sí, pero llegará a un callejón sin salida. Manhattan es una isla. Tiene que alejarse del centro de

la ciudad, y cruzar a Jersey por el puente George Washington.

—¿Dónde queda eso?

—Camine por la Quinta Avenida hasta Cathedral Parkway. Luego vaya hacia el West Side y finalmente a Riverside. No puede perderse. —El hombre la miró desconcertado. —¿Forastero?

El hombre asintió.

—Oh, está bien —dijo la muchacha—. Suba. Yo lo llevaré.

Trasladó los libros y la muñeca de porcelana al asiento trasero y el hombre se sentó a su lado. El jeep se puso en marcha. La muchacha observó aquellos gastados botines de esquiador.

—¿Anda a pie?

—Sí.

—¿Por qué no en automóvil? Gasolina y aceite no faltan.

—No sé manejar —repuso el hombre, desalentado—. Es el drama de mi vida.

Suspiró, y la mochila golpeó pesadamente el hombro de la muchacha, que lo observaba de reojo. El hombre tenía un tórax macizo, espalda larga y ancha, piernas vigorosas. Las manos eran grandes y duras, y el cuello musculoso. Linda reflexionó un instante, movió la cabeza de arriba abajo, como aprobando una íntima decisión, y detuvo el jeep.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el hombre—. ¿Se paró el motor?

—¿Cómo se llama usted?

—Mayo. Jim Mayo.

—Yo soy Linda Nielsen.

—Ajá. Mucho gusto. ¿Por qué no anda el motor?

—Jim, quiero proponerle algo. —¿Sí? —Jim Mayo la miró con expresión dubitativa.— Me agradaría escucharla, señorita, quiero decir, Linda, pero debo decirle que tengo una idea en la cabeza que va a mantenerme ocupado mucho tiempo...

La voz se le apagó mientras apartaba los ojos de la intensa mirada de Linda.

—Jim, si usted hace algo por mí, yo haré algo por usted.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, por las noches me siento terriblemente sola. De día no es tan malo, siempre hay cosas que hacer, pero de noche es simplemente espantoso.

—Sí, ya sé —murmuró Mayo.

—Hay que hacer algo.

—Pero, ¿yo qué tengo que ver? —preguntó Jim, nervioso.

—¿Por qué no se queda un tiempo en Nueva York? Le enseñaré a manejar, y no tendrá que ir al sur a pie.

—Bueno, es una idea. ¿Es difícil, manejar?

—Podría enseñarle en un par de días.

—No aprendo tan rápido.

—Está bien, un par de semanas, pero piense en el tiempo que ahorrará a la larga.

—Caramba —dijo Mayo—, me parece espléndido. —Apartó otra vez los ojos.— Pero ¿qué tengo que hacer por usted?

La excitación iluminó el rostro de Linda.

—Jim, quiero que me ayude a mudar un piano.

—¿Un piano? ¿Qué piano? —Un Steinway de palo de rosa que hay en la calle 57. Me muero de ganas de tenerlo en casa. La sala pide a gritos una cosa así.

—Oh, quiere decir que está amueblando su casa, ¿eh?

—Sí, pero además me gustaría tocar el piano después de la cena. Una no puede pasarse el tiempo escuchando discos. Ya tengo todo planeado: libros para aprender a tocar, y libros para aprender a afinar... Lo he resuelto todo, salvo la manera de trasladar el piano.

—Sí, pero... La ciudad está llena de casas que tienen piano —dijo Jim—. Debe de haber centenares. Es lógico. ¿Por qué no vive en una de esas?

—¡Jamás! Estoy enamorada de mi casa. Me he pasado cinco años decorándola, y es hermosa. Además, está el problema del agua.

Jim asintió con un movimiento de cabeza.

—El agua siempre es un problema. ¿Cómo se las arregla?

—Vivo en Central Park, donde guardaban los veleros. Frente al lago. Es un sitio encantador, y ya he resuelto todos los problemas. Juntos podríamos llevar el piano, Jim. No sería difícil.

—Bueno, yo no sé, Lena...

—Linda.

—Perdón. Linda. Yo...

—Parece bastante fuerte. ¿Qué hacía, antes?

—Era un luchador profesional.

—¡Ah! Yo sabía que era fuerte.

—Oh, ya no soy más un lucha-

dor. Me convertí en el dueño de un restaurante: "El Golpe de Llave", en New Haven. ¿Lo conoce?

—No.

—Era bastante famoso entre el elemento deportivo. ¿Y usted qué hacía?

—Encuestas para la BBDO.

—¿Y eso qué es?

—Una agencia de publicidad —explicó Linda, impaciente—. Pero de eso podemos hablar después, si se queda aquí. Y yo le enseñaré a manejar, y podemos mudar el piano, y hay algunas otras cosas que... pero eso más tarde. Después podrá irse al sur en su propio automóvil.

—Caramba, Linda, yo no sé si...

Linda le tomó las manos.

—Vamos, Jim, sea bueno. Puede quedarse conmigo. Soy una maravillosa cocinera, y tengo un hermoso cuarto de huéspedes...

—¿Para qué? Quiero decir, si usted pensaba que era el último hombre sobre la tierra...

—No entiende. Una casa verdadera necesita un cuarto de huéspedes. Le gustará mi casa. Convertí los parques en una granja y en jardines, y puede usted nadar en el lago, y le conseguiremos un Jaguar nuevo... He visto uno que es una hermosura.

—Me parece que preferiría un Cadillac.

—Puede elegir el que quiera. ¿Qué dice, Jim? ¿De acuerdo?

—Está bien, Linda —murmuró Jim Mayo, de mala gana—. De acuerdo.

Era, en verdad, una hermosa casa, con su tejado de pagoda; el tiempo había dado una pátina verde a las planchas de cobre. Las paredes eran de piedra y había profundas ventanas embudidas. Frente a la casa el lago ovalado y azul centelleaba a la suave luz del sol, y bandadas de patos chapoteaban y graznaban animadamente. El césped que rodeaba el lago se escalonaba en terrazas cultivadas. La casa miraba al oeste, y el Central Park se extendía a lo lejos, como una heredad baldía.

Mayo miró anhelosamente el lago.

—Faltan los veleros.

—La casa estaba llena de veleros cuando yo me mudé —dijo Linda.

—Siempre quise un velero de juguete, un modelo, cuando era chico. Una vez...

Se interrumpió. De alguna parte llegó un poderoso estruendo: una serie irregular de martillazos, como un ruido de piedras arastradas por el agua.

—Eh, ¿qué fue eso? —preguntó Jim.

Linda se encogió de hombros.

—No estoy segura. Creo que la ciudad se cae a pedazos. De tanto en tanto uno ve edificios que se derrumban. Se acostumbrará. —Linda se entusiasmó otra vez.— Vamos adentro. Quiero mostrarle todo.

Linda desbordante de orgullo, confundió a Jim enumerándole una serie de minucias de decora-

ción. Jim quedó impresionado por la sala victoriana, el dormitorio Imperio, y la cocina de estilo rural, con hornallas de kerosene. La sala de huéspedes, colonial, de cama con baldaquín, alfombra tejida y lámpara Tole, preocupó a Jim.

—Todo esto es bastante femenino, ¿no?

—Naturalmente. Soy una muchacha.

—Sí. Claro... Lo que quiero decir... —Mayo miró indeciso a su alrededor.— Bueno, un hombre está acostumbrado a cosas menos delicadas.

—No se preocupe. La cama es bastante fuerte. Pero recuerde, Jim. No hay que poner los pies sobre la colcha. Retírela de noche. Si tiene los zapatos sucios, se los quita antes de entrar. Saqué la alfombra del museo, y no quiero que se arruine. ¿Tiene ropa?

—La puesta.

—Mañana le conseguiremos otra. La que lleva está tan sucia, que no vale la pena lavarla.

—Escuche —dijo Jim, desesperado—. Me parece que acamparé en el parque.

—Pero, ¿por qué diablos?

—Bueno, estoy más acostumbrado a eso que a vivir en casas, Linda. Pero no tenga miedo. Estaré cerca si usted me necesita.

—¿Por qué habría de necesitarlo?

—Bastará con que grite.

—Qué absurdo —dijo Linda con voz firme—. Es usted mi invitado y se queda aquí. Ahora, lávese

un poco mientras preparo la cena. Oh, maldición, olvidé la sopa de langosta.

Linda sirvió una cena de conservas en exquisita porcelana Fornisetti, con platería sueca. Fue una cena típicamente femenina, que dejó a Mayo con hambre, aunque era demasiado cortés para decirlo. Por otra parte, estaba demasiado cansado para inventar una excusa y salir en busca de un alimento más sustancial. Se fue pesadamente a la cama, acordándose de sacarse los zapatos, pero no de retirar la colcha.

A la mañana siguiente lo despertaron unos graznidos y aleteos sonoros. Se levantó y acudió a la ventana y vio cómo los patos eran desalojados del lago por una especie de globo rojo. Cuando se le aclaró la vista, advirtió que el globo era en realidad un gorro de baño. Salió de la casa y fue hacia el lago bostezando y despeprezándose. Linda lanzó un alegre grito y nadó hacia él. Cuando salió del lago, Mayo descubrió que lo único que ella llevaba puesto era el gorro de baño. Retrocedió un paso para evitar las salpicaduras.

—Buenos días, Jim —dijo Linda—. ¿Durmió bien?

—Buen día —dijo Mayo—. No sé. Esa cama me acalambó la espalda. Eh, el agua tiene que estar helada. Se le ha puesto la piel de gallina.

—No, está espléndida. —Linda se sacó la gorra, soltándose el pelo.— ¿Dónde está la toalla? Ah,

aquí. ¿Por qué no se baña, Jim? Se sentirá como nuevo.

—No me gusta el agua fría.

—No sea mariguata.

Un trueno desgarró la quietud matinal. Mayo alzó la vista, azorado, hacia el cielo claro.

—¿Qué diablos fue eso?

—Mire —dijo Linda.

—Pareció el trueno de un avión supersónico.

—Allá —dijo Linda señalando el oeste—. ¿Ve?

Uno de los rascacielos del Westside se desmoronaba majestuosamente, lanzando a su alrededor grandes masas de ladrillo y cemento. Los perfiles verticales del coloso ondulaban y se contorsionaban. Momentos más tarde, oyeron el pavoroso ruido de la caída.

—¡Hombre, qué espectáculo! —murmuró Mayo, impresionado.

—Ruina y caída del imperio de la ciudad. Se acostumbrará, Jim. Ahora, una zambullida. Le traeré una toalla.

Linda entró corriendo en la casa. Mayo se quitó los shorts y los calcetines, pero cuando Linda volvió con una enorme toalla, él estaba aún al borde del lago, remojándose el dedo gordo del pie, con expresión de desdicha.

—Está espantosamente fría, Linda —se quejó.

—¿No tomaba duchas frías, cuando era luchador?

—¿Yo? Jamás. Siempre agua hirviendo.

—Jim, de ese modo, no se meterá nunca. ¿Qué es eso que tiene en la cintura, un tatuaje?

—¿Qué? Ah, esto. Una pitón, a cinco colores. Da toda la vuelta, ¿ve? —Mayo se volvió orgulloso.— Me la hicieron en Saigón, cuando estuve con la infantería de marina, allá por el sesenta y cuatro. Es una pitón oriental. Elegante, ¿no?

—¿Le dolió?

—No, realmente. Aunque algunos jactanciosos dicen que tatuarse es una especie de tortura china. Pica, nada más.

—¿Era infante en el sesenta y cuatro?

—Sí.

—¿Qué edad tenía?

—Veinte.

—¿Y ahora tiene treinta y siete? —Treinta y seis, voy para treinta y siete.

—Canas prematuras, ¿no?

—Supongo que sí.

Linda lo contempló, pensativa.

—Si entra en el agua, no se moje la cabeza.

Corrió nuevamente hacia la casa. Mayo, avergonzado de su vacilación, se obligó a saltar al lago. Estaba de pie, con el agua hasta el pecho, remojándose la cara y los hombros, cuando volvió Linda con un taburete, unas tijeras y un peine.

—¿No está maravillosa? —gritó.

—No.

Linda se echó a reír.

—Bueno. Salga, entonces. Le voy a cortar el pelo.

Mayo se encaramó al borde del lago, se secó, y se sentó obedientemente en el taburete, mientras Linda le cortaba el pelo.

—La barba también —insistió Linda—. Quiero ver qué aspecto tiene realmente.

Le recortó la barba, lo miró un rato, y asintió, satisfecha.

—Muy buen mozo.

—Oh, por favor —dijo Mayo, sonrojándose.

—Hay agua caliente en la cocina. Aféitese. No se moleste en vestirse. Después del desayuno buscaremos ropa nueva, y luego, el piano.

—No puedo andar desnudo por la calle —dijo Mayo, escandalizado.

—No sea tonto. ¿Quién lo verá? Vamos, de prisa.

Fueron con el jeep hasta las grandes tiendas Abercrombie & Fitch en la esquina de Madison y 45. Mayo iba pudorosamente envuelto en su toalla. Linda le explicó que había sido cliente de la casa durante años, y le mostró la pila de facturas que había acumulado. Mayo las examinó con curiosidad mientras Linda le tomaba las medidas e iba en busca de ropa. Cuando Linda volvió con los brazos cargados, Mayo parecía indignado.

—Jim, le he conseguido unos hermosos mocasines de alce, un traje Safari, medias de lana y camisas Shipboard, y...

—Un momento —dijo Mayo—. ¿Sabe a cuánto sube la cuenta? A casi cuatrocientos dólares.

—¿De veras? Póngase los calcetillos. Son de sedado instantáneo.

—¡Pero usted está local! Para qué quería toda esa morralla?

—¿No le quedarán chicos los calcetines? ¿Qué morralla? Necesitaba lo que compré.

—¿Ah sí? Por ejemplo... —Mayo hojeó las facturas firmadas.— Por ejemplo, un visor submarino con lente de plexiglas, nueve dólares con noventaicinco. ¿Para qué?

—Para ver el fondo del lago y limpiarlo.

—Y esta batería de acero inoxidable, que le costó treinta y nueve dólares con cincuenta... ¿Para qué?

—A veces me siento perezosa y no tengo ganas de calentar el agua. El acero inoxidable se puede lavar con agua fría. —Linda contempló admirativamente a Mayo.— Oh, Jim, mírese en el espejo. Tiene un aspecto verdaderamente romántico, como aquel cazador de Hemingway.

Mayo meneó la cabeza.

—No sé cómo podrá pagar tantas deudas. Tiene que cuidar sus gastos, Linda. ¿No sería mejor que nos olvidáramos del piano?

—Nunca —dijo Linda firmemente—. No me importa lo que cuesta. Un piano es una inversión para toda la vida. Vale la pena.

Linda estaba frenéticamente excitada mientras iban a las salas de exhibición de la casa Steinway, y se mostraba alternativamente solapada y servicial. Pero después de una larga tarde de esfuerzos que incluyeron la improvisación de poleas y un agobiador acarreo sobre rodillos a lo

largo de la Quinta Avenida, el piano ocupó su sitio predestinado en la sala de Linda. Jim le dio un último sacudón, para comprobar que se tenía firmemente sobre sus patas, y se dejó caer, exhausto, en el sofá.

—¡Dios! —gimió—. Era más fácil caminar hacia el sur.

—¡Jim! —Linda corrió hacia él y lo abrazó cálidamente.— Jim, es usted un ángel. ¿Se siente bien?

—Me siento perfectamente —gruñó Jim—. Pero no se me eche encima, Linda. No me deja respirar.

—No sé cómo agradecerse. Hace siglos que sueño con este piano. No sé qué darle en cambio. Pida usted lo que quiera.

—Bah —dijo Mayo—, ya me cortó el pelo.

—Hablo en serio.

—¿No me enseñará a conducir automóviles?

—Por supuesto. Lo antes posible. Es lo menos que puedo hacer.

Linda caminó de espaldas hacia una silla y se sentó con los ojos clavados en el piano.

—Tanta historia por nada —dijo Mayo, poniéndose de pie y yendo hacia el piano.

Se sentó frente al teclado, miró tímidamente a Linda por encima del hombro, y extendiendo las manos tocó, a los tropezones, los primeros compases del *Minué en Sol*.

Linda, asombrada, contuvo el aliento. Luego se enderezó, bruscamente.

—Sabe tocar —murmuró.
—No... tomé lecciones cuando era chico.

—Pero se acuerda.
—Un poco.
—Sabe leer música?
—Sabía.
—¿Podría enseñarme?
—Supongo que sí. Es bastante difícil. Escuche, conozco otra pieza.

Mayo mutiló el comienzo de *Murmullos de Primavera*. El piano estaba desafinado. El resultado era atroz.

—Admirable —exhaló Linda—. Absolutamente admirable.

Y mientras miraba la espalda de Mayo, una expresión de determinación le asomó a la cara. Se levantó, caminó lentamente hacia Mayo y le puso las manos sobre los hombros.

Mayo alzó los ojos.

—¿Pasa algo?

—Nada —dijo Linda—. Toque. Prepararé la cena.

Pero estuvo tan preocupada y concentrada el resto de la noche, que Mayo, nervioso, se acostó temprano.

A las tres de la tarde del día siguiente consiguieron, al fin, poner en marcha un automóvil, y no era un Cadillac, sino un Chevrolet. Un coche cerrado, pues a Mayo no le gustaba la idea de quedar expuesto a las inclemencias del tiempo en un convertible. Salieron del garaje de la Décima Avenida y regresaron hacia el este. Linda confesó que los límites de su mundo iban de la

Quinta a la Tercera Avenida, y de la calle 42 a la 86. Fuera de esa zona, se sentía realmente incómoda.

Pasó el volante a Mayo y lo dejó avanzar a marcha lenta por la Quinta Avenida y la Avenida Madison, practicando arranques y paradas. Mayo rozó cinco automóviles arruinados, cerró inadverentemente el motor once veces, y en una oportunidad se metió en el escaparate de una tienda que, afortunadamente, ya no tenía cristales. Temblaba de nerviosidad.

—Es realmente difícil —se quejó.

—Cuestión de práctica —le aseguró Linda—. No se preocupe. Le prometo que se convertirá en un experto, aunque tardemos un mes.

—¡Un mes!

—Dijo que era muy lento para aprender, ¿no? No me eche la culpa. Pare aquí un segundo.

Jim paró el Chevrolet con un sacudón. Linda bajó.

—Espéreme.

—¿Qué va a hacer?

—Es una sorpresa.

Linda entró en una tienda y desapareció por media hora. Volvió vestida con un traje negro de fiesta, estrecho como un lápiz, un collar de perlas y zapatos de tacones altos. Se había trenzado el pelo en una corona. Mayo la contempló con asombro mientras ella subía al auto.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Parte de la sorpresa. Al llegar a la 52, doble hacia el este.

Mayo puso el auto en marcha, dificultosamente.

—¿Y por qué se vistió así?

—Es un traje de fiesta.

—¿Para qué?

—Porque quiero estar elegante en el lugar adonde vamos. ¡Cuidado, Jim! —Linda le arrebató el volante, eludiendo el choque con una ruinoso ambulancia.— Lo llevo a un famoso restaurante.

—¿A comer?

—No, tonto, a tomar una copa. Es usted mi invitado, y tengo que pasearlo. Ahí, a la izquierda. A ver si puede estacionar.

Mayo estacionó abominablemente. Al bajar del auto, se detuvo y humeó con curiosidad.

—¿Huele eso? —preguntó.

—¿Qué cosa?

—Esc olor dulzón.

—Es mi perfume.

—No, es algo que está en el aire, algo dulce y sofocante. Me recuerda algo, pero no sé qué.

—No se preocupe. Entremos. —Linda llevó a Mayo al interior del restaurante.— Debiera haberse puesto corbata —murmuró—. Pero a lo mejor pasa.

La decoración del restaurante no impresionó a Mayo. En cambio, lo fascinaron los retratos de celebridades que colgaban en el bar. Pasó extáticos minutos que-mándose los dedos con cerillas y contemplando a Mel Allen, Red Barber, Casey Stengel, Frank Gifford y Rocky Marciano. Linda volvió al fin de la cocina con una vela encendida, y Mayo le preguntó ansiosamente:

—¿Alguna vez vio aquí a esas estrellas de la TV?

—Supongo que sí. ¿Qué le parece si tomamos un trago?

—Sí, claro. Pero me gustaría seguir hablando de esos astros de la TV.

La escoltó hasta un banquito del bar, sopló el polvo del asiento y la ayudó muy cortésmente a sentarse. Después saltó por encima del mostrador, se sacó el pañuelo del bolsillo y limpió con aire profesional la superficie de caoba.

—Esta es mi especialidad —dijo, sonriendo, y en seguida asumió la actitud impersonalmente amistosa del *barman*—. Buenas noches, señora. Lindo tiempo, ¿Qué se va a servir?

—¡Oh, Dios, he tenido un día tan cansador en la tienda! Un Martini seco con hielo. Que sea doble, mejor.

—Gibson doble seco con hielo. Muy bien.

Mayo buscó detrás del mostrador, hasta que finalmente sacó unas botellas de whisky, gin, y agua gaseosa.

—Lo lamento, señora, pero justamente se nos ha terminado el Martini. ¿Alguna otra cosita?

—Oh, Scotch, por favor.

—La gaseosa debe de estar un poco insípida —previno Mayo—. Y no tenemos hielo.

—No importa.

Enjuagó un vaso con gaseosa y sirvió una medida de Scotch.

—Gracias. Acompáñeme a tomar un trago, *barman*. ¿Cómo se llama?

—Me dicen Jim, señora. Pero no, gracias. Nunca tomo cuando estoy de servicio.

—Deje el servicio, entonces, y acompañeme.

—Es que tampoco bebo fuera de servicio.

—Puede llamarme Linda.

—Gracias, señorita Linda.

—¿Así que nunca bebe, Jim? ¿Lo dice en serio?

—Ajá.

—Bueno, felices días.

—Y largas noches.

—Oh, eso me gusta. ¿Lo inventó usted?

—Caramba, no sabría decirlo. Es charla de *barman*, especial para hombres, ¿sabe? ¿No se ofende?

—Claro que no.

—¡Abejas! —exclamó Mayo de pronto.

Linda se sobresaltó.

—¿Abejas qué?

—Ese olor. Es el olor de las colmenas.

—¿De veras? No podría distinguirlo —dijo Linda con indiferencia—. Otro, por favor.

—En el acto. Pero escúcheme, esas celebridades de la TV, ¿realmente las vio aquí? ¿En persona?

—Pero por supuesto. Felices días, Jim.

—Y que todos sean sábados.

Linda reflexionó.

—¿Por qué sábados?

—Porque el domingo no se trabaja.

—Ah.

—¿Qué estrellas de TV llegó a ver?

—A cualquiera que usted nom-

bre —dijo Linda, riendo—. Usted me recuerda al chico de mis vecinos. Siempre me pedía que le hablara de las celebridades que había visto. Un día le conté que Jean Arthur había estado aquí, y me preguntó: “¿Con su caballo?”

Mayo no entendió el chiste, pero se sintió lastimado. Linda iba a decirle algo agradable cuando el mostrador empezó a temblar, suavemente. Se oyó al mismo tiempo un débil rumor subterráneo. Venía de lejos, pareció acercarse lentamente, y se desvaneció. La vibración cesó también. Mayo miró fijamente a Linda.

—¡Por Dios! ¿Cree que este edificio también se vendrá abajo? Linda meneó la cabeza.

—No. Pero ese temblor anuncia siempre un derrumbe. ¿Sabe que parecía eso? El subterráneo de Avenida Lexington.

—¿El subterráneo?

—Ajá. El tren local.

—Pero eso es una locura. ¿Cómo puede estar funcionando el subterráneo?

—Yo no dije que estuviera funcionando. Dije que *parecía*. Otro, por favor.

—Necesitamos más agua gaseosa. —Mayo buscó detrás del mostrador y reapareció con botellas y una lista de precios—. Será mejor que vaya despacio, Linda. ¿Sabe lo que cobran por cada whisky? Un dólar con setenta y cinco. Mire.

—Al diablo con el dinero. Vi-

vamos un poco. Que sea doble, *barman*. ¿Sabe una cosa, Jim? Si se quedara en la ciudad, podría mostrarle dónde vivieron todos sus héroes. Gracias. Felices días. Podría llevarlo a la BBDO y mostrarle las grabaciones y las películas. ¿Qué le parece? Astros como... como Red... ¿Red cuánto?

—Barber.

—Red Barber, y Rocky Gifford, y Rocky Casey, y Rocky la Ardilla Voladora.

—Me está tomando el pelo —dijo Mayo, nuevamente ofendido.

—¿Yo, señor? ¿Tomarle el pelo?

—Replicó Linda con dignidad—.

¿Por qué haría semejante cosa?

Si sólo trato de ser agradable. Quiero que pase un buen rato. Mi madre me decía, Linda, acuérdate de una cosa cuando estés con un hombre: vistete como a él le guste, conversa de lo que a él le guste. Siempre me lo decía. ¿Le gusta esto?

—Me gusta ese vestido. Supongo que es eso lo que quiere decir.

—¿Sabe lo que me costó? Noventa y nueve con cincuenta.

—¿Qué? ¿Cien dólares por una cosita transparente como esa?

—No es una cosita transparente como esa. Es un traje de noche, un traje negro. Y las perlas me costaron veinte dólares. Artificiales —explicó Linda—. Y los zapatos, sesenta dólares. Y el perfume, cuarenta. Doscientos veinte dólares, para que usted pase un rato agradable. ¿Pasa un rato agradable?

—Sí, claro.

—¿Quiere olermé?

—Ya lo olí.

—*Barman*, déme otro.

—Lo siento, señora. No puedo.

—¿Por qué no?

—Ya bebí demasiado.

—¡No he bebido nada demasiado! —dijo Linda, indignada—. ¿Qué modales son esos? —Se apoderó de la botella de whisky—.

—Red Barber, y Rocky Gifford, y Rocky Casey, y Rocky la Ardilla Voladora. Ah, vamos, tomemos unos tragos y hablemos toda la semana de los astros de la TV. Felices días. Podría llevarlo a la BBDO y mostrarle sus grabaciones y sus películas. Eh, ¿qué le parece?

—Ya me lo preguntó.

—Pero usted no me contestó. Podría mostrarle películas de cine también. ¿Le gusta el cine? Yo lo detesto, pero ya no puedo decirlo. El cine me salvó la vida cuando vino la gran crisis.

—¿Cómo fue?

—Es un secreto, ¿comprende? Entre usted y yo. Si alguna otra agencia se enterara... —Linda miró en torno y bajó la voz—.

La BBDO encontró ese gran escondite de películas mudas. Películas perdidas, ¿comprende? Nadie sabía que quedasen copias. Para una gran serie de TV. Entonces me mandaron a esa mina abandonada en Jersey.

—¿En una mina?

—Eso es. Felices días.

—¿Y por qué estaban en una mina?

—Eran copias viejas. Acetatos. Se incendian. Se pudren. Hay que almacenarlas como el vino.

Por eso. Me llevé dos ayudantes para pasar el fin de semana allí, controlando.

—¿Se quedó en la mina todo un fin de semana?

—Ajá. Tres chicas. De viernes a lunes. Ese era el plan. Me pareció divertido. Felices días. Eso es. ¿Por dónde iba? Ah. Sí, llevamos lámparas, mantas, sábanas, todo un equipo de picnic, y nos pusimos a trabajar. Recuerdo el momento exacto en que ocurrió la explosión. Estaba buscando el tercer rollo de una película de la UFA, *Gekronter Blumenorden an der Pegnitz*. Tenía los rollos uno, dos, cuatro, cinco, seis. El tres no. ¡Bang! Felices días.

—¡Dios mío! ¿Y después?

—Las chicas se asustaron. No pude retenerlas allá abajo. No volví a verlas. Pero yo sabía. Yo sabía. Hice durar la canasta del picnic. Mucho tiempo. Después desfalleció de hambre. Mucho tiempo más. Finalmente subí, ¿y para qué? ¿Para quién? ¿A quién? —Linda se echó a llorar.— Para nadie. No quedaba nadie. Nada. —Tomó las manos de Jim entre las suyas.— ¿Por qué no se queda, Jim?

—¿Quedarme? ¿Dónde?

—Aquí.

—Me estoy quedando.

—Quiero decir, mucho tiempo. ¿Por qué no? ¿No tengo una hermosa casa? Y en Nueva York hay de todo. Y tengo un jardín y una granja, verduras y flores. Podríamos criar vacas y gallinas. Ir a pescar. Salir en auto. Ir a

los museos. Las galerías de arte. Divertirnos. . .

—Todo eso ya lo está haciendo en este momento. No me necesita a mí.

—Pero sí, sí, lo necesito.

—¿Para qué?

—Para que me dé lecciones de

Hubo una larga pausa, y Mayo dijo:

—Esté borracha.

—Borracha perdida.

Linda apoyó la cabeza en el mostrador, lo miró con una sonrisa llena de picardía y cerró los ojos. Un segundo después estaba dormida. Mayo apretó los labios. Franqueó el mostrador de un salto, sumó la consumición y dejó quince dólares debajo de la botella de whisky.

Tomó a Linda por el hombro y la sacudió suavemente. Linda se le desmoronó en los brazos, con el cabello suelto. Jim Mayo apagó la vela, alzó a Linda y la llevó al Chevrolet. Luego, con angustiada concentración, manejó el automóvil en la oscuridad y llegó de algún modo a orillas del lago. Tardó cuarenta minutos.

Llevó a Linda al dormitorio y la sentó en la cama, decorada con complicados grupos de muñecas. Linda se tendió en seguida y se acurrucó con una muñeca en los brazos, acunándola. Mayo encendió una lámpara, y trató de sentar a Linda, pero la muchacha se derrumbó otra vez, con una risita ahogada.

—Linda, tiene que quitarse ese vestido.

—Umf.

—No puede dormir con él. Costó cien dólares.

—Noventinueve cinc'nta.

—Bueno, vamos, querida.

—Umf.

Jim alzó los ojos al techo, exasperado. Luego desvistió a Linda, colgó cuidadosamente el traje de noche y puso los zapatos de sesenta dólares en un rincón. No pudo abrir el cierre del collar de perlas artificiales, de modo que se lo dejó en el cuello. Tendida sobre las sábanas celestes, desnuda —excepto el collar—, Linda parecía una odalisca nórdica.

—¿Me aplastó las muñecas? —murmuró.

—No. Ahí las tiene, todas a su alrededor.

—Bueno. Nunca duermo sin ellas. —Linda tendió una mano y las acarició amorosamente.— Felices días. Largas noches.

—¡Mujeres! —resopló Mayo.

Apagó la lámpara y salió dando un portazo.

A la mañana siguiente lo despertó otra vez el cloqueo de los perros desalojados. El globo rojo navegaba en la superficie del lago, resplandeciente en la tibia luz de junio. Mayo lamentó que no fuese un velero en miniatura, y sí en cambio una de esas muchachas que se embriagan en los mostradores. Salió de la casa y se zambulló, lo más lejos posible de Linda. Se remojaba el pecho cuando algo lo tomó del tobillo y lo pellizcó. Soltó un grito y se

topó con la cara radiante de Linda, que salía a la superficie.

—Buenos días —dijo ella riendo.

—Muy chistosa —murmuró Mayo.

—Parece enojado esta mañana.

Mayo respondió con un gruñido.

—Claro, no lo crítico. Anoche hice algo horrible. No le preparé la cena. Perdóneme.

—No pensaba en la cena —dijo Mayo con belicosa dignidad.

—¿No? ¿Y entonces por qué diablos está enojado?

—No soporto a las mujeres que se emborriachan.

—¿Quién se emborrachó?

—Usted.

—Yo no —exclamó Linda, indignada.

—¿Ah, no? ¿Y a quién tuve que desvestir y poner en la cama como un chico?

—¿Y quién fue tan tonto que no me sacó el collar? —replicó Linda.— Se rompió, y he dormido sobre guijarros toda la noche. Estoy cubierta de moretones. Mire. Aquí, y aquí, y . . .

—Linda —interrumpió Jim severamente.— Soy un hombre sencillo, de New Haven. No me gustan las chicas mimadas que acumulan deudas, y se pasan el tiempo adornándose, y se emborriachan en los bares de moda.

—Si no le gusta mi compañía, ¿por qué se queda?

—No me quedo, me voy —dijo Jim saliendo del lago y empezando a secarse—. Salgo para el sur esta mañana.

—Que le divierta la caminata.
—Iré en auto.
—¿En un autito de pedales?
—En el Chevrolet.
—Jim, no habla en serio. —Linda salió del lago, con expresión alarmada.— Realmente no sabe manejar aún.

—¿No? ¿Y no la traje a casa anoche, completamente borracha?
—Se meterá en horribles dificultades.

—No me meteré en nada de lo que no pueda salir. De todas maneras, no puedo quedarme aquí para siempre. Usted es una chica aficionada a fiestas y reuniones; le gusta divertirse. Yo tengo cosas serias en la cabeza. Debo ir al sur y encontrar a alguien que entienda de TV.

—Jim, se ha equivocado conmigo. Yo no soy así, en absoluto. Mire como he arreglado mi casa. ¿Hubiese podido hacerlo si me hubiera pasado la vida en las fiestas?

—Ha hecho un buen trabajo —admitió Mayo.

—Por favor, no se vaya hoy. Aún no está preparado.

—Bah, sólo quiere tenerme cerca y que le enseñe música.

—¿Quién dijo eso?

—Usted. Anoche.

Linda frunció el ceño, se quitó el gorro, recogió su toalla y empezó a secarse. Al fin dijo:

—Jim, sea honesto consigo mismo. Por supuesto, quiero que se quede un tiempo. No lo negaré. Pero no para siempre. Al fin y al cabo, ¿qué tenemos en común?

—Es usted tan condenadamente fina, tan snob —gruñó Mayo.

—No, no, no se trata de eso. Se trata, simplemente, de que usted es un hombre, y yo una muchacha, y no tenemos nada que ofrecernos. Somos distintos. Tenemos distintos gustos e intereses. ¿No es así?

—Por supuesto.

—Pero aún no está preparado para irse. Le diré lo que haremos. Nos pasaremos toda la mañana practicando con el automóvil, y luego nos divertiremos un poco. ¿Qué le gustaría hacer? ¿Ir a ver los escaparates? ¿Comprar más ropa? ¿Visitar el Museo Moderno? ¿Salir de picnic?

La cara se le iluminó a Mayo.

—¿Sabe una cosa? No he ido a un picnic en mi vida. Una vez fui *barman* en un paseo campestre, pero no es lo mismo; no es como cuando uno era chico.

Linda estaba encantada.

—Entonces haremos un verdadero picnic, como cuando éramos chicos.

Linda llevó sus muñecas en brazos, mientras Mayo arrastraba la cesta del picnic hasta el monumento a *Alicia en el País de las Maravillas*, que lo dejó perplejo. Nunca había oído hablar de Lewis Carroll. Mientras Linda sentaba a sus mascotas y abría la cesta, le resumió a Jim la historia, y le explicó que los chicos que se subían al monumento habían pulido las cabezas de bronce de Alicia, del Sombrerero Loco y de la Liebre.

—Curioso, nunca oí ese cuento —dijo Jim Mayo.

—No me parece que haya tenido usted una verdadera infancia, Jim.

—Por qué...

Jim se interrumpió ladeando la cabeza y escuchando atentamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Linda.

—¿Oye ese grajo azul?

—No.

—Escuche. Hace un ruido raro. Como de acero.

—¿Acero?

—Ajá. Es como... como un duelo de espadas.

—Bromea.

—No. En serio.

—Los pájaros cantan. No hacen ruido.

—A veces sí. Los grajos imitan mucho los ruidos. Los estorninos también. Y los loros. Pero, ¿por qué habría de imitar un duelo de espada? ¿Dónde oyó ese ruido?
—Es usted realmente un chico campesino, ¿eh, Jim? Abejas, grajos, estorninos, y todo...

—Supongo que sí. Pero lo que le iba a preguntar era esto: ¿por qué dijo que no tuvo infancia?

—Oh, esas cosas. No sabe quién era Alicia, nunca fue a un picnic, y siempre quisó tener un modelo de velero. —Linda abrió una botella oscura.— ¿No quiere probar un poco de vino?

—Cuidado, ¿eh? —advirtió Jim.

—Vamos, Jim, termine con eso. No soy una borracha.

—Bebió de más anoche, ¿sí o no?

Linda capituló.

—Está bien, sí. Pero porque había años que no bebía.

La confesión agradó a Mayo.

—Claro. Claro. Se comprende.

—¿Entonces? ¿Me acompaña?

—¿Qué diablos, ¿por qué no? —dijo Jim, sonriendo—. Hay que vivir. Bueno, este es un picnic de primera, y los platos también me gustan. ¿Dónde los consiguió?

—En Abercrombie & Fitch —dijo Linda, impasible—. Servicio de acero inoxidable para cuatro, treinta y nueve dólares con cincuenta.

Mayo soltó la carcajada.

—La he fastidiado, ¿no?, con todas mis recomendaciones... —Alzó el vaso, brindando—. Salud.

—Salud.

Bebieron y comieron en cálido silencio, cambiando sonrisas de camaradería. Linda se quitó la blusa de seda de Madrás para tostarse al ardiente sol de la tarde y Jim la colgó cortésmente de una rama. De pronto Linda preguntó:

—¿Por qué no tuvo infancia, Jim?

—Oh, qué sé yo... Quizá porque mi madre murió cuando yo era chico. Y otra cosa, tuve que trabajar mucho.

—¿Por qué?

—Mi padre era maestro de escuela. Ya se sabe lo que les pagan.

—Con razón odia usted a los intelectuales.

—¿Los odio?

—Por supuesto. No se ofenda.

—Quizá los odio —admitió Ma-

yo—. El viejo se sentía como traicionado cuando yo me iba a jugar al fútbol. Quería que yo fuese una especie de Einstein.

—¿Y es divertido, el fútbol?

—No tanto como otros juegos. El fútbol es un negocio. Eh, ¿recuerda como formábamos los equipos? ¿A cara o cruz?

—Nosotras decíamos: *Una, doli, tuá...*

—*Una, dos, tres, cuatro; cuatro patas tiene el gato...*

—Y había un canto que decía *me gustan los abanicos, y yo les gusta a los chicos*, o algo así.

—Bueno, no me extraña que les gustara —dijo Jim Mayo solemnemente.

—Pues no les gustaba.

—¿Por qué no?

—Siempre fui muy grande.

Jim Mayo miró a Linda, asombrado.

—¿Pero si usted no es grandel!

—afirmó—. Tiene el tamaño exacto. Perfecto. Y muy bien hecha. Lo observé cuando movíamos el piano. Tiene músculos, para ser una muchacha. Especialmente en las piernas, y eso es lo que importa.

Linda se sonrojó.

—Basta, Jim.

—No, lo digo en serio.

—¿Más vino?

—Gracias. Beba usted también.

—Bueno.

Un trueno desgarró el cielo seguido por el fragor de un edificio que se derrumbaba.

—¡Ahí va otro rascacielos —dijo Linda—. ¿De qué hablábamos?

—De juegos —dijo Jim rápidamente—. Perdóneme por hablar con la boca llena.

—Oh, sí. Jim, ¿jugaba usted a la ronda cuando era chico?

Linda cantó en voz baja.

—Caramba —dijo Mayo, muy impresionado—. Canta realmente bien.

—Oh, vamos...

—De veras. Tiene una hermosa voz. No discuta conmigo. Quédesse callada un minuto. Tengo que pensar.

Reflexionó intensa y largamente, mientras vaciaba el vaso de vino y aceptaba otro con aire distraído. Al fin tomó una decisión.

—Tiene que aprender música.

—Sabe que me muero de ganas, Jim.

—Entonces me quedaré aquí un tiempo y le enseñaré; lo poco que recuerdo. ¡Pero, un momento! ¡Un momento! —continuó Mayo apresuradamente, cortando el entusiasmo de Linda—. No me quedaré en su casa. Necesito un lugar para mí.

—Por supuesto, Jim. Lo que usted diga.

—Y sigo pensando en ir al sur.

—Yo le enseñaré a conducir, Jim. Cumpliré mi promesa.

—Y nada de tretas, Linda.

—Por supuesto. ¿Qué tretas?

—Por ejemplo, que a último momento se le ocurra llevarse a su casa un sofá Luis XV.

—¡Luis XV! —exclamó Linda, boquiabierta—. ¿Dónde aprendió eso?

—No fue en la infantería de marina, por cierto.

Se rieron, entrechocando los vasos, y terminaron el vino. De pronto Mayo se incorporó de un salto, le tiró del pelo a Linda, y corrió al monumento al País de las Maravillas. En un instante trepó a la cabeza de Alicia.

—Soy el Rey de la Montaña —gritó, mirando a su alrededor con gesto imperial—. Soy el Rey de la... —se interrumpió, clavando la mirada en un punto detrás de la estatua.

—Jim, ¿qué ocurre?

Sin decir una palabra, Mayo bajó y fue hacia una pila de escombros, bajo unos altos matorrales de forsythias. Se arrodilló y buscó con movimientos delicados. Linda corrió hacia él.

—Jim, ¿qué pasa?

—Eran veleros —murmuró Jim.

—Por supuesto. Dios mío, ¿eso es todo? Creí que estaba enfermo, o algo parecido.

—¿Cómo llegaron aquí?

—Bueno, los tiré yo, por supuesto.

—¿Los tiró?

—Sí, ya se lo dije. Tuve que limpiar el depósito de veleros cuando me mudé a la casa. Eso fue hace siglos.

—¿Usted hizo eso?

—Sí. Yo...

—Es usted una criminal —gruñó Mayo. Se incorporó y la miró con furia—. Una criminal. Como todas las mujeres, no tiene corazón. No tiene alma. ¡Hacer una cosa así!

Dio media vuelta y caminó hacia el lago. Linda lo siguió, completamente aturdida.

—Jim, no comprendo. ¿Por qué está tan furioso?

—Debiera sentir vergüenza.

—Pero yo necesitaba espacio en la casa. No podía vivir con toda una escuadra de veleros.

—Pues olvide lo que dije antes. Recogeré mis cosas y me iré al sur. No me quedaría aquí aunque fuese usted la última persona sobre la tierra.

Linda echó a correr de pronto, y se adelantó a Mayo. Cuando Mayo entró en la casa ella estaba de pie frente al cuarto de huéspedes, y esgrimía una pesada llave de hierro.

—La encontré —jadeó—. La puerta está cerrada.

—Deme esa llave, Linda.

—No.

Mayo avanzó un paso, pero Linda no se movió, y lo miró desafiante.

—Adelante —dijo—. Pégueme.

Mayo se detuvo.

—Bah, no puedo pegarle a una mujer.

Siguieron mirándose.

—No necesito mi equipo —murmuró Mayo al fin—. Puedo conseguir otro, en cualquier lugar.

—Oh, vamos, recoja sus cosas. —dijo Linda, arrojándole la llave y apartándose.

Mayo descubrió entonces que la puerta del cuarto no tenía cerradura. La abrió, miró adentro, la cerró, miró a Linda. Linda trataba de mantenerse seria. Mayo

sonrió. Entonces los dos estallaron en una carcajada.

—Diablos —dijo Mayo—, cómo me haría tomado el pelo. No me gustaría jugar al poker con usted.

—Usted también sabe lo que es un *bluff*, Jim. Me moría de miedo pensando que iba a pegarme.

—Debiera saber ya que soy incapaz de matar una mosca.

—Supongo que lo sé. Ahora, sentémonos y charlemos razonablemente.

—Oh, olvídelo, Linda. Me parece que perdí los estribos con esos veleros, y...

—No hablo de los veleros. Hablo de ese viaje al sur. Cada vez que se enoja, quiere irse al sur.

—Ya le dije, busco a alguien que sepa de TV.

—¿Por qué?

—No entendería.

—Trataré. ¿Por qué no me lo explica? Tal vez pueda ayudarlo.

—Usted no puede hacer nada. Es mujer.

—Las mujeres somos útiles a veces. Por lo menos, puedo escuchar. Confíe en mí, Jim. Cuénteme.

Bueno, cuando todo saltó (dijo Mayo) yo estaba en los Berkshires, con Gil Watkins. Gil era mi amigo, un muchacho simpático, brillante. Hizo dos años en el Instituto de Tecnología de Massachusetts, antes de abandonar los estudios universitarios. Era ingeniero jefe o algo parecido en la WNHA, la estación de TV de New Haven. Gil tenía una doce-

na de *hobbies*. Uno era la espejo... espejo... No me acuerdo cómo se dice, pero significa explorar cavernas.

De todas maneras, estábamos en esta gruta de los Berkshires, pasando el fin de semana bajo tierra, explorando, trazando mapas y averiguando de dónde venía un río subterráneo que habíamos descubierto. Habíamos llevado víveres y provisiones y bolsas de dormir. Cuando ocurrió la explosión, la brújula que teníamos se enloqueció durante cerca de veinte minutos. Eso debió servirnos de advertencia, pero Gil habló de minerales magnéticos y cosas así. Sólo que cuando salimos, el domingo por la noche, todo había cambiado, y Gil comprendió en seguida.

—Cielos, Jim —dijo—, superaron todo lo previsto. Han volatilizado y envenenado a la humanidad. Volveremos a esa maldita cueva hasta que todo haya pasado.

Así que Gil y yo nos volvimos, racionamos la comida, y aguantamos todo el tiempo posible. Al fin salimos a la superficie y regresamos en el automóvil de Gil a New Haven. La ciudad estaba muerta, como todo lo demás. Gil armó un aparato de radio y trató de escuchar algo. Nada. Junta- mos unos víveres y recorrimos los alrededores, en el auto de Gil: Bridgeport, Waterbury, Hartford, Springfield, Providence, New London... un gran círculo. Nadie. Nada. Regresamos entonces a New Haven y nos instalamos,

y por un tiempo vivimos muy cómodos.

De día salíamos a buscar comida, o reparábamos la casa para mantenerla en condiciones. Por las noches, alrededor de las siete, Gil se iba a la WNHA y salía al aire, usando los generadores de emergencia. Yo abría "El Golpe de Llave", barría, y encendía el aparato de TV del bar. Gil me instaló un generador.

Era muy divertido ver los *shows* que transmitía Gil. Empezaba con las noticias del día, y el anuncio meteorológico, que estaba siempre equivocado. Su única guía era una especie de Almanaque del Granjero, y algo así como un antiguo barómetro, parecido a ese reloj que tiene ahí en la pared. Yo creo que no funcionaba, o tal vez Gil nunca estudió el clima en el Instituto de Massachusetts. Luego del anuncio del tiempo pasaba el *show* de la noche.

Yo tenía una escopeta en el bar, que había comprado para prevenirme contra los asaltos. Pero la usaba para otra cosa. Cada vez que en el receptor aparecía algo fastidioso, tomaba la escopeta y le sacudía una andanada. Luego tiraba el aparato a la calle y ponía otro en su lugar. Tenía alrededor de doscientos en reserva. Me pasaba dos días a la semana ocupado en acumular televisores.

A medianoche, Gil cerraba la transmisión de la WNHA, yo cerraba el restaurante, y nos encontrábamos en casa para tomar café.

Gil me preguntaba cuántos televisores había destruido. Yo le contaba y él se reía. Decía que yo había inventado la encuesta perfecta sobre programas de TV. Yo le preguntaba qué programas había para la semana próxima y discutía con él sobre... oh, por ejemplo, qué películas o partidos de fútbol iba a pasar la WNHA. Las películas de vaqueros no me gustaban mucho, y esas mesas redondas de intelectuales me parecían detestables.

Pero mi suerte tuvo que empeorar. Es el drama de mi vida. Después de un par de años, descubrí que había destruido mi penúltimo televisor, y entonces empezaron las dificultades. Esa noche Gil pasó uno de esos anuncios comerciales donde una mujer astuta salva un matrimonio gracias al jabón de lavar adecuado. Naturalmente, agarré la escopeta, y sólo a último momento recordé que no debía disparar. Entonces Gil pasó una horrible película sobre un músico incomprendido, y volvió a ocurrirme lo mismo. Cuando nos encontramos en casa, yo estaba realmente trastornado.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Gil.

Le expliqué.

—Yo creía que te gustaba mirar los programas.

—Sólo cuando podía tirarles con la escopeta.

—Pobre infeliz —rió Gil—, ahora te has convertido en un espectador obsesivo.

—Gil, ¿no podrías cambiar los programas? Teniendo en cuenta mi situación...

—Sé razonable, Jim. La WNHA debe ofrecer una programación variada. Nos dirigimos al hombre de la calle: tiene que haber algo para cada uno. Si no te gusta un *show*, ¿por qué no cambias el canal?

—No digas tonterías. Sabes perfectamente que sólo tenemos un canal en New Haven.

—Entonces apaga el receptor.

—No puedo apagar el receptor del bar. Es parte del negocio. Perdería toda mi clientela. Gil, ¿realmente tienes que pasar esas horribles películas? Como esa comedia musical de anoche, donde los soldados y las coristas cantan y bailan y se besan encima de los tanques Sherman. ¡Por amor de Dios!

—A las mujeres les encantan las películas donde aparecen uniformes.

—¿Y esos anuncios comerciales? Mujeres que siempre se están riendo de la obesidad de otras mujeres, y ninfas que fuman cigarrillos, y...

—Oh, vamos —dijo Gil—. ¿Por qué no escribes una carta al canal?

Fue lo que hice, y una semana después recibí la respuesta. Decía: *Estimado señor Mayo: Nos complace mucho saber que es usted un espectador constante de la WNHA, y le agradecemos su interés en nuestra programación. Esperamos que siga disfrutando*

de nuestras emisiones. Sinceramente, Gilbert O. Watkins, gerente. Con la carta venía un par de entradas para uno de los espectáculos. Le mostré la carta a Gil, y se encogió de hombros.

—Ya ves cómo son las cosas, Jim —dijo—. No les importa lo que te guste o deje de gustarte. Lo único que quieren es que los mires.

Los meses que siguieron fueron un infierno para mí. No podía tener el televisor apagado, y tampoco podía tenerlo encendido sin tomar la escopeta una docena de veces por noche. Tenía que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no apretar el gatillo.

Llegué a ponerme tan nervioso y sobreexcitado, que comprendí la necesidad de hacer algo antes de enloquecer definitivamente. Así que una noche volví a casa con la escopeta y maté a Gil.

Al día siguiente me sentí mucho mejor, y cuando fui a "El Golpe de Llave", a las siete, para limpiar el local, iba silbando alegremente. Barrí el restaurante, lustré el mostrador, y encendí el televisor para ver el noticiario y enterarme del pronóstico del tiempo. No lo querrá creer, pero el aparato estaba descompuesto. No pude conseguir una sola imagen. Ni siquiera un sonido. Era mi último receptor, y no funcionaba.

Así que ya ve por qué tengo que ir al sur (explicó Mayo), y por qué debo encontrar un mecánico de TV.

Cuando Mayo terminó su historia, hubo una larga pausa. Linda lo observó atentamente, tratando de que Mayo no le viera los ojos, brillantes. Al fin preguntó, con estudiada despreocupación:

—¿Y dónde consiguió el barómetro?

—¿Quién? ¿Qué?

—Su amigo, Gil. Ese barómetro antiguo. ¿Dónde lo consiguió?

—Oh, qué sé yo. Las antigüedades eran otro de sus *hobbies*.

—Y se parecía a ese reloj.

—Mucho.

—¿Era francés?

—No sé.

—¿De bronce?

—Supongo que sí. Como ese reloj. ¿Es de bronce?

—Sí. ¿En forma de sol?

—No, como ése.

—Este tiene forma de sol. ¿Del mismo tamaño?

—Exactamente.

—¿Dónde estaba?

—¿No le dije? En nuestra casa.

—¿Dónde está la casa?

—En la calle Grant.

—¿Qué número?

—Tres quince. Eh, ¿a qué vienen tantas preguntas?

—A nada, Jim. Simple curiosidad. Bueno, será mejor que recojamos las cosas del picnic.

—¿No le importa si doy un paseo, solo?

Linda lo miró ladeando la cabeza.

—No trate de manejar sin mí. Los mecánicos de automóvil escasean aún más que los de TV.

Mayo sonrió y se fue. Pero después de la cena el motivo de su ausencia se aclaró del todo. Sacó un fajo de partituras musicales, las puso en el atril del piano, y llevó a Linda al taburete. Linda estaba deleitada y conmovida.

—¡Jim, es usted un ángel! ¿Dónde las encontré?

—En la casa de enfrente. Cuarto piso, al fondo. Una familia llamada Horowitz. Tienen muchos discos también. No era agradable buscar en la oscuridad, sin más luz que unos fósforos. ¿Sabe una cosa? Me llamó la atención. Toda la parte superior del edificio está cubierta por una especie de gelatina blanca, sólo que más dura, como cemento incoloro. Bueno, mire, ¿ve esta nota? Es do. Mejor que nos sentemos juntos. Acérquese...

La lección continuó durante dos horas de penosa concentración, y los dejó tan exhaustos que se fueron a dormir saludándose apenas.

—¿Jim? —gritó Linda desde su cuarto.

—¿Qué? —Mayo bostezó.

—¿Quiere una de mis muñecas para su cama?

—Oh, no. Muchas gracias, Linda, pero a los hombres no nos interesan las muñecas.

—Supongo que no. No me haga caso. Mañana tendré algo para usted, algo que realmente interesa a los hombres.

Un golpe en la puerta despertó a Mayo a la mañana siguiente.

Se movió en la cama y trató de abrir los ojos.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy yo. Linda. ¿Puedo entrar?

Mayo miró apresuradamente a su alrededor. El cuarto estaba ordenado, la alfombra, limpia; la preciosa colcha, cuidadosamente plegada sobre la cómoda.

—Sí. Adelante.

Linda entró. Llevaba un alegre vestido de lino. Se sentó al borde de la cama y palmeó amistosamente a Mayo.

—Buenos días —dijo—. Escúcheme. Debo dejarlo solo unas pocas horas. Tengo cosas que hacer. El desayuno está en la mesa, pero volveré a tiempo para el almuerzo. ¿Conforme?

—Por supuesto.

—¿No se sentirá solo?

—¿Adónde va?

—Se lo diré cuando vuelva.

—Linda extendió la mano y le revolvió el pelo.— Sea un buen muchacho y cuídense. Ah, otra cosa. No entre en mi dormitorio.

—¿Por qué habría de entrar?

—De todas maneras, no entre.

Linda sonrió y se fue. Momentos después, Mayo oyó que el jeep se ponía en marcha y se alejaba. Se levantó en seguida, fue al dormitorio de Linda y miró. El cuarto estaba ordenado como siempre. La cama estaba hecha y las muñecas amorosamente dispuestas sobre la colcha. Entonces lo vio.

—¡Caramba! —murmuró.

Era un modelo de clipper con todo el velamen desplegado. Los mástiles y jarcias estaban intactos,

pero el casco se había descascarado y las velas estaban rotas. Linda lo había dejado al pie del armario, y al lado del velero Mayo descubrió la cesta de costura. La muchacha había cortado ya una serie de velas nuevas, de hilo blanco. Mayo se arrodilló junto al velero y lo acarició.

—Lo pintaré de negro, con un filete de oro alrededor —murmuró—, y lo bautizaré *Linda N.*

Estaba tan profundamente conmovido, que apenas tocó el desayuno. Se bañó, se vistió, tomó la escopeta y un puñado de cartuchos, y salió a vagar por el parque. Fue hacia el sur, pasó por los campos de juego, el carousel en ruinas, la resquebrajada pista de patinaje, hasta que al fin salió del parque y echó a andar por la Séptima Avenida.

Al llegar a la calle 50 dobló hacia el este, y estuvo un largo rato tratando de descifrar los desgarrados carteles que anunciaban la última función del Radio City Music Hall. Después dobló nuevamente al sur. De pronto, oyó un súbito ruido de aceros, y se detuvo. Parecían espadas gigantes en un duelo titánico. Una pequeña tropa de caballos irrumpió por la calle lateral, aterrada por el estrépito. Los cascos sin herraduras repercutían sordamente en el pavimento. El ruido del acero cesó.

—Así que el grajo azul oyó algo —murmuró Mayo—. Pero ¿qué puede ser?

Ambuló hacia el este, tratando

de investigar, pero cuando llegó al barrio de los joyeros, olvidó el misterio. El fulgor azulino de los brillantes en los escaparates lo dejó deslumbrado. La puerta de una joyería estaba abierta de par en par, y Mayo entró en puntas de pie. Mayo salió, llevaba en el bolsillo un collar de perlas auténticas, que le había costado —en un pagaré— el valor de un año de alquiler de "El Golpe de Llave".

El paseo lo llevó luego a la Avenida Madison, y allí se encontró de pronto frente al local de Abercrombie & Fitch. Entró para inspeccionar, y finalmente llegó a las estanterías donde se alineaban las armas. Allí perdió toda noción del tiempo. Cuando se recuperó, caminaba por la Quinta Avenida rumbo al lago. Acunaba en los brazos un fusil automático Cosmi, italiano, y se sentía realmente culpable. El comprobante que había dejado en la tienda decía: *Debo: Un rifle Cosmi, 750 dólares. 6 cajas de balas, 18 dólares. James Mayo.*

Eran más de las tres de la tarde cuando llegó a la casa. Entró, haciéndose el distraído, esperando que Linda no se fijase en el nuevo fusil. Linda estaba sentada al piano, de espaldas.

—Hola —dijo Mayo, nervioso—. Lamento llegar tarde. Este... le traje un regalo. Son auténticas. Sacó las perlas del bolsillo y se las mostró a Linda. Entonces vio que la muchacha lloraba.

—Eh, ¿qué ocurre?

Linda no respondió.

—¿Creyó que me había escapado? Todo mi equipo está aquí, y el automóvil también. No tenía más que mirar.

Linda se volvió.

—¡Lo odio! —gritó.

Mayo dejó caer las perlas y retrocedió, sobresaltado por la vehemencia de Linda.

—¿Qué le pasa?

—¡Es usted un mentiroso de porquería!

—¿Quién? ¿Yo?

—Fui a New Haven esta mañana —dijo Linda con voz que temblaba de indignación—. No hay una sola casa en pie en la calle Grant. Toda la manzana ha desaparecido. Y la estación WNHA no existe. No queda nada.

—No.

—Sí. Y fui a su restaurante. No hay una pila de televisores en la calle. Sólo hay un televisor en el bar. Completamente oxidado, comido por la herrumbre. El resto del restaurante es una basura. Ha estado viviendo ahí todo el tiempo. En el dormitorio sólo había una cama. ¡Todo era mentira!

—No, no mentí.

—Nunca mató usted a un tal Gil Watkins.

—Sí que lo maté. Con dos tiros de escopeta. Se lo merecía.

—Y tampoco tiene usted un televisor estropeado.

—Sí que lo tengo.

—Y aunque lo tuviera, no hay transmisiones de TV.

—Piense un poco —dijo Mayo, colérico—. ¿Para qué iba a matar

a Gil, si no hubiera transmisiones de TV?

—Pero si él está muerto, ¿cómo funciona el canal?

—¿Ha visto? Hace un minuto pretendía hacerme creer que no lo maté.

—¡Oh, usted está loco! ¡Completamente loco! —sollozó Linda—. Describió ese barómetro porque estaba mirando mi reloj de pared. Y yo creí sus disparatadas mentiras. Descaba tanto un barómetro que hiciera juego con mi reloj... Lo he buscado durante años. —Caminó hacia la pared, y golpeó con un puño junto al reloj.— Este es el lugar justo. Aquí. Pero usted me mintió, condenado lunático. El barómetro nunca existió.

—Si hay un lunático aquí, es usted —gritó Mayo—. Está tan chiflada por decorar esta casa, que ya nada es real para usted.

Linda atravesó corriendo la habitación, tomó la vieja escopeta de Mayo y apuntó.

—Salga de aquí. Ahora mismo. No quiero verlo más.

Bruscamente la escopeta saltó en las manos de Linda, echándola hacia atrás. Las municiones sacudieron una consola, por encima de la cabeza de Mayo. Hubo una lluvia de trozos de porcellana. Linda palideció.

—¡Jim! Oh, Dios mío, ¿está usted bien? Yo no quise... Se me escapó...

Mayo avanzó un paso, demasiado furioso para hablar. Alzó la mano para abofetearla, y en ese

momento se oyeron lejanas detonaciones: *blam-blam-blam*. Mayo se quedó paralizado.

—¿Oyó eso? —murmuró.

Linda asintió.

—Eso no fue un derrumbe. Fue una señal.

Mayo le arrebató a Linda la escopeta, corrió afuera y disparó el segundo cartucho. Hubo una pausa. Luego, nuevamente, la majestuosa serie de tres explosiones distantes: *blam-blam-blam*. Erán extraños ruidos de succión, parecían implosiones más que explosiones. Lejos, en el parque, un palio de aves asustadas subió al cielo.

—Hay alguien —exclamó Mayo, animadamente—. Por Dios, ya le dije que encontraríamos a alguien. Vamos.

Corrieron hacia el norte. Mayo se hurgaba los bolsillos, buscando más cartuchos.

—Debo agradecerle que me haya disparado ese tiro, Linda.

—Yo no disparé —protestó Linda—. Fue una casualidad.

—La casualidad más afortunada del mundo. Esa gente podría haber pasado de largo sin enterarse jamás de nuestra existencia. Pero ¿qué clase de fusiles usan? Nunca oí explosiones semejantes, y creo que las conozco todas. Espere un momento.

En la plaza del monumento al País de las Maravillas, Mayo se detuvo y alzó la escopeta para hacer fuego. En seguida la bajó, lentamente. Tomó aliento y con voz ronca dijo:

—Vuélvase. Regresamos a la casa.

Tomó a Linda por los hombros y la hizo mirar hacia el sur.

Linda le clavó una mirada de asombro. En un instante Mayo se había transformado, de un apacible oso de paño en una pantera.

—Jim, ¿qué pasa?

—Estoy asustado —gruñó Mayo—. Estoy muerto de miedo, y no quiero que a usted le pase lo mismo. —Se oyó otra vez la triple descarga.— No preste atención —ordenó—. Volvemos a la casa. ¡Vamos!

Linda se negaba a moverse.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué?

—No nos conviene encontrarlos. Créame.

—¿Cómo lo sabe? Tiene que decirme.

—¡Oh, Dios! No se quedará tranquila hasta averiguarlo, ¿eh? Está bien. ¿Quiere conocer la explicación de aquel olor a abejas, y el derrumbe de los edificios y todo lo demás? —Con la mano en el cuello de Linda, le hizo volver la cabeza hacia el monumento al País de las Maravillas.— Muy bien. Mire.

Un consumado artesano había decapitado a Alicia, al Sombretero Loco y a la Liebre, reemplazando las cabezas por otras cabezas terribles. Cabezas de mantas religiosas, de mandíbulas largas como sables, antenas, y ojos facetados. Erán de acero bruñido, y relucían con indecible ferocidad. Linda lanzó un gemido de asco y

se desmoronó sobre Mayo. La triple detonación volvió a oírse.

Mayo cargó a Linda sobre sus hombros y trotó hacia el lago. Un segundo después la muchacha recobró el sentido y sollozó.

—¡Cállese —gruñó Mayo.

Cuando llegaron frente a la casa, Mayo la depositó en el suelo. Linda temblaba, pero trataba de dominarse.

—¿En esta casa había persianas cuando usted se mudó? —preguntó Mayo—. ¿Dónde están?

—Apiladas —dijo Linda entrecortadamente—. Detrás de la glorieta.

—Yo las colocaré. Usted llene cubos con agua y almacénela en la cocina. ¡Corra!

—¿Nos sitiarán?

—Hablabamos después. ¡En marcha!

Linda obedeció. Luego ayudó a Mayo a colocar la última persiana en sus goznes, y a tapiar las ventanas.

—Bueno, adentro —ordenó Mayo.

Entraron y cerraron y atrancaron la puerta. Los débiles rayos del sol de la tarde se filtraban por las celosías. Mayo desempacó las balas del fusil Cosmi.

—¿Tiene alguna clase de arma?

—Un revólver calibre 22. Anda por ahí.

—¿Balas?

—Creo que sí.

—Vaya a buscarlo.

—¿Nos sitiarán? —repitió Linda.

—No sé. No sé quiénes son, o qué son, o de dónde vienen. Lo

único que sé es que debemos prepararnos para lo peor.

Se oyeron otra vez las distantes imprecisiones. Mayo alzó la cabeza, escuchando, alerta. Linda lo veía borrosamente en la penumbra. La cara de Mayo parecía tallada. El sudor le brillaba en el pecho. Tenía el olor almizclado de los leones enjaulados. Linda tuvo ganas de acercarse y tocarle la piel. Mayo cargó el fusil, lo puso verticalmente junto a la escopeta, y echó a caminar de una persiana a otra, espionando, vigilando, esperando.

—¿Nos encontrarán? —preguntó Linda.

—Es posible.

—Tal vez vengan como amigos.

—Tal vez.

—Esas cabezas eran horribles.

—Sí.

—Jim, estoy asustada. Nunca estuve tan asustada en mi vida.

—No se lo reprocho.

—¿Cuánto tiempo pasará antes que sepamos?

—Una hora, si vienen por las buenas. De lo contrario, dos o tres horas.

—¿Por qué tardarán más en ese caso?

—Si vienen con malas intenciones, serán más cautelosos.

—Jim, ¿usted qué piensa?

—¿Sobre qué?

—Sobre nuestras posibilidades.

—¿Quiere saberlo realmente?

—Por favor.

—Estamos muertos.

Linda se echó a llorar. Mayo la sacudió salvajemente.

—¡Cállese! Prepare el revólver.

Linda cruzó, tambaleándose, la sala. Vio las perlas que Mayo había dejado caer y las recogió. Estaba tan aturdida, que se las puso, automáticamente. Luego entró en su dormitorio, casi a oscuras, y apartó de las puertas del armario el velero que había pensado regalarle a Mayo. Encontró el revólver y un paquete de balas dentro de una caja de sombreros.

Comprendió que un vestido era inadecuado para esta emergencia. Sacó del armario un chaleco de lana, pantalones de montar y botas. Luego se desnudó para cambiarse. Cuando alzaba los brazos para abrir el cierre del collar, entró Mayo. Fue hacia la ventana que daba al sur y espionó hacia afuera. Al volverse, la vio.

Se detuvo. Linda no podía moverse. Las miradas de los dos se encontraron, y Linda se puso a temblar, tratando de cubrirse con los brazos. Mayo avanzó un paso, tropezó con el velero de juguete, lo alejó de un puntapié. Un instante después se abrazaba al cuerpo de Linda, y las perlas volaban por el aire. Y mientras Linda tiraba de Mayo hacia la cama, desgarrándole ferozmente la camisa, las hermosas muñecas cayeron también al montón de las cosas inútiles, junto con el velero, el collar de perlas y el resto del mundo. ♦

En la obra del inglés Jim G. Ballard, que señaló hace un tiempo la necesidad de que la ciencia-ficción abandone el espacio exterior y explore el espacio interior, ciertos temas y símbolos reaparecen una y otra vez: el desdoblamiento de la mente; los objetos psicossomáticos; la hipnosis; la expansión de los elementos cosmogónicos: aire, agua, fuego; la destrucción del tiempo. En el jardín del tiempo, del conde Axel, las flores de cristal mueren un día, y ya nada puede detener entonces la marcha de los hombres ... "Un cambio oceánico —ha escrito Brian Aldiss —transforma hoy la ciencia-ficción en algo rico y extraño. Los símbolos de belleza y terror de la obra de Ballard inundan poderosamente la mente del lector."

EL JARDÍN DEL TIEMPO

J. G. Ballard

HACIA LA TARDE, CUANDO LA LARGA sombra de la villa palaciega cubría la terraza, el conde Axel dejó su biblioteca, y descendiendo la vasta escalera rococó se detuvo entre las flores del tiempo. Alto, de imperiosa figura, con chaqueta de terciopelo negro, un alfiler de corbata dorado que le brillaba bajo la barba a lo Jorge V, y un bastón que sostenía tiesamente en la mano enguantada de blanco, observó sin emoción las exquisitas flores de cristal, escuchando las notas de un rondó de Mozart que su mujer tocaba en el arpa de la sala de música y que resonaban y vibraban entre los pétalos traslúcidos.

El jardín de la villa, bajo la terraza, se extendía en una suave pendiente de unos doscientos metros, hasta un lago en miniatura con un puente blanco y un delicado pabellón en la otra orilla. Axel llegaba pocas veces hasta el lago, pues las flores del tiempo crecían principalmente en un bosquecillo próximo, al pie de la terraza, al abrigo de la alta muralla que rodeaba la propiedad. Desde la terraza, y por encima del muro, se veía la llanura, un campo abierto y ondulado que se alzaba apenas en el horizonte. La llanura rodeaba enteramente la casa, y en su desierta aridez eran aún más notables la soledad y la

dorada magnificencia de la villa. Aquí, en el jardín, el aire parecía más brillante, el sol más tibio. La llanura era siempre, en cambio, una extensión borrosa y remota.

Como todas las tardes antes de iniciar su paseo, el conde Axel miró las últimas ondulaciones del horizonte, y que ahora parecían el escenario de un lejano teatro, iluminado por el sol. Las notas entrecortadas de Mozart flotaban delicadamente en el jardín. Axel vio a lo lejos las primeras columnas de un enorme ejército, que avanzaba lentamente. Las largas filas parecían moverse ordenadamente, pero mirando desde más cerca, y como en las zonas oscuras de un paisaje de Goya, se hubiera visto que el ejército era una confusa multitud, de hombres y mujeres, más unos pocos soldados vestidos con uniformes harapientos, y que avanzaba como una desorganizada marea. Algunos llevaban unos fardos a la espalda; otros arrastraban penosamente unas carretas pesadas, apoyándose en los rayos de las ruedas; unos pocos marchaban solos, pero todos llevaban el mismo paso, las encorvadas espaldas iluminadas por el oblicuo sol efímero.

El ejército en marcha estaba aún demasiado lejos y era apenas visible, pero mientras Alex miraba, sin mucho interés, se acercó perceptiblemente, y las primeras filas de la inmensa horda asoma-

ron en el horizonte. Al fin, en el momento en que se extinguían las últimas luces del día, la avanzada alcanzó la cresta de la primera loma, y Axel dejó la terraza y caminó lentamente entre las flores del tiempo.

Las flores crecían a una altura de casi dos metros. Los tallos finos, como varas de cristal, sostenían una docena de hojas que antes habían sido transparentes y en las que ahora se advertía la escarcha de las venas fosilizadas. En los extremos de los tallos se abrían las flores del tiempo, del tamaño de un cubilete, con unos pétalos exteriores opacos que se cerraban sobre el corazón de cristal. El brillo diamantino de los pétalos, de mil facetas, parecía despojar al aire de su luz y de su movimiento. Las flores se balanceaban ligeramente en el aire del atardecer, y resplandecían como espigas coronadas de llamas.

En muchos de los tallos ya no había flores, y Axel los examinó cuidadosamente. Una luz de esperanza le cruzaba de cuando en cuando los ojos mientras buscaba nuevos capullos. Al fin eligió una flor grande que crecía cerca del muro, se sacó los guantes, tomó el tallo entre los dedos y lo quebró.

Mientras llevaba la flor a la terraza, la luz atrapada en el núcleo, libre al fin, se derramó en fuegos. El cristal se disolvió gradualmente (solo los pétalos exte-

riores quedaron intactos) y alrededor de Axel el aire brilló y se animó atravesado por rayos oblicuos que se perdían afuera en la luz débil del sol. Unos raros desplazamientos transformaron momentáneamente la tarde, alterando sutilmente las dimensiones del espacio y del tiempo. El pórtico oscurecido de la casa perdió la pátina de los siglos y se alzó con una curiosa blancura espectral como un recuerdo evocado en un sueño.

Axel miró otra vez por encima del muro. El sol iluminaba ahora sólo el borde más lejano del horizonte, y la multitud que unos instantes antes cubría casi un cuarto de la llanura había retrocedido, en una brusca inversión del tiempo, y en este momento parecía haberse detenido en una posición anterior.

La flor en la mano de Axel se había contraído reduciéndose al tamaño de un dado de vidrio, y los pétalos se habían apretado alrededor del núcleo que se desvanecía. Un último y débil resplandor llameó en el centro y se apagó, y Axel sintió que la flor se le fundía en la mano como una helada gota de rocío.

El crepúsculo se cerró sobre la casa, lanzó sus largas sombras sobre la llanura, y el horizonte se fundió con el cielo. El arpa había callado, y las flores del tiempo, que ya no reflejaban la música, se alzaban inmóviles, como una floresta embalsamada.

Durante unos instantes, Axel

miró las flores, contando las que quedaban aún, y luego saludó a su mujer que cruzaba la terraza de losas ornamentales con un susurrante traje de noche.

—Qué tarde hermosa, Axel.

La mujer habló con vivacidad, como si le agradeciese personalmente a su marido la sombra que cruzaba el jardín y aquel aire oscuro y brillante. Tenía un rostro inteligente y sereno, y un broche enojado le sostenía el cabello plateado, recogido en la nuca. El escote del traje revelaba un cuello largo y delgado y una noble barbilla. Axel la miró con ternura y orgullo. Le ofreció el brazo y descendieron juntos al jardín.

—Una de las tardes más largas del verano —confirmó Axel, añadiendo—: Recogí una flor, perfecta, querida mía, una joya. Un poco de suerte y nos durará varios días. —Frunció levemente el ceño y alzó la cabeza mirando por encima de la pared—. Parece como si cada vez estuviesen más cerca.

La mujer le sonrió animándolo, y le apretó el brazo con fuerza.

Los dos sabían que el jardín del tiempo se moría.

Tres días más tarde, como había previsto (pero no como había esperado secretamente), el conde Axel recogió otra flor del jardín del tiempo.

Había mirado por encima del muro y había descubierto que la

multitud ocupaba ahora la mitad distante de la llanura, extendiéndose a lo largo del horizonte en una línea ininterrumpida. En un momento creyó oír los sonidos entrecortados y débiles de unas voces, un murmullo confuso puntuado por exclamaciones y gritos, pero se dijo en seguida que eran imaginaciones suyas. Afortunadamente, su mujer tocaba en ese momento el arpa, y los intrincados contrapuntos de una fuga de Bach caían en una leve cascada en la terraza enmascarando los otros sonidos.

Entre la casa y el horizonte la llanura estaba dividida en cuatro grandes ondulaciones, y la luz oblicua del sol iluminaba las crestas. Axel se había prometido que no las contaría nunca, pero eran demasiado pocas, y parecía difícil no fijarse en ellas, sobre todo porque señalaban claramente los progresos de la marcha del ejército. La primera línea había dejado ahora atrás la primera cresta y estaba avanzando hacia la segunda; el grueso de la multitud se apretaba detrás, ocultando la cresta y la inmensa retaguardia que se extendía hasta el horizonte. Mirando a la izquierda y a la derecha, Axel descubrió que el ejército era aparentemente ilimitado. Lo que había parecido al principio una masa central no era más que una columna avanzada, uno de los muchos tentáculos similares que se extendían por la llanura. El verdadero centro no había aparecido aún, y Axel

pensó que cuando llegara a la llanura cubriría completamente el terreno.

Axel buscó con la mirada vehículos o máquinas, pero todo era tan amorfo y confuso como siempre. No había estandartes o banderas, ni mascotas ni picas. La multitud cabizbaja, avanzaba mirando el suelo.

De pronto, en el instante en que Axel iba a dar media vuelta, la vanguardia apareció en la cima de la segunda cresta y se derramó sobre la llanura. La distancia increíble que había cubierto la multitud mientras no estaba a la vista, lo dejó estupefacto. Las figuras eran ahora dos veces más grandes y se las distinguía nítidamente.

Axel descendió precipitadamente al jardín, eligió una flor del tiempo, y la cortó. Regresó a la terraza y cuando la luz difundió toda su luz densa, y fue en su mano una perla helada, miró otra vez la llanura. Vio entonces con alivio que el ejército se había retirado al horizonte.

En seguida descubrió que el horizonte estaba mucho más cerca que antes, y que no era en realidad el horizonte, sino la primera cresta.

Cuando se unió a la condesa para dar el paseo de la tarde, no le dijo nada de todo esto. Sin embargo, ella no se dejó engañar por la desventura aparente de su marido, y trató de disipar sus inquietudes.

Mientras descendían los escalones, la condesa señaló con la mano el jardín del tiempo.

—Qué maravilla, Axel, hay todavía tantas flores.

Axel asintió con un movimiento de cabeza, sonriéndose. La palabra "todavía" que su mujer había usado mostraba que ella sabía inconscientemente que el fin estaba próximo. De los muchos cientos de flores que habían crecido en el jardín apenas quedaba una docena, y muchas de las flores no eran más que capullos... sólo dos o tres estaban totalmente abiertas. Fueron hacia el lago. El vestido de la condesa susurraba sobre la hierba fresca, y Axel se preguntó si cortaría primero las flores grandes o las dejaría para el final. En verdad, sería mejor dar un poco de tiempo a los capullos, para que crecieran y maduraran, y si guardaba las flores mayores para los últimos días, el último asalto —como deseaba hacerlo—, perdería esa ventaja. Sin embargo, comprendía que no importaba mucho. El jardín moriría pronto, y quedaban pocos días, y los comprimidos nudos de tiempo se acumulaban muy lentamente. Durante toda su vida, Axel no había advertido ningún síntoma de crecimiento en los capullos, ni ningún cambio en las flores mayores.

Cruzando el lago, Axel y su mujer se miraron en las aguas serenas y negras. El pabellón los protegía por un lado y la alta pared del jardín por el otro. Axel

se sintió tranquilo y seguro. La llanura y aquella multitud que la invadía le parecían ahora una pesadilla de la que había despertado felizmente. Pasó un brazo por el talle firme de su mujer y la apretó cariñosamente contra él, comprendiendo de pronto que no la había abrazado durante años, aunque habían vivido juntos fuera del tiempo, y recordaba aún vívidamente el día en que la había traído a vivir con él en la villa.

—Axel —dijo su mujer con repentina seriedad—, antes que el jardín muera, ¿me permitirás recoger la última flor?

Axel entendió, e inclinó lentamente la cabeza.

En las tardes siguientes, Axel recogió las flores una a una, dejando para su mujer un pequeño capullo que crecía al pie de la terraza. Cortó las flores descuidadamente, rehusándose a contarlas o racionarlas, tomando dos o tres de los capullos más pequeños al mismo tiempo, cuando le parecía necesario. La horda había alcanzado ahora la segunda y la tercera cresta: era toda una humanidad en marcha que ocultaba el horizonte. Desde la terraza, Axel podía ver claramente las agobiadas cohortes que descendían lentamente hacia la depresión que precedía a la última cresta, y a veces le llegaban unos ruidos de voces, junto con unos gritos de cólera y el chasquido ocasional de los látigos. Los ca-

romatos de madera se balanceaban sobre unas ruedas flojas y los conductores se esforzaban tratando de que no se desviasen. A Axel le parecía que ningún miembro de la multitud sabía realmente en qué dirección iban. Era como si todos se moviesen ciegamente, pisándose los talones a los que marchaban adelante, y como si sólo esta acumulación determinase la dirección que seguía el ejército. A Axel se le ocurrió en un momento que quizá el verdadero centro estaba aún del otro lado del horizonte, marchando hacia otro lado, y que la multitud alteraría gradualmente su curso, alejándose de la villa y la llanura como una marea que se retira.

En la penúltima tarde, cuando recogió la flor del tiempo, las primeras columnas habían llegado a la cima de la tercera cresta y bajaban ya por la otra pendiente. Mientras esperaba a la condesa, miró las dos flores que quedaban, dos menudos capullos que a la tarde siguiente retardarían la marcha de la multitud sólo unos pocos minutos. Los tallos de vidrio de las flores muertas se alzaban tiesamente en el aire, pero el jardín había perdido ya su esplendor.

Axel pasó la mañana siguiente en la biblioteca, guardando los más raros de sus manuscritos en las cajas de tapas de vidrio, entre las galerías. Cruzó lentamente la sala de retratos, mirando con

atención todas las pinturas, y luego ordenó su escritorio y cerró la puerta detrás de él. En las primeras horas de la tarde se entretuvo en los salones, ayudando discretamente a su mujer que limpiaba los adornos y enderezaba los floreros y los bustos.

Al fin el sol cayó detrás de la villa. Axel y su mujer, cansados, cubiertos de polvo, no se habían hablado desde la mañana. La condesa se encaminó a la sala de música y Axel la llamó.

—Esta noche recogeremos las flores juntos, querida —dijo sin emoción—. Una cada uno.

Miró apenas un instante por encima del muro. El ejército estaba a menos de un kilómetro, y el monótono rugido de la multitud harapienta y los sonidos de los metales y de los látigos progresaban hacia la casa.

Muy rápidamente, Axel cortó su flor, un capullo no mayor que un zafiro, que brilló débilmente. El tumulto exterior se apaciguó un momento y luego creció otra vez.

Llevándose las manos a los oídos, Axel contempló la villa, contó las seis columnas del pórtico, observó el extremo del jardín, el disco plateado del lago, que reflejaba en su vaso la última luz de la tarde (y las sombras que se movían entre los árboles altos, y se alargaban sobre la hierba apretada) y se quedó mirando el punto donde él y su mujer se habían detenido tomados del brazo durante tantos estíos...

—¡Axel!

El tumulto era ensordecedor: mil voces rugían a veinte o treinta metros de distancia. Una piedra voló por encima del muro y cayó entre las flores del tiempo, quebrando los tallos frágiles. La condesa corrió hacia Axel mientras una ola humana golpeaba la muralla. En seguida una losa pesada cruzó el aire por encima de sus cabezas y se estrelló en una ventana de la sala de música.

—¡Axel!

Axel abrazó a su mujer, enderezándose la corbata de seda que ella le había torcido con un movimiento del hombro.

—Rápido, querida, la última flor.

Descendieron los escalones y atravesaron el jardín. La condesa tomó el tallo en sus dedos enojados, lo quebró con un solo movimiento y abrigó el capullo en el hueco de sus manos.

Durante un momento el tumulto se calmó ligeramente, y Axel recobró la sangre fría. A la vívida luz que chispeaba en la flor vio los ojos claros y aterrados de su mujer.

—No la sueltes, querida, hasta que muera el último grano.

Se quedaron de pie, juntos en la terraza. La condesa apretó la brillante joya moribunda y el aire se cerró sobre ellos mientras las voces de afuera crecían otra vez. La multitud martilleaba las pesadas puertas de hierro, y el impacto masivo sacudía la villa entera.

Cuando se extinguió el último resplandor, la condesa alzó las manos como dejando en libertad un pájaro invisible, y luego, animándose por última vez, tomó las manos de su marido con una sonrisa tan radiante como la flor desaparecida.

—¡Oh, Axel! —exclamó.

La oscuridad los atravesó como una espada.

Maldiciendo, sudando, las primeras columnas de la horda llegaron a los vestigios de la muralla que rodeaba el devastado dominio, los traspasaron con sus carretas y marcharon por los surcos de barro seco de lo que había sido una vez una avenida adornada. Las ruinas, en otro tiempo una villa espaciosa, apenas interrumpieron aquella marea. En el lago seco, cruzado por un puente oxidado, se pudrían unos árboles caídos. Las malezas florecían entre las hierbas altas, recubriendo los senderos y las losas de piedra esculpida.

La mayor parte de la terraza se había derrumbado, y la horda cruzaba en línea recta el jardín, sin prestar atención a los restos de la villa; pero dos o tres hombres, más curiosos, subieron y buscaron en la vacía armazón. Las puertas se habían podrido en sus goznes, y los pisos habían cedido. En la sala de música un arpa antigua había sido transformada en leña para el fuego, pero unas pocas clavijas yacían aún en el polvo. En los estantes de la biblio-

teca no quedaba ningún libro, los retratos habían sido desgarrados y los marcos dorados cubrían el suelo.

El cuerpo principal de la multitud llegó a la casa y asaltó la muralla en toda su longitud. Apretándose unos contra otros muchos cayeron en el lago seco, subieron en enjambres a la terraza y cruzaron la casa ciega-mente hacia las puertas abiertas del lado norte.

Sólo un sitio resistió a la ola infinita. Al pie mismo de la terraza, entre el balcón arruinado y el muro, crecían unos espesos arbustos espinosos de dos metros de altura. El duro follaje formaba una masa impenetrable, que la gente evitaba cuidadosamente al advertir las plantas de belladona entrelazadas en las ramas de los arbustos. La mayoría estaba demasiado ocupada abriéndose camino entre las losas volcadas para

ver en el centro de los arbustos dos estatuas de piedra que contemplaban el dominio desde lo alto de su refugio. La mayor de las figuras era la efigie de un hombre barbudo, con una chaqueta de cuello alto, y un bastón bajo el brazo derecho. La más pequeña era una mujer de vestido largo, de amplios pliegues; el rostro sereno y delicado había resistido al viento y a la lluvia. En la mano derecha apretaba ligeramente una única rosa de pétalos delicados, casi transparentes.

Cuando el sol moría detrás de la casa, un rayo luminoso se deslizó bajo los restos de una cornisa, golpeó la rosa, se reflejó en el vértice de los pétalos e iluminó las estatuas, y durante un fugaz instante la piedra gris pareció transformarse en la carne viviente desaparecida hacia ya mucho tiempo. ♦

Título original: The garden of time. Traducción de J. V.

Correo Argentino	TARIFA REDUCIDA
	Concesión N° 7.591

edición inglesa
VENTURE SCIENCE FICTION

edición francesa
FICTION

edición japonesa
S-F

edición alemana
EINE AUSWAHL AUS FANTASY AND SCIENCE FICTION

edición italiana
FANTASIA E FANTASCIENZA

edición castellana
MINOTAURO. FANTASIA Y CIENCIA-FICCIÓN

"THE MAGAZINE of FANTASY AND SCIENCE FICTION publica la mejor ciencia-ficción y la mejor literatura fantástica que se escribe actualmente y prácticamente todos los relatos de ciencia-ficción de verdadero valor literario que puedan encontrarse en el género". (Library Journal).

La Vigésimoprimera Convención Mundial de Ciencia-Ficción reunida en Washington ha proclamado a THE MAGAZINE OF FANTASY AND SCIENCE FICTION "la mejor revista del mundo en 1963". F & SF había obtenido ya esta máxima recompensa (el Hugo) en 1958, 1959, y 1960.



ediciones minotauro

las obras maestras de la ciencia-ficción
la aventura de la ciencia
la literatura fantástica contemporánea

El hombre ilustrado, de Ray Bradbury (2ª ed.) - Más que humano, de Theodore Sturgeon (2ª ed.) - La tierra permanece, de George R. Stewart - El color que cayó del cielo, de H. P. Lovecraft (2ª ed.) - Fahrenheit 451, de Ray Bradbury (2ª ed.) - Señor de las moscas, de William Golding - El cuerno de caza, de Sarban - Sirio, de Olaf Stapledon - Regreso, de Theodore Sturgeon - Soy leyenda, de Richard Matheson - El filo del futuro, de Howard Fast - El tiempo de la noche, de William Sloane - Los cristales soñadores de Theodore Sturgeon - Las doradas manzanas del sol, de Ray Bradbury. En venta en todas las librerías.

\$ 100.-